

cuadernos de

ruedo ibérico

5

febrero
marzo
1966



cuadernos de **ruedo ibérico**

La Revista recibe todos los jueves de las 14 a las 18, en los locales de Ediciones Ruedo ibérico, 5, rue Aubriot, París 4. Sin previa convención en sentido contrario, los manuscritos no publicados no serán devueltos.

En los próximos números :

Detrás de la fachada : Alemania veinte años después (Helena Saña Alcón)

Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva (Juan Goytisolo)

Pedagogía y revolución (Antonio Linares)

Diálogo con Pierre Vilar (Ruedo ibérico)

Problemas del movimiento obrero español : partidos, sindicatos y frentes (Wilebaldo Solano)

La coyuntura económica y la clase obrera (José Ramón Recalde)

Las fuerzas armadas en la crisis argentina (Marcos Kaplán)

La actual condición de la mujer española

Marxismo y ciencia (Jean-Pierre Vigier)

Sobre la teoría marxista de la nación (Joan Roig)

Perú 1966 :

Perú : Revolución : Insurrección : Guerrillas

La migración interna en el Perú

La reforma agraria y el desarrollo en el Perú

Poemas de Jaime Gil de Biedma

Poemas de Salvador Espriu

Dibujos de Antoni Tapies

ri

c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe :
JOSÉ MARTÍNEZ
JORGE SEMPRÚN

ruedo ibérico

HEMEROTECA

54

Cartón núm.

Tomos 15 ¿Tiene modelo?

Preparador: A.A.

Observaciones:

FEBRERO-SEPTIEMBRE

1.966

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

Imprimé par A. Cary. Colombes (Seine) Ayuntamiento de Madrid febrero-marzo 1966

número

5

sumario

Iñaki Goitia :	
España sin sol (crónica)	3
Xavier Flores :	
Salarios y nivel de vida en el campo español : 1964	15
Lauro Olmo :	
La noticia	33
José Agustín Goytisolo :	
7 poemas	40
Carlos Barral :	
1 poema	46

Libertad de crítica

Fernando Claudín :	
Economía política marxista y capitalismo contemporáneo	49
Juan Goytisolo :	
Cernuda y la crítica literaria española	54
Ramon Aboy :	
¿ Cabe una crítica socialista de los países socialistas ?	63

Notas

El monopolio de la minería española (M. García) ; La planificación de la población y el Plan de desarrollo (M. Martínez) ; La agravación del problema de la vivienda en España (Jordi Blanc) ; Los problemas del coste de la vida (Lorenzo de los Ríos) ; Las nuevas relaciones laborales (Enrique García) ; From « Time » to « Time » (Francisco Farreras) ; Machado, el mejor homenaje (Corresponsal) ; Luciano Rincón : « Mañana », crónica anticipada (Marcos Kaplán)	67
--	----

Socialismo y sociedad industrial

Herbert Marcuse :	
Las perspectivas del socialismo en las sociedades de alto desarrollo industrial	
Serge Mallet :	
Dos tácticas	
Lelio Basso :	
Por un análisis dialéctico	

Tribuna libre

José Maldonado :	
Del Franquismo a la República	
Correo del lector	
Viñetas de Novoa	

IÑAKI GOITIA

¿Qué sería de este corral nublado? Ramón del Valle-Inclán,
Luces de bohemia.

En España hace este año un invierno excelente. Desde la frontera de Irún se imagina la península soleada, y aun calor sahariano allá por Almería, donde se buscan afanosamente los huevos atómicos de la inadvertida « puesta » americana. El país vasco-francés está tranquilo, Hendaya como siempre. Hacia Irún, la agitación callejera de la vida española. Los franceses pasan ahora la frontera con la tarjeta de identidad únicamente, los españoles con su pasaporte bien sellado. « Será porque nuestros vecinos son más guapos », ha comentado molesto *El Correo Catalán*. Irún adelante, camino de San Sebastián, brilla el sol como no es de esperar en nuestra húmeda tierra en estas fechas. Hasta en Bilbao hay sol. Es la España del milagro turístico, Dios ayudando. El sol de España. Bueno, en Bilbao ya hay una nube. Una veintena de socialistas y de nacionalistas vascos han sido detenidos mediado el mes de enero y trasladados a la cárcel a las setenta y dos horas, cumpliéndose de una manera escrupulosa cualquier exigencia legal. Es preciso reconocerlo. Setenta y dos horas después de cada detención salen esos hombres de las comisarias hacia la cárcel de Larrínaga. Allí esperan inútilmente el auto de procesamiento. Y allí van cada cuarenta y ocho horas poco más o menos, cadencia irregular, los inspectores de la brigada político-social. Les vuelven a sacar, les regresan a comisaría, les deshacen el rostro a puñetazos, les patean —un nacionalista internado en el hospital con el vientre hundido— y les devuelven a prisión.

Eso sí, ni un minuto después de las setenta y dos horas reglamentarias. ¿Qué sería de este corral nublado?, se preguntaba Valle-Inclán. El no llegó a verlo. Nosotros sí. Nosotros sabemos cómo es este corral bajo las nubes plomizas de la brutalidad y la corrupción. Sé que al sol todo va bien, y más de uno, incluso próximo en ideas, me reprochará este tono nublado también que dicen que no cuadra en la España distinta, evolutiva, discutidora a plena luz, regenerada poco a poco, en que nos estamos transformando. Me dirán que negarlo es maniqueo. Pero yo sé. Yo sé que esos hombres siguen siendo golpeados; que los policías se burlan en su cara de las setenta y dos horas, llevándoles y trayéndoles, « cumpliendo » con la ley y hasta amando a su prójimo si a mano viene. Me dirán que la denuncia constante es revanchismo, derecho al pataleo o insistir en los tópicos « rojillos ». Pero yo sé. Muchos saben. Y otros lo que tienen es precisamente miedo de saber. ¡ Se está tan bien al sol !

Fraga en cambio opina que todo esto son estupideces. Lo pienso mientras veo la frontera que empieza a agitarse con idas y venidas. A Fraga los puñetazos, las estafas, la cobardía de quienes golpean a hombres esposados, la mentira,

la corrupción no le parece mal. Digo yo, vamos. Y lo digo porque una nota del primer número de estos Cuadernos en que yo firmaba —« Cemento »— la comentaba una publicación del Ministerio: « la revista termina con una estúpida nota de Iñaki Goitia... », lo que aparte de dejar al señor ministro rascándose el escozor que le había producido, y no pudiendo demostrar que la estafa del cemento denunciada no era cierta —él sabía la verdad antes que yo— le dejaba en la evidencia de decir que denunciar las estafas es una estupidez.

Sí, está nublado el corral en muchos sitios. Aunque no lo parezca. Aunque la carretera que lleva y que trae a las gentes por España parezca brillar con un sol sorprendente en estas fechas. Cuando se quiere mirar, cuando se hace pantalla con las manos, se ve la España nublada y el perfil inquietante de unas verdades que no desaparecen por mucho que los cómplices se obstinen. Y hay tantos cómplices tumbados al sol...

00 Franco

Como Fraga dice, la verdad es siempre estúpida. Citarla, quiero decir, cuando la digestión es plácida y el sol permite somnolencia beatífica. El coche corre por España, la atraviesa, llega casi a la frontera con Portugal. Y aquí uno se acuerda de Ben Barka. Los periódicos lo dicen, un ministro marroquí visita Madrid para explicar el punto de vista de su gobierno sobre el caso. Los periódicos comentan. Algunos se indignan incluso. Los más de derechas evocando el caso Argoud. Los de menos derechas por los principios. De los otros no hay. *Pueblo* se permite la broma macabra de entrevistar a Skorzeny y preguntarle si ha intervenido en el secuestro. La policía en cambio no se preocupa de él, y es una lástima porque de vigilar la red Skorzeny descubriría cosas importantes.

Pero cerca de la raya de Portugal, en ella casi ya, está todavía removida la tierra donde se encontró el cadáver de Humberto Delgado. Delgado llegó a España, fue secuestrado en suelo español por agentes portugueses, fue asesinado por los hombres de la PIDE en nuestra tierra. Y la policía española, tan eficaz según nos dicen, tan cuidadosa, no sabe nada. Y la diplomacia española que conoce con precisión cuál es hasta el último milímetro de la zona gibraltareña que pertenece a España ignora cuál es la ancha faja de territorio español en la que la policía portuguesa asesina a sus oponentes. Ben Barka indigna, pero al menos se le cita. En el caso de Humberto Delgado el silencio oficial es absoluto. Todavía ni un solo periódico español ha publicado la verdad reconocida. Pero eso sí, la nueva ley de prensa, con su libertad y todo, es minuciosamente escudriñada. A diferencias de criterio corresponde igualdad de publicaciones, todos los periódicos dicen lo mismo. Mejor dicho, todos los periódicos se callan lo mismo. Es la hora de exigir a la prensa mundial, a los intelectuales del mundo entero una campaña internacional de escándalo ante el asesinato de Humberto Delgado en territorio

español por policías extranjeros, cuya identidad se conoce plenamente y contra los que no se ha iniciado ninguna acción legal. Es de suponer que el gobierno español haya explicado al ministro marroquí cual es su punto de vista sobre el caso Delgado, en justa reciprocidad.

Salvo que las convenciones internacionales concedan al régimen español y a su Caudillo, ante los méritos acumulados en ese campo, el triste privilegio de poner delante de su nombre de contraseña de James Bond, el 00. Que significa : permiso para matar.

Policías paralelas

Sin embargo, queriendo conocer el clima verdadero de la España en la que el sol sólo tiene brillo físico, no hace falta llegar hasta tan lejos. Con Bilbao basta, donde los policías juegan a honorables. Pero ahora es otra cosa. Otro tema. También policial aunque paralelo. Servicios especiales podría decirse.

Un joven jesuita, el Padre David Armentia, vive de sacerdote obrero en el barrio de Uretamendi. Tiene dificultades enormes y fuertes presiones disciplinarias. Es de familia de tradición carlista, nada sospechoso de revanchismo por tanto. El 7 de enero último es invitado a pronunciar un sermón en la parroquia de San Fernando, una de las más elegantes y adineradas de Bilbao. David Armentia acepta y habla. Su forma de hablar es deliberadamente sencilla. Yo diría que deliberadamente elemental. Cuando termina se le ha ido a la calle la mitad del público. Los que quedan están indignados. Les ha dicho :

Queridos hermanos : Es hermoso dar gracias a Dios. Pero es más hermoso tener que darlas. La Virgen con su precioso canto del Magnificat dio gracias a Dios, porque el Señor había hecho maravillas en ella.

También el fariseo entró en el Templo para dar gracias, despreciando al pobre publicano que en un rincón pedía a Dios perdón de sus pecados, y el fariseo no salió justificado a los ojos de Dios.

Nosotros nos hemos reunido hoy en este templo para dar gracias por una serie de valores que creemos que tenemos. Religiosos, sacerdotes, familiares de vocaciones que han salido de esta Parroquia. En definitiva, nos hemos reunido aquí en nombre de nuestra fe. Nos interesa saber si nuestra fe es un auténtico valor cristiano.

Porque en nombre de la fe, hace unos años, muchos españoles luchamos contra nuestros hermanos en una lucha fratricida. Y aquello no era verdadera fe.

Hace siglos la Santa Inquisición persiguió a los que no tenían fe y se llegó a torturar cruelmente en nombre de la fe a los que no la tenían.

Hace más siglos los cristianos hacíamos cruzadas guerreando contra los enemigos de la fe en nombre de la fe.

Y por último, los creyentes del pueblo judío, pueblo de las predilecciones divinas, mataron al Hijo de Dios en nombre de la fe.

Todo esto hoy nos aterroriza y vemos que fueron pecados de nuestros antepasados, pecados de épocas a las que nuestro corazón cristiano envuelve en una atmósfera de comprensión histórica, a la vez que nuestro juicio cristiano ve con claridad meridiana los errores objetivos, las monstruosidades reales que se cometieron en nombre de la fe, de las cuales solamente Dios será Juez idóneo. La Historia las juzga hoy y su juicio no es nada positivo para la fe cristiana.

Se pueden cometer muchos errores, muchos pecados en nombre de la fe o viviendo situados en una actitud creyente.

Hace unos ocho años un sacerdote, hablando públicamente en una conferencia a profesionales, decía que la sociedad española, Estado oficialmente católico, tomada en bloque, estaba, respecto de sus relaciones sociales, objetivamente, en pecado mortal. Cuando oímos hablar de la inmoralidad de los Estados nórdicos, Estados en los que se ha llegado a hacer la proposición de legitimación de matrimonios entre hombres, porque se ha llegado a cambiar la naturaleza en la atracción del sexo, cayendo en los pecados más abominables de los que hablaba San Pablo en sus cartas, comentando los vicios de los paganos de su tiempo, cuando oímos hablar de todo esto, nos rasgamos las vestiduras y damos gracias a Dios de haber nacido en un país católico en el que no se conocen tales aberraciones de la naturaleza... Sin embargo, nuestra postura de jueces se desmorona como una torre edificada sobre arena, ante una simple figura evangélica y una sentencia de Jesús: la figura de la mujer adúltera y aquellas palabras del Señor: « el que esté sin pecado, que tire la primera piedra ».

Nuestro tejado es de vidrio. Pecado por pecado, el nuestro de injusticia social colectiva es por lo menos tan grave como otros que tienen los vecinos, con el agravante de que a aquéllos los tenemos por malos y nosotros nos tenemos por buenos, incurriendo en la desagradable postura del fariseo del evangelio.

Porque si hace unos años se pudo hacer esa acusación tan seria a la sociedad española respecto de su cristianismo, en la actualidad no estamos mejor. El escándalo de los pobres es cada día más manifiesto, ante las injusticias de los que nos llamamos cristianos, y en las Iglesias de los suburbios y de los barrios obreros se avanza en el abandono de las prácticas religiosas.

¿Cómo no? Si estamos haciendo odioso a Dios a nuestros hermanos los Predilectos de Cristo, a los más pobres, al representarle nosotros los cristianos, religiosos, sacerdotes, y al ser esa representación injusta, en nuestro alejamiento de ellos o en nuestra postura de cobardía al silenciar las injusticias que se cometen.

¿Y cómo se puede justificar esta nuestra postura, no ya de apuntaladores de esta situación de injusticia, sino ni siquiera de silenciadores de ella?

Vivimos tranquilos en nuestro cristianismo cómodo, dejando dormir nuestras conciencias por las voces de los que nos dicen que somos un país católico, y nuestras voces no se alzan para desenmascarar el equívoco de esos falsos profetas, como cuando nos dicen de una manera autoritaria y solemne a través de la radio y la televisión que nuestra organización social está de acuerdo con las normas del Concilio, y eso NO ES VERDAD. ES MENTIRA, y por una doble razón: porque se nos habla como EN NOMBRE DE DIOS en una materia en la que sólo puede emitir un juicio la autoridad competente de la Iglesia, la única que tiene jurisdicción para ello, Y LA IGLESIA NO HA HABLADO: porque, además, la realidad que se nos mete a diario por los ojos nos está evidenciando lo contrario.

¿Cómo podemos decir que estamos en línea con el Concilio, cuando el Esquema XIII, Palabra de Dios, pastoral divina, para nuestras relaciones de justicia, nos dice: « Entre los derechos fundamentales de la persona humana hay que contar el derecho de los obreros a fundar libremente asociaciones que verdaderamente les representen, a través de las cuales puedan pesar en la organización de la vida económica » ?

¿Cómo se puede decir que estamos en línea con las normas del Concilio, cuando toda la economía está pesando de una manera aplastante sobre los hombros de los obreros, sin que tengan defensa ?

En nombre de Dios se pueden cometer errores muy grandes. Recordad la muerte de Jesús por los judíos, las guerras de las Cruzadas, predicadas por un santo, la Santa Inquisición y la Guerra Española. Para ellos, nuestra comprensión: pero seamos no solamente testigos, sino discípulos de la Historia, y sobre todo discípulos de Jesús y su Evangelio que nos dijo que no vino a traer la paz, sino la guerra, y que solamente los violentos alcanzarán el Reino de Dios.

Violencia pacífica, pero violencia. La violencia del testimonio de la Verdad, de la Justicia y del Amor, sobre todo el AMOR A LOS POBRES, los depositarios natos del Reino de Dios, a los que tenemos que servir y por ellos SER PERSEGUIDOS, porque únicamente cuando seamos perseguidos por esta razón podremos llamarnos cristianos, que ya lo dijo Jesús: « No ha de ser el discípulo mayor que el maestro » y « Si a mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán ». Y porque no damos este testimonio, el mundo cree cada día menos. El mundo está pobre de Cristo, porque nosotros lo hemos malgastado, lo mismo que el Hijo Pródigo gastó su herencia con prostitutas y malos amigos.

Nosotros hemos prostituido este precioso tesoro del Reino de Dios, en nuestra alianza con el poder, con la riqueza, y hasta con la coacción de las conciencias.

Yo no dudo de que vosotros tendréis materia de acción de gracias en el orden individual. Tendréis virtudes personales, actos de religión. A mí me cuadra mejor la actitud psicológica del Hijo Pródigo que se presenta al Padre

pidiendo perdón: vosotros también hermanos, aun en esa acción de gracias por vuestras virtudes, procurad acercaros a la actitud del hijo pródigo.

Después empieza la actividad policiaca. El Provincial de la Orden le exige que en el plazo de tres días se presente en Tudela para encerrarse en aquel colegio, y sin hacer ningún comentario. El Padre Armentia responde que irá, puesto que es una orden, pero que no le puede impedir hacer comentarios porque eso sobrepasa sus atribuciones y entonces no le obliga la obediencia. Respuesta del Provincial: Entonces salga ahora mismo para Tudela. David Armentia se va. Pero una semana más tarde está de vuelta. Dos versiones. Una: El joven jesuita ha dicho que está dispuesto a abandonar la Compañía si no se le permite el regreso, ninguna de sus palabras está en contradicción con los principios religiosos a que se debe.

Otra versión, parece ser que la auténtica. En la nueva línea de la Compañía no sienta demasiado mal la postura del Padre Armentia. El Provincial es también joven y le comprende. Le hizo marchar apresuradamente porque el Obispo de la Diócesis, de acuerdo siempre con las autoridades civiles, estaba dispuesto a dar el escándalo de suspender públicamente al jesuita como sacerdote. Las demás autoridades religiosas de la región temiendo que eso provocara una rebelión del clero de graves consecuencias alejaron provisionalmente al « culpable » hasta que el gobernador y el obispo se calmasen.

Los periódicos ni una línea. Nadie comete aquí « estupideces ». Prefieren mentir. Luego diría uno de ellos comentando la nueva ley de prensa: « Si de puertas adentro recogemos con satisfacción esta prueba de confianza de las Cortes a los profesionales titulados de la Prensa, de puertas afuera, en la calle, en el pulso de la opinión pública a la que servimos, estamos seguros de encontrar esta misma satisfacción en lógica correspondencia a nuestros leales y fecundos afanes informativos ».

Dos días antes del sermón del Padre Armentia, el cinco de enero, se presenta una comisión en el Obispado. Monseñor Gúrpide, como tiene por costumbre, sólo recibe a uno de los tres sacerdotes que la componen. El recibido lee un memorandum en el que piden la reinvidicación del buen nombre de los sacerdotes multados y procesados por la autoridad gubernativa. Aducen que ignorantes los fieles de las verdaderas causas —gracias a esos « fecundos afanes informativos »— pueden creer que se deben a actos no compatibles con la dignidad del sacerdocio. La petición parece justa, y parece también que tal aclaración tiene que ser provechosa para el prestigio de la Iglesia, y que el Obispado debiera haber sido el primero en plantearlo. El Obispo es, como se sabe, Padre y Pastor. En la discusión, y a falta de otras razones, Monseñor Gúrpide interrumpe:

—Lo importante es que sean ustedes sacerdotes.

—Eso tratamos de ser.

Indignado le pregunta :

—¿ Y a usted quién le ha ordenado ?

—Usted.

Echándose las manos a la cabeza :

—¡ Qué pena !

El sacerdote le recuerda que tiene de plazo hasta el 5 de febrero para cumplir con la petición que le dirigen. Si se niega, la reivindicación la harán los sacerdotes mismos. Así será, porque el obispo se calla antes y después del 5 de febrero. Quedan a la expectativa : Andrés Manterola, multado con 25 000 pesetas, a quien el juzgado subastó el coche por el que se obtuvieron 35 000 pesetas, subasta que se realizó también con todas las licencias concedidas por el Obispado ; Pedro Berrioategartua, a quien le subastaron la moto pero no hubo comprador, también multado con 25 000 pesetas ; Domingo Arteche, 25 000 pesetas ; José Ma^a Madariaga, 25 000 pesetas, y Julen Rotaeché, 5 000 únicamente. Salvo lo obtenido por el coche, las demás multas las ha pagado el Obispado para evitar mayores males, descontándoles 300 pesetas al mes de su sueldo. Con la curiosa anécdota de que cuando el Vicario General de la Diócesis visitó al Gobernador Civil para pagarle, éste le envió, sin recibirle, a la ventanilla correspondiente, ante la que hizo cola con su fajo de papel de pagos.

Completando la lista queda el caso de Alberto Gabicagogeascoa, condenado por el Tribunal de Orden Público a seis meses que él está dispuesto a cumplir, negándose en cambio a la componenda final de ser encerrado en un monasterio durante ese tiempo. Alega que si ha sido procesado como un ciudadano cualquiera debe cumplir en la cárcel como un ciudadano cualquiera.

La fecunda gestión de la prensa no informó del proceso, ni de la condena, ni de las multas, ni de la petición de reivindicaciones. Toda esa profunda crisis no tiene al final más que el silencio como respuesta. Es la triste y plomiza España sin sol en muchos espíritus angustiados por este ejercicio implacable de una actividad policial sobre su ministerio apostólico. Y el silencio de su Obispo ante la corrupción creciente, ante la inmoralidad de la vida de los negocios, ante el continuado escándalo de la construcción.

Pero las carreteras empiezan a llenarse de turistas.

El corral de los negocios o donde se habla de Ortega Pardo, García Moncó, el Opus Dei, Ibáñez Martín y otros íntimos de Monipodio

El sol se ha puesto del todo en los negocios. Claro que estas ni son cosas que tenga por qué mirar ningún turista. Además, no hay ningún escándalo... Mire, mire usted la prensa, ¿ lee algún escándalo ? Entonces... Pero de vez en

cuando se les pasa la rosca del rocambolismo novelero y es preciso todo el poder de la *información* para silenciarlo.

Con el título sonoro —y soleado, porque la caza de brujas forma parte del clima— de « Comunistas españoles implicados en los movimientos subversivos de Venezuela », publicaba el diario *Arriba* del 7 de noviembre del pasado año la siguiente noticia : « Dos maletas con 225 000 dólares y un lote de joyas valoradas en 40 000 han sido decomisadas por la policía a un español recién llegado al país. El detenido, Gregorio Ortega Pardo, de cuarenta y cinco años, se encuentra a disposición de las autoridades. Ortega Pardo trajo el dinero y las joyas a Venezuela para comprar un edificio en Caracas. En las maletas la policía halló 200 000 dólares en billetes de ciento, y el resto, en billetes de quinientos. El español llegó a Caracas por una línea británica procedente de Lisboa y se alojó en la « suite » de un lujoso hotel de la capital. La policía se abstuvo de hacer declaraciones sobre la posible vinculación de Ortega Pardo con los comunistas españoles detenidos días pasados y relacionados con una fábrica de armas clandestina manejada por los comunistas ».

La noticia era alborozante. Ya estaban los comunistas mezclados en turbios manejos de armas y de dólares. Sólo que la alegría duró poco. Justo el tiempo de un telefonazo oportuno a la redacción de *Arriba* para que, junto con la amonestación por su ineptitud y precipitación, no volvieran a hablar más del asunto ni a citar al personaje. Así *Arriba*, buen y fecundo informador también, ya no publicaba una ampliación de la noticia, procedente de la misma agencia internacional, en la que se decía : « Sin embargo el matutino *La Esfera* informó esta mañana que, de acuerdo con las investigaciones policiales, Ortega Pardo está reclamado por la Brigada de Investigaciones Criminales de España, por una estafa de 40 millones de pesetas a una joyería madrileña. Agrega que Ortega Pardo también robó 300 000 pesetas a otra joyería de Madrid, ubicada en la calle de Gabriel Lobo y que además Ortega Pardo utilizó los seudónimos de Anselmo Almanza Gómez y Luis París Rico ».

Esto ya no se publicó, naturalmente. Lo de comunista no estaba claro. Se empezaba a « recordar » quien era Ortega Pardo, y por lo tanto lo que parecía hasta entonces un asunto más que turbio se iba convirtiendo —¿ voy bien, Fraga ?— en una simple estupidez.

Pero ¿ quién es y qué amigos tiene Ortega Pardo ? ¿ Qué se oculta tras de su viaje y los misterios que le rodean ? El silencio cayó sobre el caso de una manera implacable. Ortega Pardo había tomado el avión en Lisboa pero en Lisboa el silencio era también absoluto. ¿ Qué y quién detrás ?

Varias versiones han circulado tanto por España como por otras capitales extranjeras interesadas directamente en el personaje. Según ellas, Gregorio Ortega Pardo era doctor en Derecho con premio extraordinario, ayudante de la cátedra de Derecho Civil en la Facultad de Madrid, de origen familiar todavía no aclarado y miembro del Opus Dei. Marchó a Portugal en 1964 por invitación del Ministerio de Justicia portugués —¿ por qué ?— y en Coimbra

regentó la cátedra de Derecho Civil. Alrededor de 1950 parece que se trasladó a Lisboa, vinculándose al Banco Português do Atlántico y a través de él con el mundo turbio de los negocios de las dos dictaduras complementarias.

Y de ahí, y rodeado de misterios aun no aclarados, arranca la historia que, por el momento, termina en Caracas un día de noviembre de 1965.

Según los datos que hasta ahora se poseen Gregorio Ortega Pardo llegó a Lisboa para fundar el Opus Dei, inaugurando la casa central en la rua Doña Estefanía y otra residencia en un edificio de dos plantas en la rua Dr. Antonio Candido, número 10. Al frente de ambas colocó al sacerdote Nuño dos Santos Girao. Poco a poco Ortega Pardo fue trasladando y adquiriendo bienes en Portugal. Compró el Banco de Agricultura, del que era presidente del Consejo de Administración en el momento de su fuga a Venezuela, intervino después en los bancos, Português do Atlántico. Pinto & Sotto Mayor, Banco de Fomento, Comercial de Angola y dos o tres más con participación menos importante.

Sus negocios continuaron ampliándose. Y en ese desarrollo constante fundó la « Lusofina », entró en negocios cinematográficos comprando en Lisboa los cines Roma y Abiz, en la Siderúrgica nacional portuguesa y, como uno de sus últimos actos, en una fábrica de montaje de tractores en el norte de Portugal, a cuya inauguración asistió el presidente de la República y la embajada española.

El apoyo del Opus le permitió un desarrollo económico inesperado. La complicidad de las personalidades a las que iba comprometiendo le aseguraba a la vez la impunidad. La impunidad compartida con esas personalidades que la utilizaban para sus negocios interiores y privados.

Pero su gran obra fue la « Lusofina »: Sociedad de Estudios Financieros. Constituida el 4 de marzo de 1963, su finalidad aparente era realizar estudios financieros, económicos y de mercados, pudiendo adquirir derechos, participaciones, acciones, etc, en cualquier clase de negocios con excepción de los bancarios y de seguros. La creación estuvo patrocinada por los gobiernos español y portugués y tanto el entonces ministro español de Hacienda, Navarro Rubio, como el portugués de Economía, Pinto Barbosa, participaron directamente en ella y gracias a esos apoyos se puso en marcha uno de los principales fines de la « Lusofina » que era el de facilitar la obtención de créditos a medio y largo plazo, interesando a la banca internacional.

Y así el negocio que se iban a repartir entre españoles y portugueses se extendía a la gran banca internacional, lo que explica por qué a la hora de estallar el escándalo tanto los grandes periódicos como las más importantes agencias periodísticas internacionales podían ser silenciados. Explicándose al mismo tiempo, y por si a alguien le quedaban dudas, el control absoluto del capitalismo internacional sobre el poder ejecutivo en España y Portugal, al margen de los cotidianos gargarismos sobre Sindicalismo Nacional, revoluciones por aquí y por allá y demás monsergas de la mitomanía nacional.

Los nombres son contundentes. La « Lusofina » estaba intervenida por los Bancos españoles de Bilbao, Central, Español de Crédito, Popular, Vizcaya y Santander, ocupando Gregorio Ortega entre otros puestos el de representante en su Consejo de Administración del Banco de Bilbao, y en el Comité ejecutivo, a toda la Banca española. Por parte portuguesa figuraban los antes citados en que el Opus intervenía por medio de Ortega Pardo, y el capitalismo internacional lo representaban « Rothschild Frères », « Dresdner Bank », « Irving Trust Company », « Société Financière Européenne », etc.

La « Lusofina » intentaba participar así en la colonización de la economía portuguesa en poder casi absoluto hasta entonces de dos entidades principalmente, la CUF, dominada por los Bancos españoles Hispanoamericano y Urquijo, y la Sociedad Portugueso-Americana de Fomento Industrial, de capital exclusivamente americano y con extensión a empresas de antibióticos, frigoríficos, tractores, supermercados, motores eléctricos, resinas y plásticos, etc. Ente que según los datos que se poseen financió la guerra colonial de Portugal cuyo gobierno no podía sostener tan fuerte sangría económica, pero cuyos territorios son fundamentales para la explotación africana apoyada en la Unión Sudafricana —mismo intereses e idéntico origen de las inversiones— redondeando con una Rodhesia independiente.

Mientras los negocios continuaban su marcha Ortega Pardo se dedicaba intensamente a su doble personalidad. Gran vividor, aventurero con características de personaje del hampa internacional, de costumbres muy turbias y vanidad delirante, se rodeaba de un lujo estrafalario, movilizaba toda clase de diversiones y pertenecía al mismo tiempo a los círculos piadosos del Opus Dei. También le gustaba la política. Negocios y política son, al fin y al cabo, las dos vías hacia la santidad más practicadas por los militantes del Opus.

En 1963, el embajador español en Lisboa, Ibáñez Martín, le condecoraba con la Gran Cruz del Mérito Civil a la vez que a las figuras máximas del Opus portugués, como Daniel Barbosa y Arthur Cupertino de Miranda, presidente este último de la « Lusofina » para más coincidencia. A Ortega se le consideraba en Lisboa como un importante diplomático de la embajada española y cuando Navarro Rubio visitó Portugal oficialmente Ortega Pardo fue su asiduo acompañante, respaldándole el ministro con sus visitas a la « Lusofina », Banco de Agricultura y otras empresas regidas por el vicario visible del Opus Dei.

Por eso su repentina desaparición causaba un trastorno indecible en ministros y embajadores. ¿ El representante de las tres cuartas partes de la Banca española en Portugal huía con una maleta llena de dinero y joyas ? ¿ El titular de la Gran Cruz del Mérito de la República Federal alemana, Gran Cruz de la República de Colombia, Gran Cruz del Infante Don Enrique el Navegante, de Portugal, y Gran Cruz del Mérito Civil de España era el estafador de las dos joyerías madrileñas ? ¿ El pío militante del Opus Dei, apóstol viajero misionando tierras portuguesas era el que se rumoreaba como

practicante de una vida repleta de lujos y de ambigüedades, del que se dice que en el restaurante-boite de Montes Claros daba a la orquesta mil escudos para que le dedicasen bailes llamándole Archiduque de Austria ?

Al menos el Gregorio Ortega Pardo de la « Lusofina » era el mismo que el 4 de noviembre de 1965 llegaba a Venezuela interviniéndole la policía 225 000 dólares y joyas por valor de otros 40 000, y pendiente de una denuncia presentada en Lisboa. El mismo al que se le achacaba el fácil recurso de contactos con los comunistas, acusación que no pudo prosperar pues simultáneamente Ibáñez Martín insistía en que su presencia en Caracas tenía por fin fundar una nueva casa del Opus Dei en Venezuela. Pero ¿ cómo llevaba consigo tal cantidad de dinero ? ¿ Fue realmente denunciado por el Banco Portugués do Atlántico ? ¿ Huía ante el temor de alguna amenaza provocada por esa aventurera vida que se le achacaba y los turbios elementos de que parecía rodearse ?

A partir de ese momento ya todo eran preguntas. Preguntas que trasmito a Fraga por sí, dada su nueva ley de prensa, le interesa responderlas.

¿ Era un desfalco ? Para eso parece poco dinero, dada la facilidad del personaje para manejar cantidades importantes. Sin embargo parece existir contra él una denuncia.

¿ Iba a fundar una casa del Opus ? No parece normal entonces trasladarse con una fortuna en la maleta.

¿ Iba a realizar ciertas inversiones por cuenta de altos personajes del gobierno español de quienes actuaba como agente financiero ?

¿ Era, como se ha asegurado, un enviado directo de Franco para invertir fondos de su fortuna personal ?

Después aun ocurren cosas más extrañas. Gregorio Ortega Pardo fue expulsado de Venezuela el 12 de noviembre. Tomó un avión de Iberia, vuelo 986, llegando a Madrid el sábado a las 13, 14. Preguntado por periodistas extranjeros un funcionario de la Iberia si había llegado Gregorio Ortega Pardo respondió que no podía decirlo, ya que la lista de pasajeros había « inexplicablemente desaparecido ». Un funcionario de la Dirección General de Seguridad ratificó la pérdida de dicha lista de pasajeros. Horas más tarde aseguraban en la misma Dirección General de Seguridad que nada tenía la policía española contra Gregorio Ortega Pardo y que por lo tanto no era buscado.

¿Cuál era entonces el destino del dinero ? ¿ Dónde se encuentra tanto el personaje como sus fondos ? ¿ En qué maniobra se le intentó mezclar con la primera acusación para poder proceder contra él ? Gregorio Ortega Pardo parece ser que está en España. ¿ Por qué ha abandonado todos sus cargos ? ¿ Qué saben de él en los Bancos que representó ? Se ha recordado también —como posible explicación de tanto secreto y tanta protección— que cuando Ortega Pardo representaba al Banco de Bilbao en la « Lusofina », García Moncó, hoy ministro de Comercio, era su director general. Y también se recuerda que hace cuatro años el mismo Ortega Pardo, García Moncó y los

consejeros del Banco Popular Buxó y Soldevilla crearon una sociedad llamada SECEA con la que negociaron con Egipto, exportando trigo e importando algodón, bonito negocio que dejó al ministerio de Agricultura una deuda de 1 500 millones de pesetas.

¿ Verdadero todo ? Quizá todo no, pero el silencio absoluto tiene ese riesgo. Quizá en cambio haya más todavía. ¿ Cómo surge, apoyado por quién, con quién se compromete y tras de quién se esconde Gregorio Ortega Pardo ? Esto no es ni un corral. España sin sol es una charca embarrada donde los sapos suben a ayudar a misa.

A Irún otra vez. A ver turistas acodados en la barandilla de piedra del puente internacional. Hay ya una hilera de coches esperando. Parece verano, de verdad. El sol da sobre los ojos, obliga a entornarlos. Los funcionarios de policía son correctos aquí. La gente va y viene. Eso está bien. Lo demás son estupideces. ¿ Para qué hablar de historias poco limpias ? Mejor es silenciarlas. O quizá Fraga cree que lo importante es participar, como decía el barón de Coubertin respecto de las Olimpiadas.

Un alma plácida es siempre un alma plácida. Lo de Fraga es oír misas oficiales, inaugurar paradores y engordar. Me recuerda aquella anécdota de Agustín de Foxá, cuando estaba agregado a la embajada de España en Roma. Asistiendo a una fiesta, una aristocrática dama española le atosigaba con sus preocupaciones espirituales y sus piedades. « Porque yo, terminó diciendo, comulgo todos los días, ¿ usted Foxá no comulga todos los días ? » Y contestó el conde, harto : « No señora, porque me engorda ».



XAVIER
FLORES

Salarios y nivel de vida en el campo español : 1964*

La evolución de los salarios

En uno de los mejores reportajes escritos sobre España en la época en que la monarquía llegaba a su fin, un escritor francés que no puede ser tildado de izquierdismo, Henri Béraud, provocó cierta sorpresa en Francia, en 1930, al describir la trágica situación de los campesinos españoles.¹ Francia, « jardín de Occidente (donde cada cual puede plantar sus coles y cosechar sus manzanas), ha perdido la memoria de su pasado, decía Béraud. ¿Cuántos de nosotros reconocerían el campo francés de antaño en el campo español de hoy? Difícilmente imaginamos ahora un estado de cosas del que tanto sufrieron nuestros antepasados y, cuando nos lo muestran, no lo reconocemos. ¿Se sabe, por ejemplo, que a nuestras puertas, en tiempos de una civilización que se irrita ante los excesos del maquinismo, el viajero menos aventurero puede vivir entre los siervos de antaño? Basta que vaya a Ecija. Hay dos trenes diarios. Y allí verá esos hombres, en su gleba, toscos y primitivos, con frecuencia miserables, semejantes a los villanos de la época de la « gran hambre »... Entre un labriego de tiempos de Isabel la Católica y un labriego de tiempos de Alfonso XIII, no hay gran diferencia. Los desgraciados son apenas menos obtusos, están apenas menos esquilados. Si la ignorancia es condición de la servidumbre, ¿qué decir de la suerte de un pueblo que, en 1930, tiene todavía un 65 por ciento de analfabetos? »

Los salarios de 3 pesetas por 12 horas de trabajo, el paro crónico, el absentismo de los grandes propietarios, su indiferencia respecto de la explotación de la mano de obra a que se entregan sus administradores, el estoicismo de los pobres que viven de aceitunas y de sol, y de vez en cuando una revuelta sangrienta en un pueblo. Tal es el campo español de 1930 que Béraud nos describía con emoción.

Veamos cuál era, treinta años después, la situación de esos trabajadores del campo y en particular la de los obreros agrícolas, cuyas familias, según afirmaba el Consejo Social de Sindicatos en una publicación del año 1959, no pueden consumir a veces ni siquiera los productos agrícolas y ganaderos, ya que « algunos de éstos no están al alcance económico de estas familias (frutas, ciertas hortalizas, leche, carne) por el bajo nivel de salarios, limitándose el acceso a la adquisición de otros productos manufacturados (calzados, tejidos

* El presente trabajo constituye el capítulo VIII de la tesis doctoral que, con el título **Estructura socio-económica de la agricultura española**, mantuvo en la Sorbona Xavier Flores el 20 de mayo de 1965. El valor de la obra (cuyo índice publicamos al final de este capítulo), la escasez de trabajos de conjunto sobre el tema de la tesis de Xavier Flores —de interés tan actual para los españoles— hacen aconsejable su publicación en lengua castellana. Pero la importancia misma del libro y los medios que exigiría su edición correcta, impiden desgraciadamente a Ediciones Ruedo ibérico, en el estado actual de su desarrollo, abordar tal empresa.

1. Henri Béraud. *Emeutes en Espagne*, p. 82, París, 1931.

de ciertos tipos) por la misma causa. » « Igualmente ocurre —añadía el Consejo Social— con los productos o artículos de adorno y comodidad del hogar y con los que facilitan cultura o distracción. En suma, que los trabajadores campesinos no consumen una diversidad de artículos y productos porque no ganan suficiente. Esto es innegable. »²

Tan innegable es que, según las estimaciones oficiales, el obrero agrícola, que ganaba ya muy poco en tiempos de la República, ganaba todavía menos en 1956. En efecto, el Consejo Económico Sindical, basándose en un estudio comparativo hecho por el Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, publicaba en 1957 la siguiente estadística :

CUADRO I. INDICE DE SALARIOS DE LOS OBREROS AGRICOLAS FIJOS E INDICE GENERAL DE PRECIOS Y DE COSTE DE VIDA

AÑO	INDICES DE SALARIOS DEL INIA		INDICE GENERAL DE PRECIOS	INDICE DEL COSTE DE VIDA
	CORREGIDO EL AÑO BASE	SIN CORREGIR EL AÑO BASE		
1935	100,0 ¹	100,0 ²	100,0	100,0
1942	229,2	201,5	224,5	247,4
1945	275,4	242,1	299,1	274,8
1948	387,5	340,6	450,9	453,0
1952	520,0	457,1	737,6	567,7
1954	585,4	514,6	799,1	584,0
1956	643,0 ³	577,6 ⁴	877,6	643,1 ⁵

1. Con salarios del gobierno de la República. Salario medio = 4,80 pesetas.

2. Con salarios del INIA. Salario medio = 5,46 pesetas.

3. Equivalente a 30,86 pesetas de salario medio.

4. Equivalente a 31,53 pesetas de salario medio.

5. Por error, el Consejo Económico da 633,3, si bien en el texto dice que « el índice de salarios es inferior al de coste de vida en las capitales y al índice general de precios ». Nuestra cifra es la publicada por el Instituto Nacional de Estadística. Fuente: Consejo Económico Sindical: *Ponencia 2 « Desarrollo Agrícola »*, p. 116 y *Actas y conclusiones de la Comisión II, « Agricultura » del IX Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional*, p. 79, Madrid 1957.

Estas cifras merecen un breve comentario. La primera columna, en la que se corrige el año base del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, nos muestra un índice de 100 = 4,8 pesetas, salario medio ponderado por el Consejo Económico en función del censo de población de 1930 y de una serie de cuatro salarios (Cataluña, 6,15; Levante, 4,20; Andalucía, 4,45; Centro, 4,90) dada por la Publicación n.º 79 de la Sección de Estadística y Economía del Ministerio de Agricultura de la República, publicada en Barcelona en 1937. La segunda columna corresponde al salario de 5,46 pesetas hallado por el Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas. Considerando que este último salario es excesivamente elevado, el Consejo Económico ha preferido

atenerse en 1957 al primero, con lo cual coincide el índice 643,0 de salarios en 1956 con el índice 643,1 de coste de vida para el mismo año. Pero tal índice es el del coste de vida en las capitales que, por ser más complejo que el que debiera ser hecho para las zonas rurales, no puede servirnos de punto de comparación. El mismo Consejo Económico confiesa que el índice de precios es quizás más significativo. Admitiendo esto, llegamos a la siguiente conclusión: para que el poder adquisitivo del obrero agrícola fuese en 1956 el mismo que en 1935, hubiera sido necesario que su salario se multiplicara por 8,77 y no solamente por 6,43 o 5,77. Es decir, a un salario de 4,80 en 1935 debiera corresponder en 1956: $4,80 \times 8,77 = 42,09$ pesetas; y a un salario de 5,46: $5,46 \times 8,77 = 47,88$ pesetas. Comparando estas cifras con la media de 31 pesetas que se desprende del índice del Consejo, comprobamos que el esfuerzo de la época republicana ha sido reducido a la nada y, que de hecho, el campesino español se encontraba de nuevo en 1956 como en la época de la monarquía. El Consejo Económico Sindical no lo considera así, pero admite, sin embargo, que « el poder de compra de la población campesina en general es aproximadamente el mismo que tenía en el período anterior a 1936 que, como es sabido, era muy bajo. »³

¿ Ha mejorado la situación desde 1956 ? En este sentido podemos comenzar por analizar la evolución de los salarios durante el periodo 1956-1959, del que poseemos cifras bastante exactas. Según un estudio efectuado por el Instituto de Estudios Agrosociales en colaboración con el Ministerio de Agricultura y la FAO, en 1959 se hallaban en vigor los salarios siguientes :

	ZONA 1		ZONA 2	
	(NORTE Y NORDESTE)	MEDIA	OTRAS REGIONES	MEDIA
<i>Trabajadores fijos</i>				
a) en faenas no especificadas (jornal diario)	16,00 a 27,00	21,50	15,00 a 24,00	19,50
b) Personal de labranza (remuneración anual)	9 750 a 12 950	31,09	8 900 a 11 850	28,42
c) Cuidado y pastoreo del ganado (jornal diario)	22,50 a 33,00	27,75	21,50 a 30,00	25,75
d) Guardería de fincas (jornal diario)	28,00 a 29,00	28,50	25,50 a 26,50	26,00
<i>Trabajadores eventuales</i>				
Jornal diario	34,00 a 65,00	49,50	30,00 a 60,00	45,00

Fuente: Ministerio de Agricultura: *Proyecto de desarrollo de la región mediterránea* —FAO/España, p. 128. Madrid, 1959.

2. Consejo Social de la Organización Sindical Española, **Campo II**, p. 177. Madrid, 1959.

3. Consejo Económico Sindical: **Ponencia 2 « Desarrollo Agrícola »**, p. 116. Madrid, 1957.

El salario medio de los trabajadores fijos ha sido, pues, de 27,21 pesetas en la zona 1 y de 24,92 pesetas en la zona 2. En cuanto a los trabajadores eventuales, fue de 49,50 pesetas en la zona 1 y de 45,00 pesetas en la zona 2. Estas cifras arrojan una media nacional de 26,00 pesetas en lo que corresponde a los trabajadores fijos y de 47,25 para los eventuales.

Pero es necesario tener en cuenta que se trata de mínimos fijados por el gobierno. En realidad, el libre juego de la oferta y la demanda ha hecho variar sensiblemente estas cifras en el periodo 1956-1959. Según las estadísticas oficiales, durante el año agrícola 1957-1958 los salarios reales fueron los siguientes :

CUADRO 3. SALARIOS REALES DE TRABAJADORES FIJOS Y EVENTUALES

REGIONES	TRABAJADORES	TRABAJADORES
	FIJOS	EVENTUALES
	(PTAS)	(PTAS)
Galicia	35,00	37,00
Cantábrico	54,15	69,15
Duero	43,40	47,70
Alto Ebro	45,00	75,00
Ebro Medio	40,00	47,50
Nordeste	68,20	69,10
Levante	47,90	56,70
Andalucía	30,30	33,85
Extremadura	30,90	31,00
Central	38,80	45,10
Canarias	27,00	34,00

Fuente: *Proyecto de desarrollo de la región mediterránea, op. cit.*, p. 130.

El salario medio habría sido, pues, en ese año agrícola de 41,88 pesetas para el trabajador fijo y de 49,65 para el trabajador eventual, medias más elevadas, sobre todo la primera, que las que hemos calculado a partir de los salarios mínimos fijados por el gobierno. El cuadro 3 pone de relieve cómo los salarios más bajos corresponden a las regiones de latifundio, en las que el paro agrícola hace estragos y donde, por este hecho, el libre juego de la oferta y la demanda favorece a los grandes terratenientes.

Sin embargo, desde 1959, año del Plan de estabilización, la situación ha evolucionado a causa del éxodo hacia el extranjero, hasta el punto que el decreto 55-1963, que fijaba el salario mínimo de 60 pesetas, quedó muy por debajo de la realidad, sobre todo respecto a los trabajadores eventuales empleados en las cosechas o en la siega en Castilla, que exigen hoy salarios de 150 y de 200 pesetas diarias.

Entre 1958-1959 y 1962-1963, los salarios de tres categorías de trabajadores han evolucionado de la siguiente manera :

CUADRO 4. EVOLUCION DE LOS SALARIOS DE TRES CATEGORIAS DE TRABAJADORES AGRICOLAS (VIVIENDA, ALIMENTACION Y VACACIONES PAGADAS INCLUIDAS. CARGAS SOCIALES NO INCLUIDAS)

AÑO	TRACTORISTAS		VAQUEROS		OBREROS NO ESPECIALIZADOS	
	SALARIO	INDICE	SALARIO	INDICE	SALARIO	INDICE
1958-59	77,50	100,0	49,40	100,0	54,30	100,0
1959-60	82,00	105,8	57,20	115,7	59,50	107,7
1960-61	83,50	107,7	64,30	130,1	68,50	126,1
1961-62	89,60	115,6	69,80	141,2	76,70	141,2
1962-63	102,00	131,6	82,50	167,0	93,30	171,8

Fuente: *Price of Agricultural Products and Fertilizers in Europe, 1961/1962*, ONU-FAO, Ginebra, 1963, e *Idem. 1962/1963*, p. 58, Ginebra, 1964.

Este aumento progresivo de los salarios, debido en gran parte al sistema de convenios colectivos, y también a la escasez creciente de mano de obra, sobre todo eventual, queda reflejado también en la evolución de la distribución de la renta agraria publicada en enero de 1964 y que reproducimos en el cuadro 5.

CUADRO 5. DISTRIBUCION FUNCIONAL DE LA RENTA AGRARIA (EN MILLONES DE PESETAS)

	1957-58	1958-59	1959-60	1960-61	1961-62	1962-63	AVANCE 1963-64
Salarios y sueldos	51 848	62 944	73 469	76 000	82 751	92 187	103 853
Seguridad Social	1 200	1 281	1 468	1 380	1 694	2 259	2 500
Impuestos directos	3 040	3 240	3 477	3 496	3 521	3 550	3 650
Beneficio del empresario, renta de la tierra e interés del capital	46 076	54 154	48 487	47 797	55 224	66 702	68 724
Totales	102 164	121 619	126 901	128 673	143 190	164 698	178 727

Fuente: Ministerio de Agricultura. *La agricultura española en 1963*, p. 154. Madrid, 1964.

De todas maneras, estos aumentos no han logrado satisfacer a la población obrera del campo, que emigra hoy en masa hacia las ciudades industriales del país o se va al extranjero en busca de un nivel de vida más elevado. No poseemos estadísticas exactas sobre esta cuestión, pero el editorial del 16 de mayo de 1964 del diario *ABC* de Madrid subrayaba la gravedad del problema: « Es notorio que la emigración está privando al sector agrario de las generaciones más jóvenes y aptas, y a todos nos consta que, con el fin de facilitar las faenas de recolección, el gobierno viene autorizando desde hace años permisos de verano (a los soldados en filas) que podríamos llamar especiales, por su excepcional duración. Pero las necesidades laborales aumentan de modo incesante en los medios rurales, y paralelamente crecen también las exigencias de jornales desorbitados que se hacen insoportables en cuanto se considera la desproporción de los mismos con el rendimiento que son capaces de dar la mayoría de los hombres disponibles, ya sea por razón de edad, ya por falta de la necesaria experiencia en los rudos trabajos a realizar. »

Estos gritos de alarma exigen ciertas aclaraciones. Por una parte, en estos últimos años, la agricultura española ha venido representando el 26 % aproxi-



Mapa 1. Índice de variación de la población rural.

Provincias

De 105 a 114,9	5	En progreso
De 95 a 104,9	18	Estacionarias
De 85 a 94,9	27	Regresivas

madamente del producto interior bruto, en tanto que sólo contribuía a los ingresos presupuestarios del Estado en 1,6 %. Los impuestos directos representaban alrededor del 2,5 % de la renta agrícola. Así, pues, es necesario excluir la eventualidad de una presión fiscal excesiva que pudiera impedir el aumento de salarios. En segundo lugar, si bien es verdad que los agricultores españoles compran los elementos necesarios para el cultivo (fertilizantes y piensos) a precios equivalentes y a veces superiores a los europeos, no es menos cierto que se hallan acostumbrados a vender sus productos a precios igualmente comparables, salvo en lo que concierne a la carne. No es, pues, el precio de los elementos de producción lo que les ha impedido, desde hace ya bastante años, aumentar los salarios hasta un nivel decente.

Sin embargo, los salarios agrícolas, incluidas las cargas sociales, continuaban siendo en 1961-1962 los más bajos de Europa occidental. Según un estudio de la FAO,⁴ la diferencia media era de 1 a 3 entre los salarios pagados a los obreros agrícolas en España y en el resto de Europa. En 1962-1963, esta diferencia subsistía como lo prueba el cuadro de la página siguiente.

El problema de los salarios, o más exactamente, la imposibilidad en muchos casos de elevarlos al nivel europeo, debe examinarse, pues, teniendo presentes los defectos estructurales de la agricultura española: exceso de minifundios no rentables en el norte; baja productividad de los latifundios, debida a una crónica insuficiencia de inversiones, a la elección de los cultivos y a la naturaleza de las tierras; baja rentabilidad de las tierras dedicadas a cereales.

CUADRO 6. COSTE MEDIO DE UNA HORA DE TRABAJO DE OBRERO AGRICOLA FIJO (1962-63)
(VIVIENDA, ALIMENTACION, VACACIONES PAGADAS Y CARGAS SOCIALES INCLUIDAS) (dólares)

	TRACTORISTA	VAQUERO	OBRAERO NO ESPECIALIZADO
Austria	0,43	0,43	0,39
Bélgica	—	—	0,57
Dinamarca	0,78	0,77	0,59
Finlandia	—	0,49	0,51
Alemania occidental	0,67	0,73	0,61
Grecia	—	—	0,26
Irlanda	—	—	0,35
Italia	—	0,53	0,49
Países Bajos	0,69	0,68	0,66
Noruega	—	0,72	0,70
España	0,26	0,21	0,24
Suecia	1,17	1,26	0,91
Suiza	—	0,60	0,53
Reino Unido (chelines)	0,71	0,78	0,71

Fuente: ONU-FAO. *Prix des produits agricoles et des engrais en Europe en 1962-1963*, p. 58. Ginebra, 1964.

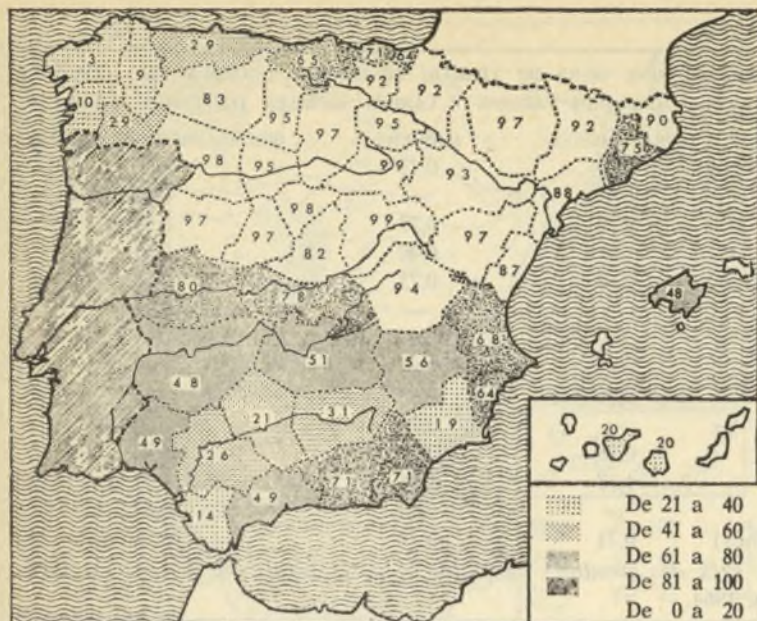
De hecho, el agricultor español, acostumbrado desde hace siglos a tratar sus obreros peor que a siervos, no se había visto nunca obligado por las circunstancias a transformar sus tierras en explotaciones en el sentido moderno de la palabra. La falta de productividad y la baja capitalización se compensaban con una mano de obra barata cuya vida dependía del capricho de su señor. El movimiento migratorio producido por la estabilización de 1959, ha cogido desprevenido a este tipo de propietarios y hoy, salvo en las explotaciones verdaderamente rentables, es evidente que la baja productividad de las tierras —aunque los productos se vendan a precios comparables a los europeos— no permite siempre satisfacer las reivindicaciones salariales.

La presión salarial, que no ha disminuido en el curso de los últimos años, deja esperar una elevación notable y constante de los precios de los alimentos en el porvenir inmediato y un enrarecimiento creciente de la mano de obra agrícola, que huye hoy del campo a la ciudad a un ritmo de 250 000 personas por año.

El nivel de vida en el campo

No hay duda alguna de que las condiciones de vida en el campo español son —es lo menos que pueda decirse— verdaderamente lamentables. En 1959, el Consejo Social de Sindicatos describió en términos muy claros la situación de los campesinos: «Nuestros productores agrícolas viven, en general, en unas condiciones de atraso e inferioridad respecto a los demás sectores

4. *Prices of Agricultural Products and Fertilizers in Europe, 1961-1962*, ONU-FAO, Ginebra, 1963.



Mapa 2. Porcentajes de municipios rurales.

Provincias	
5	
6	
10	
22	
7	
<hr/>	
50	

de la población que podríamos calificar de verdaderamente deplorables. Sus alojamientos carecen, al menos en muchos casos, de las comodidades más elementales, y su alimentación, en sectores considerables, es deficiente tanto cuantitativa como cualitativamente, es decir, tanto en calorías como en proteínas, y particularmente en proteínas de origen animal. Como el atraso material es generalmente correlativo del moral y el cultural, no creemos necesario insistir sobre las lamentables condiciones que a este respecto padecen nuestros campesinos.»⁵

Los mejores datos que poseemos actualmente sobre este problema son los de una encuesta realizada en octubre de 1961 por el Servicio Sindical de Estadística⁶ en la totalidad de los municipios de hasta 3 000 habitantes, incluidas las islas Baleares y las Canarias; 7 429 municipios rurales que representaban 1 721 669 familias y 6 090 821 habitantes —o sea poco menos de la mitad de la población rural— fueron invitados a contestar a un cuestionario relativo al disfrute de diversos servicios: agua, electricidad, teléfono, radio, televisión, etc.

El primer fenómeno que subrayan los autores de la encuesta es, como puede verse más adelante, el aumento del número de municipios de menos de 100 y 500 habitantes, y la disminución de los que oscilan entre 500 y 3 000 habitantes, lo que denuncia el creciente abandono del campo entre 1950 y 1961. Es innegable que esta deserción no facilita la instalación de nuevos circuitos comerciales allí donde se puede prever la disminución progresiva de la eventual clientela.

En realidad, entre 1950 y 1960, estos municipios rurales han visto disminuir su población de 376 623 habitantes (6 467 444 en 1950 y 6 090 821 en 1960), que



Mapa 3. Porcentajes de población rural (en municipios de hasta 3 000 habitantes).

Provincias

De 0 a 20	20
De 21 a 40	7
De 41 a 60	6
De 61 a 80	11
De 81 a 100	7
	<hr/> 50

emigraron ya sea hacia los municipios de más de 3 000 habitantes, ya sea hacia las capitales de provincia o al extranjero.

El examen de los datos recogidos demostró que el despoblamiento se había acentuado sobre todo en los municipios de 100 habitantes o menos, que perdieron en el curso del decenio el 29,4 % de sus efectivos, mientras que los municipios de 2 000 a 3 000 habitantes conservaban el 98,8 % de su población. Los municipios fueron clasificados como regresivos, estacionarios o progresivos, tomando como base 1950 = 100, según poseyeran en 1960 de 86 a 95, de 96 a 105 o de 106 a 114 % de habitantes, y se comprobó que 27 provincias eran regresivas y 18 estacionarias, mientras 5 solamente se hallaban en progreso demográfico (véase mapa 1). Es interesante comprobar que la regresión

CUADRO 7. MEDIAS DEMOGRAFICAS DE LOS MUNICIPIOS RURALES CLASIFICADOS POR INTERVALOS DE POBLACION

INTERVALOS DE POBLACION	CENSO DE 1950		CENSO DE 1960		ENCUESTA 1961	
	MUNICIPIOS RURALES	POBLACION MEDIA	MUNICIPIOS RURALES	POBLACION MEDIA	MUNICIPIOS RURALES	POBLACION MEDIA
	Hasta 100 habitantes	64	84	124	77	117
de 101 a 500	2 975	310	3 261	296	3 249	296
de 501 a 1 000	2 077	709	1 881	709	1 888	709
de 1 001 a 2 000	1 623	1 420	1 497	1 425	1 503	1 426
de 2 001 a 3 000	732	2 450	689	2 445	672	2 435
Municipios rurales	7 471	870	7 452	822	7 429	820

5. Consejo Social de Sindicatos. **Campo (I)**, p. 58. Madrid, 1959.

6. Servicio Sindical de Estadística. **Encuesta rural; disfrute de bienes y servicios en los municipios hasta 3 000 habitantes**. Madrid, 1962.



Mapa 4. Periódicos por cada 100 familias.

alcanza no solamente a las provincias que poseen pocos municipios rurales sino también a las que tienen muchos, excepción hecha de Barcelona, Madrid y Vizcaya que, teniendo un porcentaje elevado de municipios, presentan sin embargo un bajo porcentaje de población rural propiamente dicha y se hallan en progresión (véanse mapas 2 y 3).

Ha de tenerse muy en cuenta, al examinar las cifras del mapa relativo a los porcentajes de población rural en los municipios de 3 000 habitantes y menos (mapa 4), que los porcentajes fueron calculados sobre la cifra de población de cada provincia respectiva, *excluida la población de su capital*. Los autores de la encuesta obraron de esta manera para « eliminar los factores —no siempre debidos a causas lógicas— que influyen en la magnitud y aun en el gigantismo » de algunas capitales. De esta manera, se advierte con más claridad el peso que en algunas provincias tienen los núcleos industriales independientes de la capital. Como lo subraya acertadamente la encuesta « Barcelona y Vizcaya, por ejemplo, que aparecían en el cuadro anterior (cuadro 3 de nuestro texto) como acusadamente rurales, ven disminuir este aspecto en el presente, de acuerdo con la idea que todos tenemos de ellas como provincias industriales. En cambio, Valladolid y Zaragoza, a pesar de su importancia industrial en cuanto ciudades, son a su vez capitales de provincias netamente rurales, como indica su posición en el cuadro. »

Veamos ahora cómo se desenvuelven esas pequeñas aglomeraciones que constituyen el marco cotidiano de la vida de seis millones de españoles. Empecemos por el presupuesto municipal. Su general estrechez explica la ausencia o la insuficiencia de los servicios públicos (agua corriente, electricidad, teléfono, etc.) de que, en principio, debieran gozar sus habitantes.

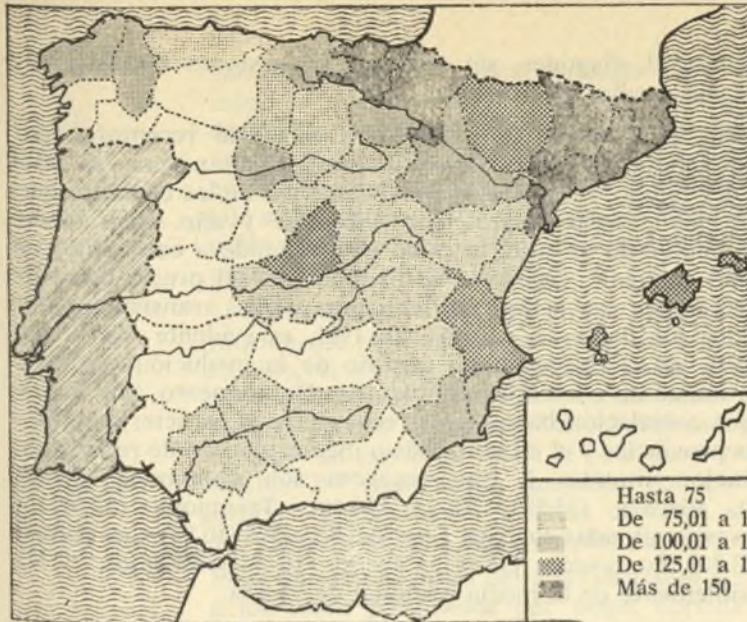
sólo el 44 % de familias disponen de ella a domicilio. En este aspecto también las cifras oscilan entre 0,05 % en Badajoz y 83,1 % en Guipuzcoa. El porcentaje de familias que disponen de agua corriente a domicilio o no, es muy bajo casi en todas partes.

CUADRO 9. PORCENTAJE DE FAMILIAS RURALES PROVISTAS DE AGUA CORRIENTE

PROVINCIA	%	PROVINCIA	%
Guipuzcoa	83,1	Avila	8,6
Navarra	77,2	Valladolid	7,1
Lérida	63,2	Toledo	6,6
Alava	62,2	Guadalajara	6,6
Barcelona	46,4	Baleares	6,4
Vizcaya	46,3	León	6,1
Huesca	43,7	Pontevedra	5,5
Tarragona	36,2	Albacete	5,4
Valencia	35,3	Sevilla	4,8
Gerona	26,9	Córdoba	4,6
Logroño	24,3	Jaen	4,5
Murcia	21,5	Granada	3,5
Alicante	20,7	Málaga	3,2
Madrid	20,1	Ciudad Real	2,8
La Coruña	18,0	Zamora	2,7
Oviedo	16,8	Salamanca	2,6
Castellón	15,9	Cáceres	2,3
Santander	15,8	Cuenca	2,0
Segovia	14,8	Huelva	1,7
Zaragoza	14,2	Orense	0,7
Soria	12,3	Cádiz	0,7
Teruel	10,8	Las Palmas	0,7
Burgos	10,5	Almería	0,6
Tenerife	9,2	Badajoz	0,05
Palencia	8,8	Lugo	0

La electricidad ofrece, felizmente, cifras muy diferentes. Es innegable que se realizaron grandes progresos desde 1955 —fecha en que el sindicato correspondiente evaluaba en 546 el número de municipios rurales desprovistos de este servicio. En esa época 14 provincias se hallaban electrificadas a 100 % y una a 99 %. Actualmente 28 provincias tienen más del 99 % de sus municipios electrificados y entre ellas 17 lo están a 100 %. En conjunto, como subraya la encuesta sindical, solamente el 2,6 % de las municipalidades españolas carecen de energía eléctrica. De los 7 429 municipios estudiados, 7 233 disponen de energía eléctrica y 196 carecen de ella.

En cambio, en lo que concierne al teléfono, a pesar de la instalación en 1960 de este servicio en 755 municipios rurales, más del 33 % de estas



Mapa 6. Índice del nivel de vida rural (Media nacional: 100).

Provincias

16
14
8
4
8
50

aglomeraciones —exactamente 3 094— no disponían aún de él en la época de la encuesta. Según los datos recogidos, 11 provincias disponían de central telefónica en todos sus municipios y 10 en más del 90 %. Sin embargo, 10 de esas 21 provincias se situaban por debajo de la media nacional —3,8 %— en cuanto al número de teléfonos instalados por cada 100 familias rurales. En conjunto, 6 058 municipios disponen de 0 a 5 teléfonos por cada 100 familias; 989, de 5,1 a 10; 312, de 10,1 a 20; y 70, de más de 20 aparatos.

Las cifras relativas al cine son aparentemente desconcertantes cuando se las considera a partir de la división clásica de España en dos zonas: el norte desarrollado y el sur subdesarrollado. De los 7 429 municipios examinados, 2 194 disponen de una sala de cine y 858 de proyectores transportables con los que se improvisan, más o menos adecuadamente, sesiones de cine. Los porcentajes de municipios con sala de cine oscilan entre 5 % en Soria y 88 % en Murcia. La densidad media es de 28,8 % en las provincias del norte y 58,8 en las provincias del sur, frente a una media nacional de 30 %. Esta disparidad entre una abundancia relativa de instalaciones en el sur y una carencia, que probablemente es sólo aparente, en ciertas provincias del norte, se explica por el hecho de que estas últimas, por hallarse más pobladas en general, cuentan con más centros populosos en las cercanías de los municipios, lo que pone a disposición de ellos una abundancia de instalaciones que hace a veces antieconómica la apertura de un cine en un municipio rural.

En cuanto a los municipios desprovistos de sala de cine, conviene observar que, entre los 5 235 que se hallan en esa situación, se cuentan 3 366 de menos de 500 habitantes, no rentables, por tanto, para tal género de empresa. Algunos

de ellos, exactamente 353, disponen, sin embargo, de sesiones semanales de cine improvisadas con medios de fortuna.

En lo que respecta a la radio, la media de 34,5 % de receptores por 100 familias rurales refleja, como los demás aspectos de la encuesta, el débil poder adquisitivo del campo, situado muy por debajo del de las ciudades que, en general, supera los 350-400 dólares por habitante y año. Considerada durante mucho tiempo como un lujo, la radio está llegando a convertirse en un bien de consumo corriente, gracias a la disminución del precio de venta de los aparatos receptores y a la difusión creciente de los transistores. Por haber sido recogidos los datos en octubre de 1961, es evidente que, como subrayan los autores de la encuesta, un estudio de la evolución posterior quizá revelaría un índice de aumento muy elevado. De momento, nos limitaremos a señalar una correlación bastante estrecha entre el carácter regresivo o progresivo de las provincias y el número más o menos elevado de receptores. Las provincias mejor situadas a este respecto son Guipuzcoa (57 %), Barcelona (56 %), Vizcaya (55 %), Alava (54 %), Tarragona (52 %) y Madrid (48 %). Las peor situadas son Sta. Cruz de Tenerife (10 %), Las Palmas (11 %), Orense (13 %), Pontevedra (15 %), Cáceres (16 %) y Badajoz (17 %), que se alejan sensiblemente de la media nacional de 34,5 %.

Como era de esperar, las cifras relativas a la televisión son extremadamente bajas. Sólo a fines de 1960 comenzaron a extenderse los aparatos de televisión en los municipios rurales españoles. En la época de la encuesta, de 7 429 municipios sólo 3 363 se hallaban en condiciones de captar los programas de las emisoras nacionales. Las regiones más favorecidas eran las del noroeste (76 % de los municipios cubiertos por las emisoras de Madrid y Barcelona), y las menos favorecidas las del sudeste donde el 57 % de los municipios no podían captar programa alguno. El número total de receptores era de 9 572 para el conjunto de la población estudiada o sea 1 721 669 familias. La media por 100 familias alcanzaba en consecuencia la cifra de 0,56 %, considerablemente baja y que revela las enormes posibilidades de desarrollo de esta industria en los próximos años. Solamente 5 provincias —Huesca, Tarragona, Valladolid, Barcelona y Madrid— cuentan con más de 10 receptores por 1 000 familias rurales. En realidad, sólo 10 de las 50 provincias que cuenta el país totalizan más de la mitad de los receptores: Avila, Segovia, Guadalajara, Cuenca, Toledo y Madrid, con una media de 434 receptores, poseen en total 2 604. Las 4 provincias catalanas, con una media de 521 receptores, alcanzan la cifra de 2 084 receptores.

Los autores de la encuesta subrayan finalmente que siendo « la población media de los municipios rurales españoles de 800 habitantes, equivalente a 228 familias, la existencia de 4,4 televisores por 1 000 familias (caso de la provincia de Valencia) no es sino la equivalencia media de un televisor por municipio. Y en tales o inferiores condiciones —en las que se encuentran 27 de las provincias españolas— no cabe hablar propiamente de disfrute familiar de televisor, sino más bien de « disfrute municipal » que, como tal, estará probablemente situado, en buen número de casos, en el casino, centro parroquial,

sala de reuniones o local análogo. Quizá pueda considerarse normativo al respecto que el disfrute familiar de televisor (es decir, su existencia en domicilios privados) sólo se da en los municipios que poseen más de dos aparatos. Si todos los receptores de esas provincias —4 519— estuvieran equitativamente repartidos entre los municipios que cubre la red —1 882—, ello equivaldría a decir que, una vez descontados los dos televisores « municipales » o públicos —3 764—, sólo quedarían en España 755 vecinos rurales que poseyeran de verdad televisor.»⁷

Si cifras tan bajas son explicables cuando se trata de una invención moderna, introducida más recientemente en España que en otros países occidentales, en cambio, la prensa, institución secular, debiera proporcionarnos datos más de acuerdo con las medias occidentales. Desgraciadamente no es así; se alcanza apenas la cifra de 140 000 diarios vendidos en los municipios rurales, es decir un diario por cada 43 habitantes o 12,4 familias. En realidad, todavía existen 297 municipios, poblados por cerca de 100 000 españoles, que no reciben ningún diario. A escala nacional, el número de diarios recibidos por 100 familias rurales sigue siendo muy bajo en todo el país (véase mapa 4).

Si se observa el mapa del analfabetismo rural, que hemos establecido gracias a los datos publicados por Angel Zorrilla Dorronsoro⁸ (véase mapa 5) se comprueba en general una correlación bastante estrecha en cada provincia entre el número de diarios y el índice de analfabetismo. También aquí se ven dibujarse las dos Españas: la del norte, más o menos desarrollada, y la del sur, subdesarrollada. El norte alcanza una media de 10,65 diarios, mientras que el sur se limita a 3,85. Podemos citar como caso particularmente significativo el de Málaga, donde un sector de la población que sumaba 278 369 habitantes contaba 180 189 analfabetos a principios de 1961. Los porcentajes

CUADRO 10. ANALFABETISMO EN MALAGA

	HOMBRES	MUJERES
	%	%
Málaga	20	27
Estepona	26	29
Gaucín	37	43
Ronda	29	41
Marbella	41	46
Coin	32	41
Alora	35	41
Vélez	53	60
Torrox	34	38
Colmenar	27	28
Archidona	28	36
Antequera	35	40
Campillos	36	44

7. Encuesta rural, op. cit., p. 68.

8. Angel Zorrilla Dorronsoro. *Introducción a la economía agrícola española*, la parte, anexos 1 a 51. Madrid, 1960.

9. Ya del 12 de febrero de 1961.

establecidos en esa época en las 13 localidades correspondientes de la provincia se hallan indicados en el cuadro 10.

Conviene desconfiar, sin embargo, de ciertas diferencias más aparentes que sume una media de 6,9 diarios por 100 familias, La Coruña, en cambio, consume una media de 6,9 diarios por 100 familias. La Coruña, en cambio, con 15,80 % de analfabetos, consume 16,9. De la misma manera, en el interior de Galicia, mientras sus 4 provincias —La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra— tienen índices de analfabetismo bastante próximos, ofrecen en cambio diferencias considerables en el consumo de diarios. La Coruña y Lugo, 16,9 y 16,8; Orense, 3,4; y Pontevedra, 7,7. Estos fenómenos se explican si se tiene en cuenta que, mientras Salamanca posee 375 municipios rurales de 3 000 habitantes o menos y 11 de más de 3 000, las 4 provincias gallegas juntas tienen solamente 42 municipios de menos de 3 000 y 274 de más de 3 000. Asimismo, en el seno de Galicia, las diferencias se aclaran si se tiene en cuenta que La Coruña y Lugo sólo tienen respectivamente 3 y 6 municipios de menos de 3 000 habitantes con 1 530 y 2 654 familias respectivamente, mientras que Orense tiene 27 con 19 042 familias, y Pontevedra, que no tiene más que 6, tiene 3 955 familias, o sea 1 301 más que Lugo con el mismo número de municipios.

En lo que concierne a la posesión de vehículos —motos, bicicletas y automóviles—, las cifras indican hasta qué punto los coches se hallan concentrados en las grandes aglomeraciones. En efecto, mientras que el parque de automóviles alcanzaba en España la cifra de 345 000 unidades en 1961 (excluidos los taxis)¹⁰, en la fecha de la encuesta no existían más que 20 448 en los municipios rurales, o sea el 6 %. Contaban igualmente con 109 525 motos y motocicletas (total nacional : 677 228)¹⁰ y 483 884 bicicletas sobre un total de 2 236 159 para el conjunto del país. Resalta una vez más el escaso número de vehículos en los municipios de las regiones ricas del norte y del Mediterráneo y su ausencia

CUADRO 11.

AUTOMOVILES POR MUNICIPIO	MUNICIPIOS
0	2 788
de 1 a 3	2 839
de 4 a 9	1 295
de 10 a 19	382
más de 19	125
MOTOCICLETAS Y CICLOMOTORES	
Hasta 0,5	2 237
de 0,6 a 1,9	2 997
de 2,0 a 4,9	1 558
más de 4,9	637
BICICLETAS	
0	322
de 1 a 49	4 286
de 50 a 99	1 337
de 100 a 300	1 237
más de 300	247

casi total en las regiones de latifundio. La distribución era la siguiente en la época de la encuesta :

Estas cifras muestran con elocuencia el camino que en este aspecto queda todavía por recorrer y las enormes posibilidades futuras de las industrias productoras de toda especie de vehículos utilitarios de tipo francés Citroen 2 caballos, cuyo precio y consumo se aproxima cada vez más a las restringidas posibilidades del mercado rural español.

El mismo razonamiento se aplica a otros bienes de consumo para los que existe un mercado prácticamente virgen. Tal es el caso de la máquina de lavar, estudiado por los autores de la encuesta : 2 563 municipios rurales no poseían ninguna en la época de la encuesta ; 3 017 poseían de 1 a 9 ; 1 700 de 10 a 99 ; y 149 más de 99 ; o sea 80 811 máquinas de lavar para 1 721 669 familias (4,7 por 100 familias). La distribución por provincias muestra como siempre diferencias sorprendentes : 13 provincias no alcanzan la cifra de una máquina por 100 habitantes y casi el 40 % de los aparatos existentes se hallan concentrados en 5 provincias solamente. Situadas entre ambos extremos, 36 provincias poseen el 28 % de las máquinas.

Es evidente que el aumento de este tipo de máquinas se halla vinculado no solamente a la disponibilidad y al precio de la energía eléctrica —precio monopolístico y excesivo actualmente, lo que apenas contribuye a modernizar los hogares—, sino también al aumento de ingresos y a las perspectivas generales de la existencia rural. Es fácil comprobar que allí donde el campo se despuebla, la modernización de la vida material no se manifiesta en ningún aspecto.

Los 2 563 municipios que no disponen de ninguna máquina de lavar son precisamente aquellos que perdieron cerca del 10 % de su población en 10 años, en tanto que los que tienen más de 99 máquinas la vieron aumentar cerca del 6 % en el mismo periodo de tiempo. El mismo razonamiento puede aplicarse a los demás bienes de consumo —televisión, diarios, coches, etc.— analizados más arriba.

Partiendo de las cifras obtenidas en el curso de la encuesta, se estableció un índice del nivel rural de vida que creemos útil reproducir pues refleja perfectamente el profundo desequilibrio del campo español (véase mapa 6). Solamente 20 de las 50 provincias españolas superan la media nacional. No es necesario subrayar que se trata de las provincias más evolucionadas en todos los aspectos y que debieran en cierto modo servir de pauta a las demás. Estas provincias reflejan la distorsión económica del país, mezcla de desarrollo y subdesarrollo, que no permite clasificarlo fácilmente en una u otra de las categorías establecidas en las Naciones Unidas. Reflejan también la necesidad de una reforma agraria adaptada a las necesidades de cada región en un país donde la mitad casi de la población reside en el campo.

10. Anuario estadístico 1963, p. 194 y 196.

Sumario general de la obra: Estructura socio-económica de la agricultura española.

I. *Introducción*; II. *Importancia de la agricultura en la economía española*: 1. España, ¿país agrícola? 2. La exportación de productos agrícolas. 3. Relaciones intersectoriales. 4. Las inversiones. 5. Las rentas agrícolas; III. *El medio rural y la distribución agrícola del suelo*. 1. El medio rural. 2. La distribución agrícola del suelo; IV. *La propiedad: las instituciones; la distribución de la propiedad*. 1. El parcelamiento de la propiedad rural y su distribución. 2. La superficie provincial de las diferentes categorías de propiedad; V. *La población agrícola activa*; VI. *Capitalización y progreso*

técnico agrícola: — El crédito agrícola; — El precio de los elementos de producción; — El empleo de fertilizantes; — La mecanización; — El regadío de las tierras y la concentración parcelaria de las explotaciones; — La comercialización; VII. *La producción*: — Los cereales; — Hortalizas, cultivos hortícolas y leguminosas secas; — Arboricultura; — Cultivos industriales: — El algodón; La caña de azúcar y la remolacha azucarera; El cáñamo; El lino; La patata; El tabaco; — Ganadería y avicultura; VIII. *Salarios y nivel de vida en el campo*: — Evolución de los salarios; — Nivel de vida en el campo; IX. *El consumo en las ciudades*; X. *Conclusiones. Bibliografía.*



la noticia

(Un acto)

lauro olmo

... un punto de partida se halla a un paso del lateral. El fondo es cielo raso.
 Análogas en la sala, sean horizontales, serios, un período. Al lado del
 puesto, el vendedor también sentado, otro ejemplar del mismo período.
 Por el lateral entre otros ejemplares, lateral derecho, siempre ante el puesto
 como solicitando del vendedor un ejemplar. Este le mira y sin dejar el suyo,
 le hace un leve gesto, haciendo al cliente que se sirva el hecho esto, resuelto,
 siempre serio, su postura. El cliente coge un ejemplar, mira su importe y
 haciendo un periódico, cambia al cliente. Al llegar para su parte y centra su
 atención al lector, sobre la misma noticia que leen los otros. De pronto
 surgen entre sus manos el periódico y con un gesto de indignación, lo arroja
 contra el suelo. El cliente sigue su camino y sale de escena. Los otros le
 miran. Cuando se ha ido, se junta los tres en el centro del escenario
 exclamando casi simultáneamente:
 ¡Maldito sea el periódico!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

... el periódico, él es que no se le da cuenta y ¡Adelá!

PERSONAJES

Vendedor
Hombre 1°
Hombre 2°
y lectores

EPOCA : ACTUAL

Una valla, a la izquierda y no muy al fondo, llega horizontalmente casi a la mitad del escenario. Es una valla en la que, con grandes letras, se lee: VIVA EL, y no se puede leer más, porque lo que sigue es ilegible debido a que está tachado con grandes chafarrinones de pintura negra. A la derecha de la valla, un puesto de periódicos se halla a un paso del lateral. El fondo es cielo raso.

Apoyados en la valla, dos hombres leen, serios, un periódico. Al lado del puesto, el vendedor, también serio, lee otro ejemplar del mismo periódico. Por el lateral entra otro hombre —lateral derecha— y se para ante el puesto, como solicitando del vendedor un ejemplar. Este le mira y, sin dejar el suyo, le hace un leve gesto indicando al cliente que se sirva él. Hecho esto, reanuda, siempre serio, su lectura. El cliente coge un ejemplar, deja su importe y, hojeando su periódico, camina al centro. Al llegar aquí se para y centra su atención al parecer sobre la misma noticia que leen los otros. De pronto estruja entre sus manos el periódico y, con un gesto de indignación, lo arroja contra el suelo. Presuroso sigue su camino y sale de escena. Los otros le miran. Cuando ya ha salido, se juntan los tres en el centro del escenario exclamando casi simultáneamente :

- HOMBRE 1° ; Es una bestialidad !
- VENDEDOR ; No tiene explicación !
- HOMBRE 2° ; Esto mancha ! ; Nos han manchado !
- VENDEDOR Explíquese.
- HOMBRE 2° Ha ocurrido aquí. ¿ Es que no se dan cuenta ? ; Aquí !
- HOMBRE 1° Se siente uno traicionado. ¿ Quién puede hablar ahora de dignidad, de honor ?
- VENDEDOR ; Vocearía ! ; Vocearía la noticia ! *(Se lleva una mano a la boca en disposición de vocear).*
- HOMBRE 2° *(Tapándole la boca)* ¡Chitss ! ¿ Se ha vuelto loco ?
- VENDEDOR ; Estoy harto ! Algún día vocearé todo lo que me vengo callando desde hace... *(Serio al Hombre 1°)* ¿ Quién es usted ?

HOMBRE 2º

(Enérgico) ¡ Sí! ¿ Quién es usted ?

HOMBRE 1º

(Igual) ¿ Y ustedes ? ¿ Quiénes son ?

VENDEDOR

Yo...

HOMBRE 2º

Yo...

HOMBRE 1º

Tranquilícense. Yo...

VENDEDOR

¿ Acaso importa quiénes somos ? Hombres, ¿ no ?

HOMBRE 2º

Hombres asustados.

VENDEDOR

Asustados o no, ¡ hombres ! Y las cosas tienen un límite. Y yo presiento que vocearé, pase lo que pase. ¡ Vocearé, sí ! Las noticias son pa eso : pa vocearlas. Y mi oficio es vocear. De eso como, y vivo. Y viven los míos. Y no quiero, no soporto el seguir traicionando mi oficio. El otro día, jugándome el mal pan, voceé. Lo hice un poco a escondidas, lo sé. ¿ O creen que no me duele ? ¡ Pero lo hice ! Y me sonrieron mis lejanos diecinueve años, cuando la vida me brincaba dentro y me empujaba hacia adelante.

HOMBRE 1º

¿ Es usted... eso ?

VENDEDOR

No. (Decidido) Lo otro.

HOMBRE 1º

Yo eso. (Ante el gesto de recelo de los otros dos) No, no ; no se inquieten. Estoy tan indignado como ustedes. Además... ¡ Han pasado demasiados años ! Tengo cinco hijos, y dos nietecillos. Mi hijo mayor es médico. Otro es abogado. El tercero murió. El abogado es socialista. Y de mis chicas, que son dos, una pertenece a la directiva de las juventudes obreras de acción católica. Para la pequeña no existe más que el twist.

VENDEDOR

Yo soy... Bueno, pertenecía al... Me tiré unos cuantos años en el « colegio »¹ y escapé por pelos de « la pepa »². Se lo repito a ustedes : Tenía diecinueve años y la vida me brincaba dentro.

HOMBRE 2º

A mí la política no...

VENDEDOR

¿ Política ? Bien, llámele usted así. Pero la cosa era muy gorda y no había huida. ¿ Y sabe que le digo ? Que si lo de ahora sigue así, nos la arman otra vez. (Al Hombre 1º) Y a usted se le acabará la paz de su mesa. Y a mí... Bueno, ¡ jabato otra vez ! (Al Hombre 2º) ¡ Llámele ! ¡ Llámele usted política a la cuestión ! Le van a pillar dormido. ¿ Es usted casao ?

1. La cárcel, « argot » entre los presos políticos.

2. La pena de muerte, « argot » entre presos políticos.

- HOMBRE 2º Sí, y no.
- VENDEDOR ¿Arrejuntao ?
- HOMBRE 2º ¿Le importa a usted mucho ?
- VENDEDOR No se enfade. Lo que quiero decirle... (*Se calla al ver que el otro le muestra un carnet*)
- HOMBRE 2º (*Muestra el carnet y exclama*) ¡ Inspector... !
- HOMBRE 1º (*Echando un paso atrás*) ¿ Qué ?
- VENDEDOR (*Igual*) ¿ Cómo ?
- HOMBRE 1º (*Serio y justificándose*) ¡ Inspector de seguros ! No me han dejado ustedes acabar. Y hasta... ¡ hasta han hecho ustedes que me asuste yo también !
- VENDEDOR (*Con entusiasmo*) ¡ La vida es formidable, señores ! ¡ La vida ! Es tan... tan... ¡ Vaya, no me sale ! (*Al Hombre 1º*) ¿ Usted pesca ? (*Al Hombre 2º*) Y usted (*pícaro*) ¡ arrejuntadillo, eh ? ¡ Peces ! ¡ Mujeres ! ¡ Y los pajarillos piándoles ! (*Imita, silbando, el gorjeo de un pájaro*) ¡ Formidable, sí señores ! La otra tarde arranqué una lechuga, fresquita, carnosa, y me la comí. ¡ Cómo me supo ! Les juro a ustedes que se me saltaron las lágrimas. (*Con tono íntimo*) Y busqué, busqué con la vista a alguien a quien poder darle las gracias. ¡ A cualquier ser vivo ! Créanme ustedes : hay momentos en que el odio no es posible. (*Al Hombre 2º*) Y hay que defender esos momentos con uñas y dientes.
- HOMBRE 1º Son momentos en que todo parece bien hecho.
- VENDEDOR Sí, señor. ¡ Momentos en que uno abre los brazos hasta descoyuntarse pa que en el abrazo quepan todos : ¡ altos, bajos, gordos y flacos ! (*Pierde el entusiasmo y, duro, serio, exclama señalando el periódico*) Pero esto. ¡ Noticias como esta !
- HOMBRE 1º (*Igual que antes*) ¡ Es una bestialidad !
- VENDEDOR ¡ No tiene explicación !
- HOMBRE 2º ¡ Mancha ! ¡ Nos han manchado !
- VENDEDOR (*Decidido*) Nada, ¡ que la voceo ! (*Llevándose, en disposición de megáfono, la mano a la boca*) ¡ Ha salido *El Soplo* ! ¡ Compren *El Soplo* con la escalofriante noticia de... !
- Los dos hombres se lanzan hacia él tapándole la boca.
- HOMBRE 2º ¡ Cállese !
- HOMBRE 1º ¿ Quiere que nos... ?
- VENDEDOR (*Revolviéndose*) Estoy harto, ¡ harto ! (*Enfrentándose con el Hombre 1º*) Yo también tengo hijos, ¿ se entera ? Dos chavales enteros, que vocean lo que piensan. Y

tengo que hacerles ambiente. Jugármela otra vez voceando en la calle, a pleno pulmón. Si no lo hago así, cualquier día puede pasarles algo: ¡Dos estampidos! ¡Dos cabriolas grotescas! ¡Y solo! ¡Me quedo solo! ¡Solo y podrido para siempre! (*Agarrando de las solapas al Hombre 2º*) ¡Y usted tan fresco! Tranquilo ante el espejo y repitiéndose: ¡no, a mí la política no...! (*Soltándolo*) Si usted tiene sangre, se tiene que dar cuenta de una cosa: que el hecho de leer esa noticia (*le señala el periódico*), es un hecho político. Y usted ha vibrado. Usted ha gritado: ¡Esto mancha! ¡Nos han manchado! (*Al otro*) Usted es testigo. (*Volviendo al mismo*) Y su grito me ha devuelto vigor, me ha envalentonado. Y sé que vocearé la noticia. Porque usted también ha dicho: « Ha ocurrido aquí. ¿Es que no se dan cuenta? ¡Aquí! » (*Al Hombre 1º*) Y usted ha remachado: « Se siente uno traicionado. ¿Quién puede hablar ahora de dignidad, de honor? Es una bestialidad ». (*A los dos*) Yo lo he escuchado. Y algo se ha puesto en movimiento dentro de mí. (*Enfrentándose de nuevo con el Hombre 2º*) Y este embarque no se lo consiento a usted si me deja solo con mis hijos. ¡Cómicos en el escenario, señor! Allí se alza el telón, sí. Pero nadie se va hasta que se baja. ¡Fíjese si la cosa es respetable! ¿Pero cómico en la calle? ¿Alzar el telón y darse el piro? ¡No! Usted ha gritado: « ¡Esto mancha! ¡Nos han manchado! » Y como yo lo he escuchado y me he entusiasmado, usted, quiera o no quiera, es un político. ¿O prefiere que le llame ciudadano? Le voy a dar un consejo: Si quiere aguardar la patada escondido en su huevo, ¡córtese la lengua! (*Volviéndose y voceando de nuevo*) *El Soplo*! ¡Compre *El Soplo* con la escalofriante noticia...!

Igual que antes, los dos hombres le vuelven a tapar la boca. El se revuelve. Forcejean un instante. Al fin el vendedor se desprende exclamando:

VENDEDOR

¡Ya está bien!

HOMBRE 1º

No tiene derecho a comprometernos.

HOMBRE 2º

Suicídese, ¡pero suicídese solo!

Los dos hombres vuelven a su postura inicial, al lado de la valla, serios. Y se enfrascan de nuevo en la lectura de la noticia. El vendedor los mira. De pronto, yendo hacia ellos, exclama:

VENDEDOR

¡Y además...!

LOS DOS

(*Cortándole*) Y además, ¿qué?

VENDEDOR

(*Señalándoles los periódicos*) En ellos viene publicada. ¿O no se han dado cuenta?

HOMBRE 2º ¿ Nos toma por tontos ?

VENDEDOR (*Extrañado*) ¿ Nos toma ?

HOMBRE 1º Exactamente : ¡ Nos toma !

VENDEDOR (*Al Hombre 1º*) ¿ A usted nunca le ha dicho su hijo cosas así ? : No, no es verdad que existía una unión. Lo que pasa, es que os junta el miedo. Un miedo que os ha ido creciendo y que os pone nerviosos antes de doblar cualquier esquina de la ciudad. Palabras de mi hijo, ¿ sabe usted ? Diecinueve años, tornero. (*Entre súplica y mandato señalándoles el periódico*) Lean, lean ustedes. ¡ En voz alta, por favor ! (*Al Hombre 1º*) Nuestros hijos son jóvenes. Y a los diecinueve años no es fácil estarse callados. ¡ Por favor, lean en voz alta ! ¡ Comenten en voz alta ! ¡ Hagamos ambiente ! (*Al Hombre 2º*) ¿ Usted que opina ? ¡ Sostenga, sostenga que la noticia mancha ! ¡ Que nos han manchado ! (*Al Hombre 1º*) ¡ Se siente uno traicionado, sí ! Repítalo. Ahora, ¡ es necesario que lo repita ahora ! Yo vocearé, ¡ voy a vocear, sí ! Lean, lean en voz alta. Un trocito cada uno, ¿ quieren ? O, si lo prefieren, leemos los tres a la vez. Es una idea, ¡ una idea feliz ! ¿ A que sí ? Luego verán con que entonación, con que entusiasmo voceo. (*Al Hombre 2º*) ¡ La vida es formidable, señor ! ¡ Peces ! ¡ Mujeres ! (*A los dos*) ¿ Les contó lo de la lechuga, verdad ? (*Al Hombre 1º*) Usted lo dijo : « Momentos en que todo parece bien hecho ». ¿ Fue así, no ? Voceen, voceen conmigo : ¡ *El Soplo* ! ¡ Compren *El Soplo* con el escalofriante... !

HOMBRE 1º (*Autoritario*) ¡ Cállese !

HOMBRE 2º (*Igual*) ¡ Todo tiene un límite !

VENDEDOR (*Cohibido*) Yo... Señores, creí...

HOMBRE 2º ¿ Qué creyó usted ?

VENDEDOR Creí que...

HOMBRE 1º ¡ Cállese !

HOMBRE 2º (*Casi simultáneamente*) ¡ Cállese !

Un hombre entra y coge un periódico. El vendedor llega hasta el puesto y coge el importe que le alarga el nuevo cliente. Todo en silencio. Abriendo el periódico, el comprador va y se sitúa, de espaldas a la valla, al lado del Hombre 1º y del 2º. Otro hombre entra y realiza lo mismo después de comprar el periódico. Y otro. Y otro. Cuantos más, mejor. Así hasta que ocupan la valla : siempre leyendo y en silencio.

El vendedor, inquieto, da dos o tres pasos. Al fin se decide y vocea :

VENDEDOR ¡ *El Soplo* !

Instantáneamente, los lectores de la valla bajan los periódicos y le disparan sus miradas. Al fin, decidido vocea :

¡ Compren *El Soplo* con los resultados de los partidos !

TODOS LOS LECTORES

(*Con alivio y entusiasmo*) ¿ En qué página ?

VENDEDOR

(*Con desprecio*) ¡ Búsquenla !

(Telón)

Abril 1963

« La noticia » iba a aparecer en *Cuadernos para el diálogo*. Ya en galeradas, fue prohibida por la censura.

« La noticia », es la primera de las seis crónicas que forman la obra de Lauro Olmo titulada *El cuarto poder*. Esta obra no ha sido estrenada todavía.

7 poemas de José Agustín Goytisolo

Algo sucede

Amigos, ya lo veis, pasan los años
y parece que siempre
sigan las cosas como el primer día.

Nos hemos reunido muchas veces
en extraños cafés,
en tu casa, en la mía,
hemos hablado largamente,
redactado pasquines hasta el alba,
discutido el problema,
y siempre nos creemos que esto acaba,
que el higo está maduro,
y muchos hemos apostado
cenas, no sé, dinero,
a que antes de fin de año cae la breva,
y siempre hemos perdido.

Así, sin darnos cuenta
entre reunión y papeleo oscuro,
entre miedo y registros y porfía,
hemos envejecido poco a poco,
pasando de la calle a la oficina
del calabozo al fútbol
y de la espera a la melancolía.
Sin embargo yo os digo que tenemos razón,
que la cosa está que arde,
y que vale la pena continuar
porque algo está ocurriendo,
algo sucede en este espeso ambiente :
ellos están cansados,
también están cansados,
gritan y cantan para no admitirlo,
mas la camisa no les llega al cuerpo
y duermen mal
y toman pastillitas,

ponen dinero en Suiza y en Australia,
y no saben, no saben que el peligro
está cerca, muy cerca,
no en Cuba ni en Angola,
sino en su casa, en medio de sus hijos,
en la oficina y hasta en las iglesias,
porque la historia avanza
con el paso implacable
de hombres como vosotros,
que creen en la vida, y que por eso
mueven el mundo sin pegar un tiro.

A una mujer con cara de cabra

Te aguarda
un paraíso
de cabritos.

Tus ojos
—dos pedazos
absurdos de cristal—
miraban,
confundidos.

Me pedías
amor a viva fuerza.
Yo me negué,

Considerad, hermanos,
las pacientes virtudes
del yesero, su libre
esclavitud, el suave
trajinar de sus manos
en el encañizado,
firmes los pies
sobre el tablón aquel,

por no pecar
contra naturaleza.

Mujer,
tú no eres
de este mundo.
Eres de un mundo
todo
hierba fresca.

Sí, hierba fresca.
Con chopos
tan macilentos
como tus dos ojos.

Meditación del yesero

Homilía pronunciada con motivo
de iniciarse las obras para
la construcción de una casa.

las canciones alegres
del almuerzo, el sudor,
la honesta mala leche
que le desborda el alma
cuando la regla indica
la tenaz resistencia
de la arista, y, en fin,
su vida repetida,

lunes a lunes, bajo
la implacable mirada
del capataz, las horas
y los metros cuadrados
confundiendo la sangre
y el destajo. Pensad,
con ánimo contrito,
cómo inicia el trabajo
saliendo de las últimas
paredes de la noche,
y de qué modo cuida
su botella de vino,
cómo cambia de ropa,
con qué atención repasa
los viejos utensilios
del oficio, las reglas,
los cordeles, el balde,
qué bien mueve en el agua
el blanco polvo fino,
y después, cómo sube
hasta alcanzar los límites
del techo revocado
mientras sus ojos miden
la comba del cañizo,
el enlucido tierno,
las cornisas, los ángulos.
Así podréis, ahora,
meditar la importancia
de su oscuro trabajo,
y observaréis que siempre,
de recuadro en recuadro,
la gaveta persigue
los pasos del yesero,
y escucharéis los gritos,
las canciones, el viento

que sopla en los dinteles,
y también, por los patios,
cómo suenan los golpes
de los picos y palas,
mientras el yeso cubre
los techos y tabiques
con su máscara ciega
tal un traje de olvido.
Así es, amigos míos,
la vida del yesero,
estas son las pequeñas
virtudes que le asisten
y que hemos meditado
para entender tan sólo,
la dimensión de un hombre
que vive de su oficio,
algo prosaico, es cierto,
carente de grandeza,
que no saldrá en los libros
de historia, por supuesto,
más que sumada a otra
vida, y a otra cosa,
nos da la simple suma
de miles de millones
de hombres como éste, que
viven, odian, trabajan,
estudian y pasean,
llenan los cines, aman,
mueren oscuramente,
pero que son la fuerza,
la única fuerza, oídlo.
que llegará, algún día,
a edificar un mundo
en libertad. Amén.

En este mismo instante
hay un hombre que sufre,
un hombre torturado
tan sólo por amar
la libertad.

Ignoro

dónde vive, qué lengua
habla, de qué color
tiene la piel, cómo
se llama, pero
en este mismo instante,
cuando tus ojos leen
mi pequeño poema,
este hombre existe, grita,
se puede oír su llanto
de animal acosado,
mientras se muerde los labios

El sol se va extinguiendo
en las paredes últimas
del día

y mientras tanto

el aire se estremece
presintiendo ya el tacto
de la sombra

que llega,

y que cubrirá toda
la vastedad de calles,
solares, plazas.

Antes

para no denunciar
a sus amigos. ¿Oyes?

Un hombre solo
grita maniatado, existe
en algún sitio.

¿He dicho solo?

¿No sientes, como yo,
el dolor de su cuerpo
repetido en el tuyo?

¿No te mana la sangre
bajo los golpes ciegos?

Nadie está solo. Ahora,
en este mismo instante,
también a tí y a mí
nos tienen maniatados.

Tú tiemblas

de que el frío nocturno
acalle las palabras
y los ruidos,

yo quiero

decirte que te amo
en esta hora, cuando
tú tiemblas

y no sabes

por qué. Ven a mis brazos,
ya nada soy sin ti,
mi amor,

muchacha bruna.

7. Via Chiossetto Milan

Querida Carmen, hoy
no me importa que digan los periódicos
que prosigue la huelga de estudiantes
o que ataca el Viet-Cong,
pues ahora,
hace muy poco tiempo —tan sólo
unos minutos—
ha empezado a llover— es importante,
el agua sucia empieza a resbalar
por las paredes, forma
charcos brillantes, cae saliva
de los coches parados en la calle,
y los toldos se comban por el peso
del agua, y es posible
que dure algunas horas el chubasco—
y yo estoy en un bar lleno de gente
con humo y mal olor de bocadillos,
y bebo mi segundo
gin- tonic de la tarde, y me he tragado
dos librium, ya lo ves, llevo la cuenta,
y, como te decía,
ya no me importan nada las noticias,
ni la gente que corre, ni la vida,
es decir que me importa sólo el agua
que está cayendo siempre con más fuerza,
salpicando el cristal, junto a mi cara,
y pienso en cosas dulces y difíciles,
—ser más guapo, tener
a una chica bonita y cabreada
caminando a mi lado por un feroz pasillo
lleno de puertas altas y de cuadros
de antepasados medio sifilíticos
que sonrían, y en voces,
hondas voces severas, no como éstas
que hablan de fútbol y de tonterías
con tono pegajoso y aburrido—
y esto me reconforta. Soy capaz
de amar a un elefante, de tener
concomitancias con un gran marica,

de prestar mi corbata,
de jugar a fantasmas con mi prima,
y me levanto, llamo al camarero,
—sigue lloviendo, oh, agua sucia, cae,
cae, por favor,
sobre la horrible piel de Barcelona,
no te detengas hasta que me duerma—
y pago los gin-tonics y el tabaco,
recojo mis papeles y estoy viendo
que hago nuevos proyectos imposibles,
y cuando estoy a punto
de salir de una vez de este tristísimo
café de la puñeta, ya me olvido
del hombre que yo fui hace diez minutos,
de su ternura inútil, de su frío,
de las pastillas que necesitó
para decirle adiós al limpiabotas
y salir por la puerta, en donde ahora
pienso en ti, en tus pestañas y en tu abrigo,
y te escribo enseguida
para que leas esto y me recuerdes,
bebas un trago, y otra vez me olvides.

Todavía estoy vivo

Amargura,
pájaro triste, llegas
sin avisar,
se abren tus alas
como una maldición, y cae
tu sombra
encima de mi vida
llenándola de un frío
sabor de madrugada,
y amarillea entonces
la luz, el aire,
todo,
bajo tu lento vuelo,

y se vuelven las cosas
diferentes, se habla
con dolor acallado,
no se sabe qué hacer
para salir
de tu dominio oscuro,
y las mismas palabras
no pueden explicar
lo que antes era
una pasión, un grito
enamorado.
Yo invoco, me rebelo
contra tu tiranía,

y me debato, pero
nada es capaz aún
de disolverte,
no existe sortilegio
que rompa tus cadenas,
sino el día que llega
con su claro cortejo,
tendiéndome otra vez

la mano generosa
que me saca del hondo
pozo nocturno en el que me sumiste,
y me hace ver de nuevo
el mundo iluminado,
mi casa alegre,
mi razón de ser hombre y estar vivo.

1 poema de **Carlos Barral**

El primer verso

Miro estallar las gotas sobre el vidrio,
veo desenroscarse como un cuerpo
indefinido y blanco los extremos
de la humedad oscura, y afilarse
como tentáculos. Y hervir el aire
de transparentes y febriles manos.

Desde este lado del cristal espío
las torpes maniobras de sus uñas
y como se despuntan y se doblan
y ya pura hinchazón se descomponen.
Y ahora veo llegar un miembro informe
y romperse en el aire y el jadeo
de unos vagos pulmones que se pinchan
en el árbol raquítico, y el pardo
excremento de tierras removidas

y un vaho blanco de pieles de gusano
subiendo por los muros, y otra gota
escupida a los ojos que se quiebra
y en menudas partículas procura
entrar por los resquicios...

Y el rayado
vagar del viento con furia de molusco,
que ignora lo que toca y se repliega.

Y huele la madera y hiede el trapo
a sus fibras de muerto, y todo cuece
y rezuman los jugos restañados...

Y estoy tras el cristal, fuera del mundo,
enjuto como el libro, polvoriento
de reflexiones trituradas,
odre de un aire impuro, mientras llueve
a látigos de vida sobre el ciego
transitar de la vida en el espacio.

Un vapor incoloro
de sangre protege a cada pájaro
y al perro fugitivo
el olor ácido de su piel.
Cada hoja del árbol es un tambor solemne
y hasta la opaca espina de hierro, el poste
de tierra levantada, se enardece
y grita su color como un cristal tallado...

La lluvia muerde y lame la piedra amarillenta
y golpea la mar como un orfebre...

La lluvia desenmascara a los amantes
desconocidos ante el portón cerrado de la iglesia,
y al tonto como un espejo
hace de pronto consciente de sus manos.
Y al niño atemorizado que piensa en el relámpago
enseña para siempre su tamaño de agua.

... Y en algún sitio,
un fangoso camino de otro tiempo,
está el hueco de mi espalda apresurada,
los lomos casi equinos de hombre joven,
que corre —espectro de centauro— por las calles
de aquel puerto pequeño que no existe
y donde tanto he deseado haber nacido,
buscando entre dos ráfagas la orilla
enfebrecida de la mar, la blanca
randa de la espuma casi quieta, viva
como el manto voraz de un caracol carnívoro.

Y mucho menos lejos, esos muros
algún día felices
con un perro cachorro y una parra sin hojas,
cuando te desnudabas bajo el agua urbana
en largos hilos turbios medidos por milímetros
y como un destello tu cuerpo flagelaba
el lienzo de ventanas parpadeantes.

O empeñada en seguir el sendero invisible
al borde ya ronco de la rambla, en medio
de la luz verde de las cañas,
y abrazarte
y quedarme en las manos, de tu piel,
un acre olor de algas
y estar todo bañado
en el sabor de acero que tienen tus entrañas...

Y ahora llueve sin mí, no como entonces
sobre la frente y los ojos sosegados,
modelando una máscara continua
como un retrato en participación ;

llueve un agua extranjera,
llora un mar lejanísimo y de un color odioso,
como el humo,
y en la tierra y el tiempo se pierden las pisadas,
se hacen grises espejos de agua turbia,
labios de herida o pliegues de alimaña
que se contagian y se juntan,
y ya son sólo manchas, barro sólo.

Y ahora nadie sabrá cuál es el rastro.
ni por donde pasamos
ni si estábamos solos, si ligeros
o graves y despacio, y si dudando
y ni siquiera si seguimos
caminando,

bajo esta torre ciega
de agua
de la que no sabremos acordarnos.

Economía política marxista y capitalismo contemporáneo

FERNANDO CLAUDIN

La economía política marxista prosigue su esfuerzo de *aggiornamento*. Tal es la impresión neta que se desprende del coloquio celebrado en Roma, en junio de 1965, bajo los auspicios del Instituto Gramsci¹. Consagrada a los problemas del capitalismo y del movimiento obrero europeos, la discusión de Roma transparenta la voluntad de numerosos economistas marxistas de aprehender la realidad tal y como es, liberándose de aquel subjetivismo « optimista » que tan en boga estuvo, durante décadas, en el movimiento comunista y sigue privando en algunos sectores de éste².

En 1952, Stalin formuló la tesis, *ipso facto* convertida en dogma, de que en el mundo nacido de la segunda guerra mundial la producción de los países capitalistas se desarrollaría sobre una base reducida e iría disminuyendo. Sucedió exactamente lo contrario. La economía política marxista tuvo que iniciar su adaptación a los hechos. Pero la adaptación, con la honrosa excepción de algunos especialistas y alguno que otro partido —inmediatamente tratados de revisionistas, cuando no de « apolo-gistas » del capital monopolista— no pasó de reconocimientos superficiales y explicaciones precarias. El crecimiento económico de Europa Occidental y del Japón se atribuyó a motivos casi exclusivamente coyunturales. Y era minimizado con toda clase de artificios « dialécticos ». A los Estados Unidos nos los representábamos en pleno estancamiento. Los cambios en el ciclo económico se veían como fenómenos pasajeros. En la medida en que se tomaba en cuenta el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado era para interpretarlo como un factor sólo sobreestructural, que al acrecentar el poder del capital monopolista no contribuía más que a ahondar y agravar las contradicciones del sistema y aproximar su fin. Los intentos de regular y planificar la economía resultaban totalmente vanos, condenados de antemano al fracaso. La perspectiva de la GRAN CRISIS seguía en pie.

Todavía en 1962, se aseguraba en el estudio de Arzumanian —*La crisis del capitalismo mundial en la presente etapa*³— que era imposible cualquier aumento significativo en los ritmos « extraordinariamente débiles » de creci-

miento de la economía norteamericana: « En la hipótesis más optimista llegarán a un 2 ó 2,5 % en los años próximos ». Como, por otra parte, los ritmos de crecimiento de la URSS no podían sufrir disminución alguna —según afirmaba, en tono inapelable, el académico soviético— « se asiste a una reducción *extremadamente rápida, catastrófica* para el capitalismo, del foso que separa las economías de las dos principales potencias, la Unión Soviética y los Estados Unidos de América ». Basándose en esa dinámica, Arzumanian aseguraba que en los próximos diez años (es decir, para 1972) la URSS habría sobrepasado a los Estados Unidos tanto en producción global como en la producción por habitante. « Pero los fenómenos que caracterizan a la economía norteamericana no constituyen solamente un asunto interior de este país. Son parte integral de la *descomposición* de la economía capitalista mundial en su conjunto. Y por manifestarse de la manera más neta en el país que proporciona más de los dos quintos de la producción del mundo capitalista, *han comenzado a arrastrar al fondo toda la economía capitalista mundial* ». Los juicios de este género dan el tono a todo el análisis de Arzumanian: « la inestabilidad del capitalismo se ha acrecentado considerablemente »; las crisis serán cada vez más graves y « una crisis mundial, aún más fuerte, está madurando ». Y así sucesivamente. Lo curioso del caso es que Arzumanian critica la tesis de Stalin, pero de hecho se mueve dentro de los mismos supuestos básicos: no es posible ninguna ampliación sustancial de los mercados interiores y exteriores del capitalismo. De ahí el estancamiento.

Naturalmente, el análisis que Arzumanian hacía del capitalismo en 1962 contiene numerosos elementos reales, pero falla por su carácter unilateral, no dialéctico; resulta visible la intención de seleccionar y acumular todos los datos que puedan ilustrar una determinada perspectiva política, previamente adoptada. Se trata de « demostrar » que todo marcha cada vez peor para el capitalismo, cada vez mejor para el socialismo. (Lo mismo que en España hemos repetido durante veinticinco años, y aún hay quien lo sigue repitiendo: todo marcha cada vez peor para el régimen, cada vez mejor para

la oposición.) La terca realidad siempre ha puesto en entredicho ese tipo de « marxismo ». Apenas había visto la luz el libro de Arzumán cuando la economía norteamericana comenzó a aumentar su tasa de crecimiento y en 1964 rebasaba el doble del límite infranqueable trazado por el economista soviético. En cambio, el índice de crecimiento de la URSS ha disminuido un tanto. Los dirigentes soviéticos no hablan ya de adelantar a los Estados Unidos en 1972 ^{3 bis}.

En las intervenciones, que publica *La Nouvelle Revue Internationale*, de los economistas reunidos en Roma, el concepto mismo de « crisis general del capitalismo » ha desaparecido como por encanto⁴. El diagnóstico que en ellas se hace del estado actual y las perspectivas próximas del capitalismo contrasta radicalmente con el de Arzumán. Dobb ha calificado de « impresionantes » las tasas de acumulación del capital y de crecimiento económico en los países capitalistas europeos, subrayando que son mucho más elevadas que las registradas entre las dos guerras, e incluso en el período anterior a 1914. Desaparecidos los factores coyunturales que dieron carácter excepcional al índice de dicho crecimiento en algunos años de la década del cincuenta (reconstrucción de postguerra, etc.) el índice medio en la década que corre sigue siendo más elevado que en las anteriores a la segunda guerra mundial. « Ningún signo indica —dice Dobb— que el clima económico general del período de postguerra haya cambiado o vaya a cambiar próximamente ». El economista checo Ludek Urban, que hizo una de las aportaciones más valiosas a la discusión, incluye entre los rasgos principales y duraderos del actual desarrollo capitalista una *mayor estabilidad*, de la que es aspecto esencial la atenuación de las oscilaciones cíclicas. A su juicio, la perspectiva de una crisis económica profunda y, en particular, de una crisis mundial, es cada vez menos probable.

Pisar este terreno firme de la realidad, por desagradable que sea su perfil (como veremos, no lo es tanto, salvo para un cierto revolucionarismo infantil) es la primera exigencia de toda investigación verdaderamente marxista del capitalismo contemporáneo. El paso siguiente, y decisivo, es explicarse racionalmente fenómenos que aparecen en contradicción tan flagrante con esquemas y previsiones de un pasado muy reciente. A nuestro parecer, es en esta esfera donde el coloquio del Gramsci ha hecho una aportación más relevante. Frente a las explicaciones « coyunturales » de antaño, los economistas marxistas reunidos en Roma han concen-

trado su atención en los cambios estructurales. Como ha demostrado Urban, son las modificaciones de su estructura interna las que sitúan el capitalismo contemporáneo en condiciones de combatir las tendencias al estancamiento, de alcanzar índices de crecimiento más elevados y atenuar las oscilaciones cíclicas; son las que imprimen a su desarrollo actual un carácter relativamente duradero y estable. Frente a la tendencia, muy generalizada en el movimiento comunista, de considerar como factor determinante de los cambios económicos en el mundo capitalista la influencia del mundo socialista, el economista checo llama la atención sobre los límites reales de esa influencia, dado el nivel en que todavía se encuentra la economía socialista y las dificultades con que tropieza. Por otra parte —dice Ludek Urban— « sería simplista considerar que es únicamente la existencia de dos sistemas en el mundo lo que ha llevado a Occidente a reflexionar sobre los problemas del crecimiento económico y el ritmo de desarrollo. Estas reflexiones (como también la tendencia al reforzamiento de la planificación) son engendradas por las necesidades internas de la economía capitalista ».

En la raíz última de esas « necesidades internas » se encuentra el alto nivel alcanzado por el proceso de concentración de la producción y de centralización del capital (proceso en el que el rápido crecimiento de las fuerzas productivas, la revolución técnica y científica, son, al mismo tiempo, causas y efectos). Dicho grado de concentración hace *necesaria*, por un lado, y hace *posible*, por otro, cierta regulación del desarrollo económico capitalista, cierta reducción de su carácter « anárquico ». Sin esas premisas objetivas es inconcebible la aparición y la tremenda expansión del nuevo tipo de Estado capitalista, el Estado que ya no es sólo el instrumento político de la clase dominante sino su más poderoso instrumento económico; y lo es, no sólo en tanto que órgano de dirección sino como gigantesca empresa económica que abarca desde la esfera de la producción, controlando de manera directa una parte creciente de ésta, hasta la de las finanzas, pasando por el comercio exterior, la investigación técnica, etc. Por eso la caracterización del nuevo capitalismo, o neocapitalismo, como « sistema de capitalismo monopolista de Estado », va adquiriendo carta de naturaleza en tanto que definición conceptual rigurosa. Este sistema no es —algunos de los economistas reunidos en Roma lo han planteado— una simple prolongación cuantitativa del capitalismo monopolista de la época de Lenin: es una *nueva fase*, cualitativa-

mente diferente. No ha cambiado su esencia de clase, pero se han modificado profundamente sus estructuras.

Los cambios estructurales no se han abierto paso automáticamente. La clase dirigente ha tomado conciencia política y teórica de su necesidad, aleccionada por la experiencia histórica. La gran crisis del treinta desempeñó en esa toma de conciencia un papel primordial. La *Teoría general* de Keynes está directamente influida por ella. El *new deal* de Roosevelt fue un primer intento de adaptación pragmática. Los Estados fascistas y su corporativismo económico proporcionaron un primer modelo de capitalismo monopolista de Estado. Los progresos del socialismo y el hundimiento de las viejas formas de dominación colonial contribuyeron a la toma de conciencia de los grupos dirigentes del capitalismo. Pero el marxismo interpretó cada ensayo de adaptación del capital a las nuevas condiciones como una operación simplemente defensiva, como una «nueva prueba» de debilidad, impotencia y descomposición, de agravación siempre más grave de las contradicciones, de acercamiento al irremisible hundimiento, a la GRAN CRISIS final; y cada elaboración teórica de la economía política burguesa fue considerada como simple artificio ideológico, sin valor científico alguno, de ideología condenada por la historia. Pero lo mismo que fue erróneo subestimar la capacidad política y teórica de los grupos dirigentes del capitalismo, sería erróneo atribuir únicamente a ella los cambios profundos del sistema. Aparte del factor social y político fundamental que ha sido la lucha y la presión de la clase obrera, incluso cuando se ha manifestado por cauces reformistas, hay que tener en cuenta el papel decisivo de los factores objetivos. Como dice Ludek Urban, «sin las modificaciones de estructura, que se reducen a lo que pudiéramos llamar una «socialización» capitalista de un nivel muy alto, resultado de la concentración de la producción y del capital, todas las formas de intervención en el funcionamiento económico hubieran resultado vanas y no habrían podido modificar el curso».

A la luz de estos análisis resalta mejor toda la inconsistencia teórica de la tesis que sostiene Santiago Carrillo⁶ acerca del capitalismo español. Sin poder negar su carácter de capitalismo monopolista de Estado define a éste como una simple sobreestructura, cuya base económica es el «viejo capitalismo», como un edificio frágil levantado sobre un «océano» de pequeñas empresas. Para sostener esta tesis hay que volverse de espaldas no sólo al análisis teórico

marxista del capitalismo monopolista de Estado —incluso en el estado incompleto en que aún se encuentra— sino a los hechos más evidentes. Es cierto que el grado de concentración de la industria española va a la zaga del de los países capitalistas más desarrollados, pero no es menos cierto que ha rebasado el umbral sin llegar al cual —repetiendo las palabras de Urban— «todas las formas de intervención en el mecanismo económico hubieran resultado vanas y no habrían podido modificar el curso». Su concentración ha llegado ya al punto en que unos cuantos centenares de grandes empresas —y este concepto de «gran empresa» no puede abstraerse de las características geográficas, demográficas, etc. de cada país— lo son todo, hablando en términos económicos, mientras que el «océano» representa muy poco. El «océano» lo hay en todos los países capitalistas, hasta en los más desarrollados. Por ejemplo, las empresas industriales con menos de 100 obreros constituían en Francia, en 1958, el 97,9 % de la totalidad, ocupando el 46 % de los trabajadores industriales; en 1952, en el Japón, la proporción era 99 y 59 respectivamente; en España, en 1960, 99,32 y 62,98%. Como se ve, España va a la zaga en la concentración, pero la diferencia no es tan radical. Y hay que tener en cuenta que el proceso de concentración se acelera desde 1960. Por otra parte, la concentración del capital en España puede parangonarse con la de los países capitalistas más desarrollados. En la fase actual de liberalización, de creciente apertura al exterior, ese grado de centralización del capital es una palanca poderosa para intensificar la concentración en la esfera productiva. Agreguemos una última consideración, de particular importancia si se tiene en cuenta que la modernización de la industria española se está haciendo, precisamente, en esta fase: la actual revolución tecnológica hace que el número de obreros ocupados sirva cada vez menos de índice suficiente para valorar el grado de concentración productiva.

En realidad, la indicada concepción del capitalismo monopolista de Estado español, como artificiosa sobreestructura montada sobre el famoso «océano», es un simple soporte «teórico» de la concepción política según la cual es posible en España —dado su atraso, la supervivencia del latifundio, etc.— una revolución de tipo democrático-burgués, intermedia entre el actual desarrollo capitalista-monopolista y la revolución socialista. Santiago Carrillo llama ahora «democracia política y social» a ese régimen social intermedio. El Estado lo dirigiría una alianza de la clase obrera con la pequeña

y media burguesía, bajo la hegemonía de la clase obrera. El capitalismo no monopolista, liberado del yugo de los monopolios y protegido por el sector económico estatal, disfrutaría de amplias posibilidades. Pero dejemos, por ahora, este problema doméstico, y reanudemos el hilo del coloquio de Roma.

Todas las investigaciones del capitalismo actual, confluyen en un punto nodal: el papel del Estado como expresión del «monopolismo colectivo». Los mecanismos de su intervención en la acumulación del capital y en la distribución del producto nacional, en la esfera decisiva de las inversiones, en el impulso de la revolución tecnológica, en la planificación y en la integración capitalista a escala internacional, en la acción política e ideológica para poner bajo la influencia de la clase dirigente al conjunto de la sociedad, etc, han sido tema central de las discusiones organizadas por el Instituto Gramsci. No podemos entrar en el detalle, pero nos parece de particular interés un pasaje de tantas veces citado Ludek Urban que contribuye a esclarecer el fondo del fenómeno: «La característica general de las modificaciones de la estructura económica está constituida por la restricción de las prerrogativas económicas de los empresarios privados que no tienen en cuenta más que sus necesidades e intereses particulares, y la transferencia de esas prerrogativas a organismos centrales en los que los representantes del gran capital ocupan una posición dominante, preocupándose en un plano más amplio de los intereses de la burguesía en tanto que clase». Se produce, dice Urban, lo que ya Lenin advertía como tendencia del capitalismo monopolista de su tiempo: «...arrastra en cierta forma a los capitalistas, a despecho de su buena voluntad y sin que tengan conciencia de ello, hacia un nuevo orden social, intermedio entre la entera libertad de concurrencia y la socialización integral». Lo nuevo es que este fenómeno, sólo iniciado en la época de Lenin, se ha generalizado, ha alcanzado enorme desarrollo, se ha convertido en el rasgo característico del capitalismo contemporáneo. El «nuevo orden social», el nuevo capitalismo ha tomado plena corporeidad. Lo nuevo, también, es que la clase dirigente ha tomado conciencia de ese proceso, ya no es arrastrada inconscientemente por el mecanismo económico, ha desentrañado su funcionamiento y lo maneja «técnicamente» con un doble fin: asegurar que funcione y evitar que se transforme en su opuesto: el socialismo. Para lograr lo primero tiene que «socializarlo» cada vez más, y para evitar la socialización integral tiene que ase-

gurar su funcionamiento en condiciones mínimamente aceptables para la mayoría de la sociedad. El fin es contradictorio en sí, pero al proseguirlo bajo una dirección centralizada, más consciente, mejor equipada teórica y técnicamente de instrumentos económicos, capaz de dar prioridad a los intereses de la clase dominante como tal, ésta adquiere posibilidades mucho mayores de ir ofreciendo soluciones parciales a las contradicciones básicamente irresolubles. Sobre todo en un aspecto decisivo: el comportamiento de la clase dominante hacia las otras clases y grupos sociales, particularmente hacia la clase obrera. Todos los participantes en el coloquio de Roma han coincidido en señalar que el actual capitalismo se caracteriza no sólo por el fortalecimiento del papel económico y político del capital monopolista, sino por el fortalecimiento socioeconómico y político de la clase obrera. Aunque en el aspecto político y sindical esta fuerza se exprese hoy en términos reformistas, en la mayoría de los países capitalistas desarrollados, no deja de ser un factor de decisiva importancia, que marca todo el desarrollo actual del capitalismo. En la toma de conciencia política y teórica de las condiciones de prolongación del sistema actual, la clase dirigente incluye ese hecho como un elemento básico y actúa en consecuencia. Sus métodos de dominación han cambiado. Sin excluir *a priori* la violencia desnuda, ésta ha dejado de ser el instrumento principal, y han adquirido prioridad otras formas económicas, políticas e ideológicas de indudable eficacia⁶.

En resumen, las contradicciones esenciales del capitalismo no han desaparecido, pero han tomado formas nuevas. Las modificaciones de estructura y en ciertos elementos de la sobreestructura lo aproximan al modelo socialista en el aspecto funcional y acrecientan el papel de la clase trabajadora. Pero esta aproximación al socialismo no se traduce en mayor inestabilidad, en crisis cada vez más profundas. Todo parece indicar, como se ha dicho en Roma, que los países capitalistas desarrollados pasarán al socialismo sin una conmoción catastrófica del sistema actual. Sus nuevas estructuras ofrecen al capitalismo posibilidades inéditas de crecimiento, de estabilidad relativa, de capacidad de integración del conjunto de la sociedad, de sugestión alienadora, económica e ideológica, pero, por otro lado, lo hacen más vulnerable, lo ponen más a merced de la sociedad y, ante todo, de la clase obrera (siempre que consideremos ésta con las modificaciones introducidas en su tipología por el

mismo desarrollo económico, en particular la aparición de amplias capas técnicas asalariadas (llamadas a desempeñar un papel cada vez más importante). Ahora bien, la utilización plena de las posibilidades que su situación actual ofrece a la clase obrera para transformar la sociedad en un sentido socialista, para pasar de la «socialización» capitalista a la socialización socialista, exige el paso de la actitud reformista —hoy predominante— a la actitud revolucionaria. Pero este paso sólo podrá lograrse —una experiencia, ya larga, lo demuestra— si el marxismo es capaz de ofrecer un modelo de actitud revolucionaria muy diferente del pasado, que esté basado en un proyecto de socialismo cuya superioridad sobre el sistema actual aparezca claramente ante la mayoría de la sociedad, no sólo en el orden económico sino en el plano de la libertad individual y colectiva. Y este proyecto no puede surgir de improvisaciones pragmáticas sino de una elaboración teórica y científica que comience por dar una representación global correcta del sistema de capitalismo monopolista de Estado, de su movimiento objetivo. La nueva sociedad no puede ser otra cosa que la continuación dialéctica de este movimiento, la negación que lo integre, llevándolo a un nivel social y económico superior.

El coloquio de Roma ha representado una aportación positiva en esa dirección. Hay que contabilizarlo entre los esfuerzos renovadores que el marxismo viene realizando en otras esferas de la teoría y de la práctica, de la acción sindical, política y cultural (en Roma se han hecho también contribuciones interesantes a los problemas de la estrategia política y sindical de la lucha obrera en las condiciones del capitalismo actual, pero su examen requiere un comentario especial). Todos estos esfuerzos van creando las premisas para la solución del problema número uno que hoy tiene planteado el movimiento obrero: la creación de un nuevo tipo de vanguardia marxista, adecuada por su nivel teórico y su influencia de masas, a las exigencias de la lucha por el socialismo en las condiciones del capitalismo monopolista de Estado. La creación de esta nueva vanguardia seguirá vías diversas según los países. En unos casos surgirá de la renovación de los actuales partidos comunistas y su unificación con otros núcleos marxistas. En otros, allí donde la resistencia de los elementos conservadores, que se aferran al tipo de partido cristalizado en la época de Stalin, haga imposible la renovación, se abrirá paso por otras vías. Pero todos los fenómenos que observamos actualmente en el

movimiento comunista y en otros sectores del movimiento obrero son signo de que la conciencia de la necesidad histórica de la nueva vanguardia va abriéndose paso. Enero, 1966.

NOTAS

1. La Revista Internacional de los partidos comunistas que se edita en Praga colaboró con el Instituto Gramsci en la organización del coloquio, y en su número de noviembre 1965 publica las aportaciones de Maurice Dobb, Fernand Nicolon, Eugenio Peggio, Jean-Pierre Delilez y Ludek Urban. Nuestro comentario se basa en estas intervenciones, tal y como aparecen en la edición francesa de la revista. Los subrayados en las citas que hacemos son nuestros.

En el coloquio estuvo presente una delegación española formada por Juan Gómez, Gaspar Aribau y Juan Vicens. Este último ha escrito en *Realidad* (n.º 7, 1965) una interesante crónica del coloquio. Pero una cosa nos deja perplejos: en ella no hay una sola palabra sobre la contribución de la delegación española. Nos parece que a los economistas españoles les interesaría conocerla. Y a nosotros también.

2. Las primeras páginas del reciente libro de Santiago Carrillo, *Después de Franco, ¿qué?*, están consagradas a la justificación del subjetivismo. Es la respuesta a nuestra crítica documentada del subjetivismo en el Partido Comunista de España, durante el periodo 1956-1964 (Véase *Las divergencias en el partido*, diciembre de 1963, p. 9-34). Lástima que en esta respuesta se prescindiera por completo de los documentos y los hechos, se confundiera el subjetivismo, ingrediente extraño al marxismo, con el papel y la importancia que el factor subjetivo tienen en el movimiento revolucionario, y se manipulen de extraña manera los errores reales o supuestos de Marx, Engels y Lenin para justificar los propios.

3. A Arzumanian. *La crise du capitalisme mondial à l'étape actuelle*. *Recherches Internationales*. Janvier-avril, 1963, n.º 35-36. Los subrayados en los párrafos que citamos son nuestros.

3 bis. Este comentario ha sido escrito tres meses antes del XXIII Congreso del PCUS. Los informes oficiales presentados en él confirman la disminución de los ritmos de crecimiento de la economía soviética. Por ejemplo, Baibakov, presidente de la Comisión del Plan, admitió que el ritmo de crecimiento de la renta nacional cayó de 8,2% en 1956-1960, a 6% en 1961-1965. Por lo demás, esta disminución de los ritmos no tiene en sí nada de alarmante, dado el enorme volumen alcanzado por la economía soviética, cuyos índices de desarrollo siguen figurando entre los primeros del mundo. Lo alarmante es la enfermedad del subjetivismo que, durante tanto tiempo, ha quebrantado los fundamentos científicos del marxismo, falseando los planes y los análisis, económicos y políticos. La crítica del subjetivismo ha sido uno de los *leit motiv* del XXIII Congreso, pero, desgraciadamente, incurriendo a su vez en el subjetivismo de atribuirlo a los defectos reales o supuestos de Jruschov. Las causas son mucho más serias.

4. Dicho sea de paso, esta manera de desaparecer los conceptos, como tragados por escotillón, nos parece poco compatible con el marxismo y con el rigor.

5. Santiago Carrillo. *Después de Franco, ¿qué?* Véanse p. 93, 117-119.

6. José María Pujol-Xicoy. «La pequeña y mediana empresa en el desarrollo». En *Curso sobre el desarrollo económico y social de España*. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1964.

7. Santiago Carrillo. *Op. cit.*, p. 119.

8. Nos referimos, claro está, a los países capitalistas desarrollados. La lucha de clases en los subdesarrollados tiene características muy diferentes. Y la política del imperialismo respecto a ellos va desde la barbarie yanqui en el Vietnam hasta el paternalismo gaullista.

JUAN GOYTISOLO

La publicación póstuma del volumen segundo de *Poesía y literatura* que cierra y completa la considerable obra crítica de Cernuda¹ adquiere especial realce en el momento en que la vida literaria francesa o, por mejor decir, parisiense, aparece sacudida por una de estas « tempestades en un vaso de agua » que tanto abundan en el mundo intelectual de acá con motivo de la polémica en torno a la « nouvelle critique ».

La prensa francesa ha recogido con prodigalidad en sus columnas las ofensas y agravios que mutuamente se dirigen « universitarios » e « ideólogos »: para éstos, la crítica de aquéllos peca de conservadurismo y parcialidad en la medida en que estudia la creación literaria sin interrogarse jamás ni poner en tela de juicio el por qué de la escritura; según los « universitarios » la crítica ideológica se interesa tan sólo en la creación para justificar una serie de teorías ajenas a la especificidad de la obra literaria. No nos detendremos aquí a examinar lo bien fundado de estas acusaciones que unos y otros ilustran con numerosos ejemplos; pues, si bien es cierto que determinados críticos « universitarios » examinan la obra literaria con criterios y métodos heredados del positivismo (como si la existencia y razón de ser de la literatura en el mundo fuesen de por sí), también lo es que el análisis de algunos representantes de la crítica ideológica nos revela muy poco o nada acerca de la especificidad literaria de la obra que estudia (el ejemplo de Lukacs comentando a Balzac es, tal vez, el más concluyente al respecto). Por otra parte, como vamos a ver ahora, la línea de separación entre uno y otro campo no aparece delimitada con claridad y las interferencias recíprocas son más frecuentes de lo que a primera vista se pudiera creer. Así, en Francia, junto a la crítica tradicional o universitaria de raíces positivistas, existen una serie de escuelas críticas que Roland Barthes clasifica en cuatro grupos: existencialista (que parte de Sartre y su *¿Qué es la literatura?*); marxista (inspirado en Lukacs y cuyo exponente actual más destacado es Goldmann); psicoanalítica (representado sobre todo por Bachelard); estructuralista (fundado en las investigaciones de Levi-Strauss y al que pertenece el propio Barthes). A ellos pudiera añadirse, quizá, un quinto grupo (que no coincide en muchos aspectos con el estructuralismo de Barthes): me refiero al formalista, cuya cabeza visible es Robbe-Grillet y del que forman parte algunos representantes del « nouveau roman ».

Es indudable que, en mayor o menor grado, cada una de estas escuelas (la palabra no nos gusta, pero la emplearemos por razones de comodidad) ha contribuido a ensanchar el horizonte de la crítica, a profundizar nuestro conocimiento de la obra literaria. Gracias a la antropología, a la sociología, al psicoanálisis, al estructuralismo nuestro modo de ver la literatura no es el mismo que el del siglo XIX o el de hace treinta años. El crítico que pretendiera ignorar esta realidad y no tuviera en consideración los hallazgos de estas ciencias nos ofrecería una visión trunca y mutilada de la literatura, se descalificaría a sí mismo como crítico. Obligada a tener en cuenta dichas técnicas la crítica tradicional ha procedido, a regañadientes, a su *aggiornamento*. Desde el fin de la primera guerra mundial marxismo y freudismo ejercen una influencia discreta sobre ella y sus representantes más

notables han operado una reconversión paulatina de sus principios, adoptando las diferentes técnicas de conocimiento de las escuelas citadas en su análisis y estimación de la obra literaria.

Pero, a mi modo de ver, el peligro radica menos en este conservadurismo de la crítica tradicional (fácilmente perceptible y denunciado) que en el exclusivismo (heredado tal vez de los alemanes) con que la crítica ideológica se limita al empleo de una sola de estas técnicas de conocimiento y rechaza (o desdén) las demás. En lugar de utilizar la variedad de instrumentos que les permitiría captar la unidad y complejidad de una obra en todas sus facetas y niveles, algunos críticos reducen su análisis a una sola faceta de la misma, lo mantienen a un solo nivel. Vemos surgir entonces un tipo de crítica excluyente y totalitaria, dogmática y monocorde —ya sea ésta formalista, marxista o psicoanalítica—, inclinada a confundir la parte con el todo y a tomar como fin lo que no debe ser sino punto de partida. En este caso el empleo unilateral de ciencias tales como la antropología, la sociología o el psicoanálisis por parte de las diferentes escuelas críticas, en vez de enriquecer nuestro instrumental de investigación, lo mutila y lo empobrece. Al prescindir de las restantes técnicas cae en un dogmatismo de signo totalitario, fértil en exclusiones y en entredichos. Así vemos a Sartre abrumar injustamente a Baudelaire²; a Lukacs, fulminar contra el «decadentismo» de Proust, Joyce y Kafka. Goldmann, Barthes, Robbe-Grillet adoptan a menudo, igualmente, este enfoque unívoco (el dogmatismo de Robbe-Grillet con su *le roman c'est moi* es casi el de un psicópata): considerada aisladamente, su obra crítica, por razones idénticas y opuestas, reduce y fragmenta nuestro conocimiento del ser de la literatura. Su riqueza se transforma en pobreza, su virtud en vicio. Pero la literatura, cuando es auténtica, prevalece siempre frente a los esquemas ideológicos que pretenden negarla. Baudelaire tiene razón frente al juicio de Sartre; Proust, Joyce, Kafka, condenan el sectarismo de Lukacs. En uno y otro caso nos enseñan el peligro de una crítica ideológica unilateral y excluyente, ajena a la existencia de otras técnicas y medios de conocimiento de la obra literaria; de una reducción a ultranza que, dada la historicidad y relatividad de nuestros juicios, pese a la indiscutible inteligencia y penetración de quienes la aplican, está llamada a envejecer con mayor rapidez que el desprestigiado pragmatismo de los críticos tradicionales³.

Frente a este esquematismo tan difundido hoy en Francia (por no citar el ejemplo de Alemania y, el más reciente, de Italia) y a este dogmatismo tan común en numerosos críticos europeos estimados y estimables, Cernuda, influido, sin duda, por Eliot y otros críticos anglosajones (del gran Matthew Arnold a Edmund Wilson), postula una concepción de la crítica mucho más fluida y flexible, menos brillante y más sutil, más aproximativa y menos rotunda, más sugerente y menos perentoria. En las enjundiosas observaciones preliminares de sus *Estudios sobre poesía española contemporánea*, tras examinar el dilema que se plantea al crítico de la literatura de si ésta evoluciona siguiendo una línea ininterrumpida o conforme a un movimiento de péndulo, escribe: «Para el historiador literario al uso la literatura camina a través de los siglos hacia su perfección, y los optimistas, que son los más, ponen dicha perfección en el momento presente, en el momento en que viven, ya corregidos los «defectos» y «errores» comunes entre los escritores del pasado. Pero en la evolución de los estilos la segunda posibilidad, la del movimiento pendular, parece la más verosímil». Para Cernuda (expatriado durante muchos años en los países anglosajones y muy poco español por la serenidad y ponderación de sus juicios) «la literatura no camina hacia su perfección, sino

que en cada etapa de su existencia la alcanza o cree haberla alcanzado, según el punto de vista, el criterio particular que entonces la anima». Su conocimiento de la literatura y poesía clásicas, su delicada y precisa experiencia poética le ponen en guardia contra aquellos críticos que creen « que nuestro criterio es acertado y erróneo el de aquellos que nos precedieron y a quienes con presunción inútil pretendemos corregir; sabe Dios, añade, qué pensarán de nosotros y de nuestro criterio literario las gentes que vengan después ».

El olvido de la historicidad y relatividad de nuestros juicios por parte de los representantes más destacados de la crítica ideológica unido a su desdén por las otras técnicas de acercamiento a la obra literaria aclara suficientemente las razones de su esquematismo y arbitrariedad. La sentencia de muerte de Robbe-Grillet contra la literatura « comprometida » resulta tan vana y nula como la condena inapelable de Lukaks del « formalismo » de Joyce. Sus métodos críticos son producto de una ideología y de una época y, como tales, su valor es, necesariamente, aproximativo. La labor del crítico, tal como la entiende y practica Cernuda (siguiendo aquí las huellas de Eliot) no consiste en formular esquemas que, de modo fatal, implican la condena subsiguiente de toda aquella vertiente literaria que no encaja en ellos sino en aproximarse con tacto y cautela a la obra de que se trata, aquilatando su valor desde todos los niveles y puntos de vista, utilizando simultáneamente los instrumentos de las diferentes técnicas esclarecedoras. El esquema (si lo hay) debe adaptarse a la materia y no viceversa. Cuando el crítico Robbe-Grillet pontifica sobre el arte de la novela ignora sin duda que su juicio es tan perecedero y precario como el de Boileau y su, para nosotros, pomposa y absurda preceptiva literaria. Como dice Cernuda, comentando la famosa carta que dirigiera Goethe a Schiller a propósito de Hölderlin: « si nada menos que un Goethe pudo ser ciego ante el destino de un Hölderlin, aprendamos ahí prudencia, que nunca está de más en el crítico ».

La importancia de que la obra de Cernuda aparezca quizá con mayor claridad en Francia, en cuanto que pone de manifiesto las exageraciones e insuficiencias de la todopoderosa crítica ideológica, que en España, en donde, por razones que no son del caso, ésta es, hoy por hoy, casi inexistente. Pero diversos síntomas anuncian su introducción y arraigo en el solar ibero (dada nuestra estrecha dependencia cultural con respecto a París), y el proverbial radicalismo de la Meseta nos hace temer que su carácter unilateral y su esquematismo (con la obligada secuela de anatemas y de exclusiones) halle una excelente acogida entre nosotros, siempre dispuestos a encontrar un pretexto para entrar en guerra con nuestro vecino. Por tal motivo (y dado el desconocimiento, en España, de la escuela crítica anglosajona), la lectura de Cernuda pudiera curar muy bien la previsible agresividad y el dogmatismo de los futuros epígonos de Lukaks, Goldmann, Robbe-Grillet o Barthes (que no tardarán en surgir). Aprendiendo en las barbas del vecino evitaríamos cometer, tal vez, sus mismos errores. Pero, como hemos dicho antes, ésta es solamente una hipótesis y, en lugar de anticipar el futuro probable, conviene examinar mejor la crítica de Cernuda en contraposición a la que se practica actualmente en España.

¿ Existe una crítica literaria en España? A primera vista la pregunta pudiera parecer ociosa. Si juzgamos por el número y volúmen de sus publicaciones la crítica española no sólo existe sino que vive actualmente un periodo de florecimiento y esplendor que nunca conoció antes. La nómina de autores, obras y premios otorgados a éstas pudieran llenar, creo yo, la guía telefónica de Cuenca. Un frondoso ejército de críticos ocupa las columnas de los diarios, expone sus

« juicios » a través de las ondas de la radio, sonrío bajo un identificable bigotito alfonsino en las infinitas pantallas de televisión. El Siglo de Oro, el espíritu nacional de Castilla y el Noventa y Ocho son sus temas predilectos, al parecer, inagotables (Ortega, el Cid, Platero, Unamuno, el Quijote, Séneca y la Tauromaquia es la receta perfecta del cóctel predispuerto al premio nacional de literatura Francisco Franco). Pero si nos atenemos prudentemente al refrán: No todo en el monte es orégano, y examinamos los críticos y sus obras y las razones que motivaron sus premios nuestro primer e ingenuo movimiento de optimismo se desvanece y nos es forzoso reconocer, entonces, que la abundancia no implica obligatoriamente la calidad, ni la lotería de premios la altura y dignidad intelectual exigibles a toda obra premiada.

Para Cernuda (en una entrevista concedida precisamente a uno de esos críticos cocteleros de bigotillo alfonsino que no hace muchos años refería, muy ufano, en su revista, que no había leído a Camus porque ignoraba el francés) la tarea crítica es algo ajeno (incompatible quizás) a la mentalidad española: « hay, sí, escribe, profesores, eruditos, historiadores... lo que se quiera, menos un crítico ». Afirmación tan tajante en pluma de un escritor ecuánime y meditado como Cernuda suena extraña y nos llena de estupor. ¡Cómo!, dirá el lector escandalizado: ¿ Y Dámaso Alonso ? ¿ Y la obra crítica del Noventa y Ocho ? ¿ Y Menéndez y Pelayo ? A eso pudiera contestarse que la excepción (si la hay) no invalida, sino que confirma, la regla. Cotéjese, en cualquier caso, la obra de nuestros críticos con la de los anglosajones, alemanes o franceses y comprobaremos que casi ninguna de las que admiramos y celebramos en España resiste a la comparación: entre nosotros, la erudición, el comentario, la glosa, se venden, engañosamente, como crítica; para los valores de nuestro pasado existe una supersticiosa actitud de respeto que inhibe toda posibilidad de juicio cuando éste se sale del cauce ya trazado por otros; respecto a los escritores de hoy, razones de clima y de temperamento favorecen el imperio de esa mentalidad Far-West que denunciaba justamente Castellet en uno de sus primeros ensayos: para los amigos, elogios que harían enrojecer a Cervantes; para los enemigos, el insulto, la mofa, la hiel, el veneno. Ironía, audacia, generosidad no las busquemos: murieron con Clarín. Tal es la triste verdad.

Si realizamos nuestro examen de conciencia, ¿ cómo no estar de acuerdo con Cernuda cuando escribe: « en España las reputaciones literarias han de formarse entre gente que, desde hace siglos, no tiene sensibilidad ni juicio, donde no hay espíritu crítico ni crítica y donde, por lo tanto, la reputación de un escritor no descansa sobre una valoración objetiva de su obra... ¿ Exageración ? Abrase cualquier historia al uso de nuestra literatura y el lector quedará chocado, si no ofendido, al leer aquí que Bécquer tiene estilo menos cuidado que Núñez de Arce, y allí al ver a Galdós emparejado con Pereda. ¿ Qué más, si aún hallaría mención de Baltasar del Alcázar, de Meléndez, de Espronceda, de Zorilla, sin que a nadie se le haya ocurrido todavía volverlos a la masa anónima de donde en mala hora les sacó la ignorancia de sus paisanos ? »

Cernuda pone ahí el dedo en la llaga: los españoles vivimos como rentistas de los juicios y opiniones (equivocados a menudo, y siempre perentorios) que algunos « respetables » (o que se tomaron como tales) formularon, a lo que parece, con criterios de eternidad. Ideas preconcebidas, reputaciones, entredichos, pasan de generación en generación sin que nos decidamos (o atrevamos) a examinar la dosis de verdad que hay en ellos. Pero la cultura (patrimonio público, que no particular)

no se hereda: se gana día a día, palmo a palmo, a costa de una lucha incierta y difícil; Don Quijote no se nos da si no lo merecemos. Rentistas de un pasado glorioso y heroico (que ya no es real) queremos vivir igualmente de las rentas de una cultura que (recibida así) se aleja cada vez más de nosotros y, en lugar de ayudarnos y ensanchar el horizonte de nuestra libertad, nos encastilla en nuestra mediocridad presente y nos aplasta bajo su peso como una losa de piedra. (Nuestra secular pereza mental nos acarrea situaciones tan incongruentes y ridículas como la que señala Cernuda a propósito de la revalorización de Góngora en ocasión del tercer centenario de su muerte: « cualquier manual de historia de nuestra literatura, en edición anterior a 1927, repetía idénticas ineptias contra Góngora...; el mismo manual, en edición posterior a 1927, cambia las ineptias contra Góngora por las ineptias a favor suyo ».)

Objeto, en vida, de la desestimación casi unánime de los críticos españoles, Cernuda tuvo ocasión de conocer por experiencia propia los principios y métodos que sirven de patrón, entre nosotros, para enjuiciar a un escritor. « Cosa poco frecuente, eso de la lectura, entre muchos críticos », escribe con ironía; y, en otra ocasión: « Lo lamento, pero la crítica no consiste, como creen ahí, en administrar un compuesto de azúcar, melaza, sacarina y jarabe a aquellos escritores admirados y palo tras palo a aquellos detestados por el crítico... » Entre las condiciones que, en su opinión, deben exigirse a un crítico y que, en la entrevista antes citada, enumera sucintamente, una hay, a mi entender, que se dejó en el tintero: me refiero al necesario espíritu de independencia, cualidad ésta heroica y casi imposible en España, que Cernuda, por vivir lejos de ella, y sustraído, por tanto, a « la presión hipnótica del medio literario nacional », se olvidó de mencionar.

En España, en efecto, el juicio literario no es fruto de la lectura y reflexión del crítico, esto es, el resultado de un proceso individual y privado, sino obra colectiva, creada de viva voz por el clan, grupo, cofradía o capilla y escrita e impresa luego, con pocas variantes, una vez que, divulgada e impuesta, cuenta con la sanción implícita del medio social. El compadrazgo, la alabanza interesada, el elogio que no cree ni quien lo da ni quien lo recibe, hallan su cauce natural de expresión en la tertulia. Esta institución, que tanta raigambre tiene entre nosotros, es uno de los pilares básicos de la vida intelectual española. Allí los prestigios se crean en función de « esa destreza social externa » (de esencia valleinclanesca) de que nos habla Cernuda: el genio se confunde con la figura y ésta nos da la medida del genio. Los escritores son juzgados con criterios familiares: se les tutea (incluso cuando han muerto) y, si su prestigio lo exige, se les pega una etiqueta de Don antes del nombre de pila (el apellido no se menciona nunca y se abandona su uso a los bisoños y no iniciados). Unamuno no es Unamuno sino « Don Miguel », Ortega « Don José », Machado « Don Antonio » (imagine el lector, por un momento, un tratamiento parecido aplicado a los escritores e intelectuales franceses: « André », « Marcel », « Paul » por Gide, Proust y Valéry); Jiménez es « Juan Ramón » (« como si se refirieran en una tertulia casera, al tío o al primo », comenta Cernuda); Baroja « Don Pío » y Marañón « Don Gregorio ». Esto cuando se trata de los definitivamente consagrados... Para los otros se reserva el españolísimo diminutivo protector (Juanito, Rafaelito, Carlitos) con que el aspirante a Don (instalado ya en su pose valleinclanesca) marca las diferencias ante el vulgo y toma las necesarias distancias⁵. Pero dejemos este punto que, marginal para nosotros, merecería, por su interés, un tratamiento aparte.

Para comprender la praxis crítica de Cernuda resulta indispensable examinar previamente su postura respecto a algunos de los problemas más discutidos hoy

en el campo de nuestras letras, tales que el compromiso del escritor, la literatura nacional primitiva, la poesía popular, etc.: abandonando toda intención polémica, Cernuda se aplica en ceñir el tema que le ocupa, lo reduce a sus justos límites y procura calar en él a fin de desentrañar su sentido. « En la literatura y en la poesía —escribe por ejemplo— siempre ha entrado, en proporción mayor o menor, cierto elemento cambiante, ajeno a las mismas, que unas veces es religioso, otras moral, otras social, otras político, y al cual alguna gente interesada, y sobre todo alguna gente ajena a la literatura y a la poesía, pretende darle importancia mayor que a la calidad artística misma, que es la única que decide del valor de una obra literaria ». Acerca de la manoseada preocupación castellanista y el culto por nuestra primitiva literatura nacional panacea de Menéndez Pidal y tantos otros investigadores históricos, Cernuda observa con pertinencia: « esta actitud, que en su día tuvo sin duda consecuencias beneficiosas respecto al conocimiento y estimación de nuestra literatura, sostenida hoy anacrónicamente y exagerada hasta un extremo increíble por los eruditos más reputados de nuestra tierra, se ha convertido en algo no sólo ya falto, sino absurdo »⁶.

Sus juicios sobre la literatura y la poesía del Siglo de Oro, rompiendo con los tabús y los ritos de la polvorienta crítica histórica, resultan insólitos en el mundillo intelectual español, adormecido siempre en el culto de lo que, de generación en generación, por herencia y no por análisis crítico, se considera *in æternum* sagrado y respetable. « Quien esté dotado de porción necesaria de escepticismo y humor, escribe, es difícil que pudiera soportar hoy sin reirse la lectura o representación de *El condenado por desconfiado*, *El esclavo del demonio*, *El médico de su honra* o cualquiera otra muestra equivalente de las innumerables que produjera nuestro teatro ». Su ensayo sobre Cervantes, con el agudo exámen del progreso técnico realizado por éste en la Segunda Parte del Quijote en relación a la Primera, es un modelo de crítica penetrante y sutil, que nos dice más sobre Don Quijote y su creador que toda la empalagosa erudición de los cervantistas y las interpretaciones misticopatrióticas de los Unamunos, Ortigas y sus epígonos actuales.

Con los modernos y contemporáneos la franqueza y justicia de la opinión de Cernuda destaca noblemente entre nosotros, habituados como estamos por la crítica oficial y oficiosa a tanto piropo, mimo, jarabe y dulzaina⁷. Así, tras de una brillante revalorización de Campoamor, cuyo mérito, según él, radica « en haber desterrado de nuestra poesía el lenguaje supuestamente poético que utilizaron neoclásicos y románticos » haciendo « tabla rasa del obstáculo principal que todo poeta encuentra frente a sí: una lengua poética envejecida » y de señalar, con gran acierto, que Bécquer « desempeña en nuestra poesía moderna un papel equivalente al de Garcilaso en nuestra poesía clásica: el de crear una nueva tradición que lega a sus descendientes », Cernuda pone (por fin) los puntos sobre las íes al fatuo y retórico Rubén Darío, sepultado desde hace medio siglo bajo el peso de los elogios y las flores de la crítica española e hispanoamericana: « ¿ Se imaginaría a un poeta joven aprendiendo su menester en la obra de Darío? ¿ Cabría imaginarse ahora a un discípulo suyo? No se diga que su distancia de nosotros es lo que le privaría de tener discípulos porque más distanciados están en el tiempo Garcilaso o Bécquer, y sin embargo siguen o pueden seguir teniendo discípulos, quiero decir, poetas jóvenes que aprendan en ellos algo y aun algunos del menester poético ». El mérito principal de Cernuda finca aquí, como en otras ocasiones, en escribir y hacer público lo que en su fuero interior y privado piensan y no dicen sus colegas en razón del conformismo y prudencia aconsejables a quienes realizan o se creen llamados a realizar una brillante carrera en el campo de nuestras letras⁸.

Imposible resumir en estas páginas su análisis de la obra de Machado, Unamuno, Valle Inclán, Jiménez (excesivamente duro para el último en mi opinión aunque, por desgracia, Cernuda se deje en el tintero su juicio sobre este inefable común denominador de la cursilería y ñoñez modernas que es «Platero»). Me limitaré a transcribir dos observaciones, una acerca de García Lorca y otra de Hernández: «Muchas veces parece Lorca un poeta oriental; la riqueza de su visión y el artificio que en no pocas ocasiones hay en ella, lo recamado de la expresión y lo exuberante de la emoción, todo concurre a corroborar ese orientalismo»; «[Hernández] era un tipo de poeta que suele darse en España: fogoso y de retórica pronta, el cual, en el entusiasmo inspirado que le posee, concierta de instinto ambas cualidades, hallando así el camino franco hacia su auditorio, tan entusiasta como él».

La lectura de Cernuda contribuye eficazmente a despejar la atmósfera espesa y maloliente de la vida intelectual española. Pocas obras más oportunas que la suya y más adecuadas a nuestra imperiosa necesidad de oxígeno y aire fresco. Entre la tentación excluyente y totalitaria de la crítica ideológica que nos solicita y los criterios tribales y caseros de la crítica carpetovetónica que soportamos nos muestra un camino nuevo para nosotros, fruto de una experiencia literaria madura, de una independencia y honradez sin mancha, de un sano espíritu de inconformismo y rebeldía, de un conocimiento cabal de las diferentes técnicas de acercamiento a la obra literaria. ¿Aprenderemos de él? El tiempo lo dirá por nosotros: por mi parte creo que no es demasiado tarde y que, si nos lo proponemos de verdad, podemos realizar aún el necesario examen de conciencia que debe ayudarnos, espero, a salir de una vez del atasco⁹.

NOTAS

1. Esta se compone de los siguientes volúmenes: *Estudios sobre poesía española contemporánea* (1957), *Poesía y literatura, I* (1960), *Poesía y literatura, II* (1965). En su *Pensamiento poético en la lírica inglesa* (1958), publicando fuera de España y poco conocido en ella, nos ocuparemos en otra ocasión.

2. Aconsejo al lector el estudio que el fallecido Georges Bataille dedicara al «Baudelaire» de Sartre, estudio en el que su autor, utilizando las diferentes técnicas de acercamiento a la obra literaria (marxista, psicoanalítica, existencialista) prueba de modo concluyente el carácter unilateral del brillante y, a menudo, injusto libro de Sartre. Como dice Bataille, tras situar históricamente a Baudelaire en el proceso de acumulación capitalista francés del siglo XIX: «La forma poética, titánica, del individualismo es al cálculo utilitario una respuesta excesiva, pero una respuesta». En realidad, reprochar a Baudelaire sus compromisos con el orden burgués entonces existente es incurrir en el defecto de tantos críticos del marxismo cuando reprochan a Marx el desajuste de sus análisis respecto al capitalismo de hoy. Respondiendo a éstos escribía Wright Mills: «Sus teorías (las de Marx) muestran el sello del capitalismo victoriano... Si de algo tuviéramos que acusarlo sería de haber muerto en 1883, dejando su obra inconclusa...». El estudio de Bataille fue incluido en el volumen *La littérature et le mal* (Gallimard, París, 1957) junto a otros ensayos sobre Sade, Blake, Genet, etc.

3. Desde este punto de vista la influencia de la sugestiva obra de Lukacs me parece sumamente peligrosa. Su concepción unilateral del realismo le lleva a rechazar como formalistas y decadentes algunas de las obras más importantes de la literatura europea contemporánea: oponer Mann a Proust, Joyce o Kafka resulta tan arbitrario como oponer Rimbaud a Balzac o Quevedo a Calderón. En la Casa de la literatura hay muchas moradas, y Santa Teresa figura en ella con el mismo derecho que el anónimo autor del Lazarillo.

Al considerar la traducción reciente de un libro como **Significación presente del realismo crítico** en el que su autor se esfuerza en «rescatar» la herencia de los románticos alemanes y «demostrar» su brillantísima aportación a la literatura europea del XIX, el lector debe tener en cuenta las circunstancias en que Lukaks lo escribiera: en Hungría, al comienzo del deshielo de la ideología dogmática del estalinismo. Pero, independientemente de estas circunstancias (la protesta de Lukaks contra la barbarie cultural de Stalin), su valor, a mi entender, es muy reducido: consideraciones de estrategia político-militar se yuxtaponen a las estimaciones puramente literarias. Por encima de todo los juicios de Lukaks suenan, con frecuencia, como perogrulladas. Nos dice que el mar es azul y no rojo o amarillo (como pretendiera Stalin). Pero, a quienes vieran siempre el mar de color azul, Lukaks les descubre el Mediterráneo. (El mismo reproche, pese a la mayor amplitud de la apertura, pudiera hacerse a Garaudy y a su **Realismo sin fronteras**.)

El sistema crítico de Lukaks, al prescindir de las restantes técnicas de conocimiento del siglo XX, proyecta la obra literaria (ya sea la de Balzac, Mann o los románticos alemanes) en una especie de espejo deformante: su análisis profundiza y excluye, enriquece y mutila simultáneamente. Las recientes críticas que le han dirigido Fischer, Sánchez Vázquez, Musolino y otros muestran, por fortuna, una sana reacción de la nueva crítica marxista frente a sus concepciones unilaterales.

4. Los ejemplos que pudiéramos citar son, en gran parte, miméticos. En España la crítica no es el resultado de una experiencia literaria sino, en el mejor de los casos, de una acumulación de lecturas. Así **La hora del lector** de Castellet (el crítico «ideológico» más estimable) o mis poco meditados articulillos recogidos en el volumen **Problemas de la novela** (felizmente agotado hoy). En la densa y polémica introducción que acompaña su antología de la poesía española contemporánea, Castellet incurre, no obstante, en el optimismo crítico denunciado por Cernuda al orientar en exceso la evolución de aquélla de un simbolismo (condenado por el autor) hacia un realismo (bendecido por él). En cuanto al último libro de Alfonso Sastre, de inspiración netamente marxista, su esquematismo (o, por mejor decir, su escolasticismo) complica su lectura, de por sí difícil, dado el abuso, por Sastre, de ese lenguaje un tanto pedante que introdujeron e introducen todavía en España los malos traductores del alemán: **Anatomía del realismo** me parece a mí el resultado de una abundantísima lectura no digerida aún del todo. Hay, naturalmente, otros autores y obras que sólo la falta de espacio me impide citar aquí.

Si tuviera que formular algún agravio a la crítica «ideológica» española éste sería el de su fastidiosa seriedad. Su didactismo primario (y el consiguiente empleo de una terminología de valores, inmóvil y estática) excluye el empleo de la sátira y de la ironía. El intelectual español de izquierda cultiva con celo la gravedad y el énfasis. Situaciones grotescas como las que a menudo vive en este «gran carnaval» de los (primeros) veinticinco Años de Paz las formula siempre en términos explicativos, escolares. La risa, la burla (tan necesarias hoy) las relega a la categoría de «género menor». La ideología respetable que hace suya destiñe su respeto sobre él. Pero una cosa es tomar en serio la causa que se defiende y otra muy distinta tomarse uno en serio por defender esta causa. Actualmente existen en España una serie de condiciones que justificarían sobradamente la aparición irrespetuosa de un Jarry o un Dada. Aunque digámoslo en seguida: las condiciones no bastan. En España la libertad intelectual murió hace tiempo. Probablemente no pasará nada y los «españahogándose» y otros clichés hoy en boga subsistirán aún hasta su usura extrema.

5. Recuerdo que en 1952, estudiando yo en Madrid, el entonces director de una desaparecida revista literaria se presentaba en la tertulia con frascitas como: «Acabo de oír a Don Pio echar pestes de Don José. Cuando se lo cuente mañana a Don Gregorio...» El mencionado director abandonó años más tarde la literatura y pasó a formar parte de la directiva de un importante equipo de fútbol. Inútil añadir que nuestras letras no se han consolado todavía de tan irreparable pérdida.

6. El mejor crítico inglés del XIX, Hatthew Arnold prevenía a sus compatriotas contra una valoración histórica, y no real, de la poesía. Comentando el análisis de M. Vitet acerca de la **Chanson de Roland**, escribía: «El poema tiene vigor y frescura; no carece de patetismo. Pero M. Vitet no se conforma con ver en él un documento de algún valor poético y de muy elevado valor histórico y lingüístico: ve en él una obra grandiosa y bella, un monumento del genio épico... este es el tipo de elogio que se tributa a Homero y muy justamente... [Ahora bien] si nuestras palabras han de tener algún sentido, si nuestros juicios han de tener alguna solidez, no podemos colocar tal supremo elogio sobre una poesía de un orden inconmensurablemente inferior». Opinión que muy bien pudiera aplicarse en España a quienes ven en el **Cantar de Mio Cid** «una portentosa joya literaria, una indiscutible obra maestra del genio español» y prorrumpen en balidos líricos ante las sublimes bellezas de la glosa del monasterio de San Millán de la Cogulla.

7. La reciente necrología del pícaro (mejor que escritor) González Ruano, metamorfoseado para la ocasión en impecable caballero cristiano por los plumíferos de turno, podría servir de base para un brillante estudio semántico de la « crítica » literaria española.

8. « Lo que yo le reprocho —escribe Cernuda— es... que teniendo ante sí a toda la poesía universal donde escoger otros modelos... fuera a fijar su atención en aquella... que tal vez su influencia resulta nociva para nosotros (recuérdese si no lo ocurrido en nuestra literatura del siglo XVIII), poetas de lengua y tradición española: la francesa ».

En diversas ocasiones Cernuda lamenta la falta de contacto de nuestros poetas con la poesía latina, la italiana renacentista y la anglosajona, y nos pone en guardia contra la influencia excesiva de la poesía francesa, cuyos defectos, señala, « van en el mismo sentido que los de la nuestra », con resultado « poco feliz casi siempre ». Sus consejos (atinados sin duda) nos traen a la memoria aquellos otros, formulados ciento cuarenta años atrás, por los expatriados Blanco White y Alcalá Galiano cuando recomendaban el conocimiento de la literatura inglesa para liberar a nuestros escritores de su servidumbre con respecto a París. Consúltese a este propósito la admirable obra de Vicente Llorens Castillo, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra* (1823-1834).

9. Concluido el artículo cae en mis manos un ejemplar del volumen *Théorie de la littérature*, textos de formalistas rusos presentados por Tzvetan Todorov y prologados por Roman Jakobson (Editions du Seuil, París, 1966) en donde hallo una muy sólida y meditada confirmación de las opiniones de Cernuda. Así B. Eikhensbaum cuando reprocha a los críticos de la época su concepción de la evolución literaria « como una perfección continua, como un progreso, o O.H. Brik cuando escribe: « todas las épocas conocen dos actitudes posibles ante la poesía: unas acentúan el aspecto rítmico, otras el semántico... De vez en cuando uno de los elementos prevalece. La evolución del verso sigue [entonces] la línea de oposición al tipo dominante... Habitualmente se da la primacía a la semántica cuando en la vida social aparece una nueva temática y cuando las antiguas formas del verso no llegan a asumir estos nuevos temas. »

Cabe una crítica socialista de los países socialistas

RAMON ABOY

Existe la opinión, en ciertos círculos muy difundida, de que criticar las realizaciones de los países socialistas, denunciar sus injusticias, errores o fracasos, no es más que echar leña al horno del anticomunismo. Los problemas que la clase obrera tiene planteados en los países capitalistas —y concretamente en el nuestro— no se resuelven porque se estudie la estructura económica de Hungría haciendo hincapié en las lagunas, fallos y contradicciones de sus planes, ni a un escritor, siempre amenazado por la censura franquista, le sirve de mucho conocer qué escritores y por qué han sido condenados al silencio en la República Democrática Alemana. Vivimos a otro nivel histórico, con problemas radicalmente distintos. El intelectual progresista ha de evitar todo juicio que no favoreciendo en nada su lucha, pueda reinterpretarse contra el socialismo en bloque. Cumple con su deber, si se centra —desde dentro— en los problemas concretos e inmediatos que surgen al nivel de la sociedad en que vive. Cuando lleguemos a la etapa del socialismo y vivamos sus problemas, ya tendremos ocasión de enfrentarnos con ellos.

Tres tipos de argumentos pueden distinguirse en esta actitud: 1) Fenómenos que formalmente parecen comparables, no lo son cuando se inscriben en su distinto contexto social. Denunciar a la vez la censura en España y en Polonia significa ignorar la función opuesta que la misma institución desempeña en dos sociedades antagónicas. En la una se trata de sofocar toda opinión revolucionaria; en la otra, contrarrevolucionaria. Una crítica que parta de principios absolutos y no se inscriba en la realidad concreta de la lucha de clases, es retórica idealista, cuyo papel objetivamente reaccionario no hace falta desenmascarar. 2) En el mejor de los casos, la crítica a los países socialistas puede interpretarse como un acto de ingenuidad revolucionaria, de desviación izquierdista, que el imperialismo aprovecha y convierte necesariamente en anticomunismo. 3) Además, nuestra crítica, lejos de modificar la realidad criticada, puede incluso empeorarla. ¿En qué contribuye a su libertad real un manifiesto en favor de los intelectuales checoslovacos?, por ejemplo. Amen de que es muy difícil juzgar que hay de verdad en estos ataques, dada la ideologización

y parcialidad de la mayor parte de las fuentes que nos son asequibles en el mundo occidental, y si bien algunos hechos desagradables parecen incontrovertibles, ¿acaso no vienen impuestos por la dialéctica interna de la lucha de clases?

El lector conoce estos argumentos y otros semejantes que en muy poco se diferencian de los que el Partido prodiga en los países socialistas para justificar el control absoluto de todos los medios de información. En sustancia se reducen a la constatación de las consecuencias que, al nivel ideológico, implica la lucha de clases. El mundo de las ideas, con sus tensiones y contradicciones, es reflejo de las luchas y oposiciones de clase. No existe pensamiento, información o dato que no esté inmerso en un determinado contexto social y no signifique objetivamente una toma de posición. Si no hay pensamiento desligado de las contiendas de clase, si toda idea es un arma en favor o en contra de la construcción del socialismo, será este criterio el que decida qué debe combatirse y qué apoyarse. La neutralidad ideológica es una característica del pensamiento pequeño-burgués, explicable desde su situación como clase, que difícilmente puede identificarse con los intereses de la burguesía monopolista ni con los del proletariado. Para el marxista, en cambio, existen criterios objetivos de verdad, que no provienen de principios metafísicos, ni se fundamentan especulativamente, sino que basan su validez en la clase que sirven y en la función que cumplen en la lucha de clases. Y desde esta perspectiva resulta objetivamente cierto que todo lo que perjudique a los países socialistas —crítica externa o interna— significa —se tenga o no conciencia de ello— hacer el juego al imperialismo.

La consecuencia implícita en la argumentación hasta aquí diseñada es la imposibilidad de una crítica socialista de la realidad socialista, lo que en último término significa la imposibilidad de cualquier forma de crítica. El método es bien conocido: toda crítica se diluye cuando se muestra su carácter objetivo de servir a la clase enemiga. Y no basta con llamar a las cosas por su nombre y, exclamando estalinismo, quedarse tan tranquilo. La dialéctica de la lucha de clases, en determinadas circunstancias, parece entrañar

esta conclusión. ¿Acaso en abril de 1961, vísperas de la invasión de Cuba, cabía una crítica al gobierno revolucionario que no fuese objetivamente una traición?

Por otro lado, el marxismo ha hecho posible por vez primera una actitud realmente crítica, en cuanto no se agota en mera crítica. Frente a cualquier tipo de criticismo, afirma su carácter de ser, ante todo y sobre todo, una praxis. Frente a cualquier activismo y culto irracionalista de la acción, se reconoce como análisis teórico de una situación concreta. Se diferencia, sin embargo, de todas las demás teorías en que, lejos de hipostasiar el pensamiento como una realidad en sí, reduce a su contexto social incluso las categorías intelectuales con que intenta aprehenderlo. El ser constituye la conciencia, pero a su vez la conciencia —que no es mero producto definitivo del mundo material, estructura social más fisiología cerebral igual a pensamiento— está en la base del proceso activo que transforma la realidad. La conciencia se constituye en la confrontación práctica con lo real, en la relación con el mundo como posible fuente de satisfacción de mis necesidades, y su experiencia primaria es de desajuste y de vacío, en cuanto la realidad exterior no satisface sin más estas necesidades. Surge así la conciencia como toma la conciencia de que entre el sujeto —cuerpo material que tiene necesidades— y el mundo exterior —campo posible de satisfacción de estas necesidades— no hay acoplamiento inmediato y automático. Tomo conciencia de mis necesidades —y con ello, del yo como sujeto— precisamente porque no están satisfechas. Conciencia es originariamente conciencia de lo que falta, de lo que me falta y, por consiguiente en sentido riguroso, conciencia del no-ser, conciencia de la nada. Ahora bien, la nada en que consiste la conciencia no es, como quería el primer Sartre, negación originaria por la que la negatividad viene al mundo, sino, como quiere Sartre de la Razón Dialéctica, producto del modo material del ser del hombre como necesidad en un campo material donde no encuentra satisfacción.

La conciencia ha sido producida, sin duda, por la realidad que la envuelve, pero ni se confunde con ella ni a ella puede reducirse, ya que viene constituida precisamente por la negación de esta realidad. La superación de esta negación —la negación de la negación y con ella la primera totalización— no se da en el plano de la conciencia, sino que supone la transformación del campo material: praxis. Comprender la unidad dialéctica teorías-praxis supone haber aprehendido y diferenciado estos tres momen-

tos: 1) conciencia como producto de la realidad, el ser constituye la conciencia; 2) conciencia como negación de la realidad, la conciencia no se reduce al ser, sino que se constituye precisamente negándolo; 3) la negación de esta negación significa salir del marco de la conciencia para entrar en el de la praxis como transformación del mundo real; la conciencia como negación viene a su vez negada por la praxis.

La anterior divagación filosófica, pese a su brevedad extrema y por tanto tal vez excesiva concentración para ser todo lo diáfana que sería de desear, era precisa para hacer inteligible la unidad teoría-praxis, tan a menudo falseada y malentendida. Aunque en su comprensión y fundamentación —cabe decir sin exagerar— radica toda la problemática marxista, para nuestro objeto bastaba con recordar sus tres momentos constitutivos: la teoría es el resultado de una realidad social que niega como tal realidad y en su negación fundamenta una praxis que la supera. La negación —crítica— de la realidad circundante no es, cierto, más que un momento de la praxis transformadora, revolucionaria, que sobre ella se asienta, pero no por ello deja de ser un momento esencial. Porque el marxismo sea más que crítica, no por ello deja de ser crítica. Su reducción a mero método crítico de las relaciones sociales, sea todo lo problemático que se quiera, no deja de subrayar un rasgo fundamental. Lo único que no se puede concebir es un marxismo no crítico.

El carácter fundamentalmente crítico del marxismo no lo niega nadie que se llame marxista. Cualquiera que haga un viaje por los países socialistas quedará sorprendido ante la frecuencia con que afloran palabras como crítica y discusión en los labios de los funcionarios. Todo es objeto de discusión y nada ni nadie está a salvo de la crítica, repiten continuamente. El marxismo, como primera autoconciencia crítica de las relaciones sociales, debiera crear una sociedad primordialmente crítica. En los países socialistas tendrían que darse las condiciones mínimas, por un lado económico-sociales, al desaparecer las oposiciones de clase y con ellas las ideologías correspondientes, por otro, intelectuales, con la difusión de un método esencialmente revolucionario, para que floreciese el espíritu crítico en todo su esplendor.

Resultado, una doble experiencia en sí contradictoria: la crítica es imposible en los países socialistas y sólo en el socialismo es la crítica realmente posible. Aunque muchos de los

argumentos mencionados no resistirían el menor embate crítico y no sería difícil mostrar su similitud con los del bando contrario, no por ello es menos real la contradicción. Importa poco con qué ropajes se cubra, el hecho es que se niega la crítica más insignificante a la vez que se defiende el derecho a la crítica y se van sentando las bases económico-sociales que harán de este derecho algo más que letra muerta. Y la contradicción no desaparece porque condenemos la tan cacareada libertad burguesa¹ o porque desde su perspectiva, ignoremos las libertades concretas que el socialismo ha representado para sus pueblos. El hecho es que en el camino de la liberación del hombre, al ir sentando las bases de sus libertades inmediatas, se ha volatilizado la libertad.

He aquí la contradicción fundamental: el socialismo, único camino que conduce a la liberación del hombre, ha significado en determinados momentos y en circunstancias concretas, una forma nueva de encadenamiento. Suprimida la explotación capitalista, han surgido nuevos modos de opresión. Ha desaparecido la propiedad privada, pero el hombre total permanece en una lejanía imprecisa. La alienación en los países socialistas es tema tabú que preocupa primordialmente al filósofo de estos países. En fin de cuentas, no hay forma de librarse de cuestiones tan escandalosas: las contradicciones internas del socialismo definen nuestra situación histórica. Eludir las es eludir nuestra responsabilidad como sujetos conscientes de la Historia, rango que debemos precisamente al marxismo.

Y, sin embargo, nada más tentador que volver la espalda a estas contradicciones y empeñarse en desconocerlas. Prácticamente no se ha hecho otra cosa desde la Revolución de Octubre². Para el buen militante comunista, el socialismo ha encontrado en la revolución bolchevique el camino justo para su realización y toda crítica a esta experiencia es criticar el socialismo mismo. Hablar de nuevas formas de enajenación, de opresión, etc., no es más que falsificar algunos conceptos marxistas, utilizándolos al servicio del enemigo. Para los socialdemócratas y familias afines, en cambio, las contradicciones no son más que aparentes, en cuanto la realidad de estos países nada tiene que ver con el socialismo que se propugna. En ambos casos las contradicciones se resuelven negando uno de sus términos: o bien el socialismo ha desplegado el máximo grado de libertad real que permitían las condiciones económico-sociales y la presión exterior del imperialismo y

hablar de alienación, opresión, etc. es un sinsentido, o bien se subrayan con ahinco, pero se niega que tengan que ver algo con el socialismo puro que anida en sus cabezas.

No hace falta decir de qué socialismo se trata, y el último programa de la socialdemocracia alemana ha llevado a su última consecuencia lo que el llamado socialismo democrático contenía en embrión desde la segunda Internacional: huera apología de la sociedad capitalista. No es extraño que la vanguardia revolucionaria obrera haya visto con la natural repugnancia la crítica socialdemócrata a la experiencia soviética. El papel de la socialdemocracia en 1914, en 1918, en 1933, a partir de 1945 ha sido lo suficientemente claro para que no quede la menor duda. En este punto no cabe malentendido alguno: ser socialista, estar al servicio de la clase obrera, significa identificarse con la revolución de Lenin. Pero esta identificación para ser auténticamente marxista tiene que ser crítica. Precisamente, desde esta *identificación crítica*, se hacen patentes los problemas y las contradicciones. La historia del movimiento comunista internacional, hay que decirlo, no es sólo el relato grandioso de las hazañas de la clase obrera, sino también una serie de errores gravísimos y crímenes injustificables. Y el que queramos sacarlos a la superficie no se debe a un espíritu mórbido por lo degenerado, ni al afán incauto de lavar los trapos sucios delante de las narices de nuestros enemigos, sino a la necesidad insoslayable de clarificar la historia de estos últimos cincuenta años, única manera de salir del atolladero.

La historia para el marxista no es erudición hueca, lujo de desocupados, sino presupuesto imprescindible a su acción revolucionaria. La historia del movimiento obrero es la cantera de experiencias sobre la que hemos de montar nuestra acción concreta. Por eso, es imposible discutir una política oportuna de la izquierda española sin tener presente la Revolución de Octubre, el estalinismo, las comunas chinas, la revolución colonial, las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Polonia o la situación de los intelectuales en Checoslovaquia. La universalidad de la Historia ha tomado su primera forma concreta en el internacionalismo obrero. Hoy el pueblo vietnamita está luchando por nuestra libertad, como una medida descartada en un país socialista repercute más o menos indirectamente sobre nuestra situación, aunque no sea más que porque los errores del socialismo sirven para apuntalar el capitalismo en derrumbe.

El que parezca sorprendente que se piense en categorías supranacionales no es uno de los hechos más insignificantes de estos últimos lustros. Con el espíritu crítico ha ido desapareciendo la conciencia internacionalista, dos aspectos de un mismo proceso. Llegado éste a su grado máximo de congelación e ineficacia, hoy más que nunca es imprescindible replantearnos nuestros problemas desde una dimensión crítica e internacionalista. Preguntarnos como españoles qué hacer, puede implicar estudiar en detalle la estructura económica de Hungría o la política suicida de la tercera Internacional frente al fascismo. La dialéctica teoría-praxis conlleva inscribir toda acción en

su totalidad histórica y ésta sobrepasa con mucho la nación o el año en que vivimos. ¿Cabe una crítica socialista de los países socialistas?, nos preguntábamos. Sí, si el socialismo quiere continuar fiel a sí mismo, es decir, crítico e internacionalista.

1. De los límites de la libertad burguesa todos somos conscientes, pero los españoles que carecemos incluso de ella, deberíamos valorar mejor sus virtudes. No basta con un derecho formal para ser auténticamente libres; pero una vez creadas las condiciones económico-sociales que posibiliten la libertad, es preciso formalizarla institucionalmente. 2. Hay, claro está, excepciones honrosas. Trotski, por su especial destino histórico, es la más relevante. De ahí la importancia que va adquiriendo su colosal figura.

El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo Ibérico

Rogamos a cuantos nos han prometido colaboración para este volumen que se apresuren a hacernos llegar sus manuscritos.

Damos a continuación algunos de los títulos definitivos de trabajos destinados a este suplemento, así como los nombres de sus autores. Estos trabajos se hallan ya en la imprenta: Luis Ramírez: **Visión actual de la guerra civil española** (encuesta); Esteban Pinilla de las Heras: **España, una sociedad de diacronías**; Xavier Flores: **La propiedad rural en España**; Macrino Suárez: **Los problemas de la agricultura española**; Grupo de jóvenes economistas: **Las 100 familias**; Pedro Marcos Santibáñez: **La familia «F»**; Vicente Girbau: **La entrevista de Hendaya**; Felipe Miera: **La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América**; Enrique Puente: **La oposición antifranquista (1939-1955)**; Xavier Flores: **El exilio y España**; Jorge Semprún: **La oposición antifranquista (1955-1966)**; Ignacio Fernández de Castro: **La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias**; P.B.: **Significación religiosa, política y económica del Opus Dei**; Juan Claridad: **El monopolio de la información**; Joan Roig: **Veinticinco años de movimiento nacional catalán**; Martín Zugasti: **El problema nacional vasco**; Santiago Fernández: **El movimiento nacional en Galicia**; Antoliano Peña: **La Universidad: veinticinco años de luchas estudiantiles**; Jordi Blanc: **Las huelgas en el movimiento obrero español**; Antoliano Peña: **Las hermandades de labradores y su mundo**; Iñaki Goitia: **El orden laboral y las magistraturas del trabajo**; Jordi Blanc: **Una medida de integración ideológica de la clase obrera industrial en Madrid**; Francisco Farreras: **Veinticinco años de sindicalismo en España**; Ramón Bulnes: **Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración**; Antonio Linares: **Las ideologías y el sistema de enseñanza en España**; Blai Serratés: **Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español**; Angel Villanueva: **Causas y estructura de la emigración exterior española (1939-1966)**; Ramón Aboy: **Españoles en Alemania**; Raul Torras: **Problemas económicos de la entrada de España en el Mercado Común**; Jordi Blanc y José Martínez: **Efemérides 1939-1966**.

Para poder adquirir este copioso volumen al precio de 20 F es necesario estar suscrito a **Cuadernos de Ruedo Ibérico**. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería.

Notas

El grado de monopolio en la industria minera española es notorio. Si tenemos en cuenta los tres factores para medir el grado de monopolio señalados por Ramón Tamames (consejeros comunes, vinculaciones de las empresas a través de la banca privada y grado de pliopolio) y añadimos un cuarto factor, la relación de las empresas a través de las vinculaciones familiares que existen entre los consejeros de cada una de ellas, el hecho queda ampliamente probado.

Si observamos el número de empresas vinculadas a través de los consejeros comunes se comprueba la existencia de un poderoso bloque de 94 empresas (Sociedades Anónimas), de las que 3 son extranjeras (*The Alquife Mines and Railway*, Sociedad Minero-Metalúrgica de Peñarroya, que tiene su sede en París y un capital de 108 millones de nuevos francos, y la *The Seville Sulphur*, con sede en Londres, y con un capital de 220 000 libras). Todas las empresas que lo constituyen aparecen íntimamente vinculadas entre sí, aunque dentro del bloque se distinguen algunos grupos semidependientes. Las 91 empresas nacionales suponen un 25,9 % del total de empresas mineras existentes en el país y el 47,3 % de las empresas mineras cuyos consejos de administración son conocidos. En total suman un capital de 3 654,7 millones de pesetas, sobre un total invertido en el ramo de 5 345,5; 68,6 % del capital total invertido en la minería, y 73,1 % sobre el capital de las 166 empresas de las que se conoce el Consejo de Administración, que suman 5 000,9 millones de pesetas de capital. En este grupo de 91 empresas que controla en total 4 536,2 millones de pesetas (122,9 de obligaciones emitidas, 758,6 de reservas acumuladas y 3 654,7 de capitales desembolsados) aparecen como es lógico casi todas las grandes empresas. Es curioso observar que las que dan mayor homogeneidad al bloque son las empresas con sede en Bilbao.

Además de este gran bloque existen otras uniones de empresas a través de los consejeros comunes, pero éstas tienen ya mucha menos importancia.

Vinculaciones a través de la Banca. Las vinculaciones a través de la Banca son paralelas a las que existen a través de los consejeros

El monopolio de la mirería española

comunes. 72 empresas aparecen estrechamente vinculadas a través de los Bancos. Como se ve en el cuadro (p. 72-73), Español de Crédito, Vizcaya, Bilbao, Urquijo, Central y Santander, son los que tienen intereses más importantes en la minería. De estas 72 empresas 65 aparecen en el gran bloque a que hemos aludido antes. Las 7 empresas que quedan así integradas en el bloque suman 123,5 millones de pesetas de capital.

A través de vinculaciones familiares aparecen integradas en el gran bloque otras 3 empresas, con un capital de 13,2 millones de pesetas. Las vinculaciones entre consejeros por lazos de parentesco son tan importantes y significativas como las que existen entre los consejeros comunes. Subrayan la unidad y coherencia del monopolio. Indican, además, una tradición y una preferencia de las inversiones de la oligarquía por este sector, aunque, en la actualidad, las reivindicaciones salariales y la constante lucha de los trabajadores, ha supuesto un notorio freno a este tipo de inversiones.

En resumen, podemos decir que existe un poderoso bloque compuesto por 104 empresas, entre las que figuran las más importantes, 3 de ellas son extranjeras (56,6 % del total de empresas mineras de que se conocen los Consejos de Administración), que absorben 3 791,3 millones de pesetas de un total de capital desembolsado por todo el ramo de 5 345,5 millones de pesetas. Este solo bloque controla el 75,8 % del capital de las empresas cuyos Consejos de Administración son conocidos y el 70,9 % del total invertido por todas las sociedades mineras. El capital desembolsado, las obligaciones emitidas y las reservas acumuladas por este bloque asciende a 4 536,2 millones de pesetas.

Grado de pliopolio. Desde 1950 se han creado 107 nuevas empresas mineras (el 30,5 % de las existentes). De ellas, 15 tienen un capital de 20 millones de pesetas o más y sólo 4 tienen un capital de más de 50 millones de pesetas. En los últimos años se han creado bastantes nuevas empresas, pero sólo 4 tienen una transcendencia económica decisiva; las demás carecen de capital adecuado. Las 78 sociedades que no

GRADO DE PLIOPOLIO DE LAS EMPRESAS MINERAS. FECHA DE CREACION DE NUEVAS EMPRESAS.

(MILLONES DE PESETAS)

Año	Más de 50	40-50	30-40	20-30	10-20	5-10	Menos de 5
1950				1			2
1951	1			1	1	1	6
1952	1		1		1	2	6
1953						3	11
1954	1	2				1	4
1955	1		1		3		9
1956							2
1957			1	2			8
1958						1	6
1959			1	1			5
1960						1	5
1961							8
1962							6
Total	4	2	4	5	5	9	78

alcanzan ni siquiera los 5 millones de pesetas de capital han de basar sus beneficios necesariamente en el factor trabajo.

De la unión de grandes y pequeñas empresas, propiedad de las mismas personas, salen perjudicados los trabajadores de todas ellas. Las empresas marginales con escasos beneficios y posibilidades de elevar las remuneraciones son las que determinan necesariamente los salarios de los trabajadores de todas ellas. De esta manera, el pequeño grupo de personas que poseen grandes, medianas y pequeñas

empresas mineras, utiliza las pequeñas para frenar las subidas de salarios de las grandes. En resumidas cuentas limitándose a ganar poco o perder algo en las pequeñas empresas, sus propietarios —que también poseen las grandes— se aseguran mayores beneficios en las grandes, que son las que realmente interesan. Para ello se argumenta, dejándose al margen situaciones coyunturales, que si los salarios se elevan a un nivel ideal se hundan las pequeñas empresas, propiedad, repetimos, de las mismas personas que las grandes.

(MILLONES DE PESETAS)

CAPITAL OBLIGACIONES RESERVAS

I				
Minerales no férricos	Bilbao	60		
Aurífera del Orbigo	—	4		
Suministros de Carbones	Barcelona	3		
Hullera Española	—	117,4	66,8	43,5
Cía de Carbones, Industria y Navegación	—	8	6,1	4,5
Cía Industrial Minero Asturiana	—	5		
Hullera Rioscuro	—	8,1		
Minero Metalúrgica Argenta	Madrid	4,7		
Hulleras Turón	Bilbao	60		
Cía Minera Dícido	—	11		
Explotación de Minas y Terreros	—	60		
Minero Industrial Pirenaica	Barcelona	30		
HULLASA	Madrid	7,5		

El monopolio de la minería española

(MILLONES DE PESETAS)

		CAPITAL	OBLIGACIONES	RESERVAS
San Telmo Ibérica Minera	Bilbao	36,3		
SA Carbones Maura y Cía	—	2		
Minerales y Productos Derivados	—	75	50	
EXIMISA	—	37,8		
Dolomitas del Norte	—	30		
Cía Minera de Setares	—	0,6		2,7
Piritas de Huelva	—	—		
Cía Minera Ceferina	—	0,4		0,2
Cía Sierra Menera	—	96,6		19,4
FERARCO	Madrid	9		
The Alquife Mines and Railway	Londres	—		
Tratamientos Minerales	Madrid	20		
Berilio y Radio Español	Bilbao	4,6		
Española de Minas Somorrostro	—	66,1		
Cía Gaditana de Minas	Sevilla	3		
Cía Nacional de Piritas	Madrid	45		
E.N. ADARO	—	80		
Magnesitas de Navarra	Pamplona	45		
S. de Minerales y Metales	Bilbao	15		
Coto Minero Vivaldi	—	125		
Explotadora de Minas de Hierro	—	10		
Hulleras de Sabero	—	60		
Minas del Bierzo	—	19		
Comercial Minera	Madrid	10		
SA Felgueroso	—	44		
Minero Metalúrgica Ponferrada	—	200		337,1
SA Hullas Coto Cortes	Coruña	15		
Cía Anónima Minera San Luis	Madrid	6,5		
Coto Husel	Bilbao	3,5		
Hulleras San Esteban	Barcelona	2,4		
Hulleras Veguín y Olloniego	Madrid	25		
Cía La Cruz de Plomo	—	50		
Contrataciones e Industrias	Barcelona	10		
Minas de Tormaleo	Madrid	120		
Minero Metalúrgica del Estañó	—	18,8		
Minas de Presquerias	—	12,6		
MONTASUR	—	20		
Antracitas de Velilla	—	27,5		
Minas del Rif	—	117,7		
Avilés y Aznar	Barcelona	10		
Carbones de Berga	—	45		35,2
Minas y Ferrocarriles de Utrillas	Bilbao	30		
Cía Minera Setolazar	—	15,8		
Cía Española Minas de Riotinto	Madrid	1 000		

(MILLONES DE PESETAS)

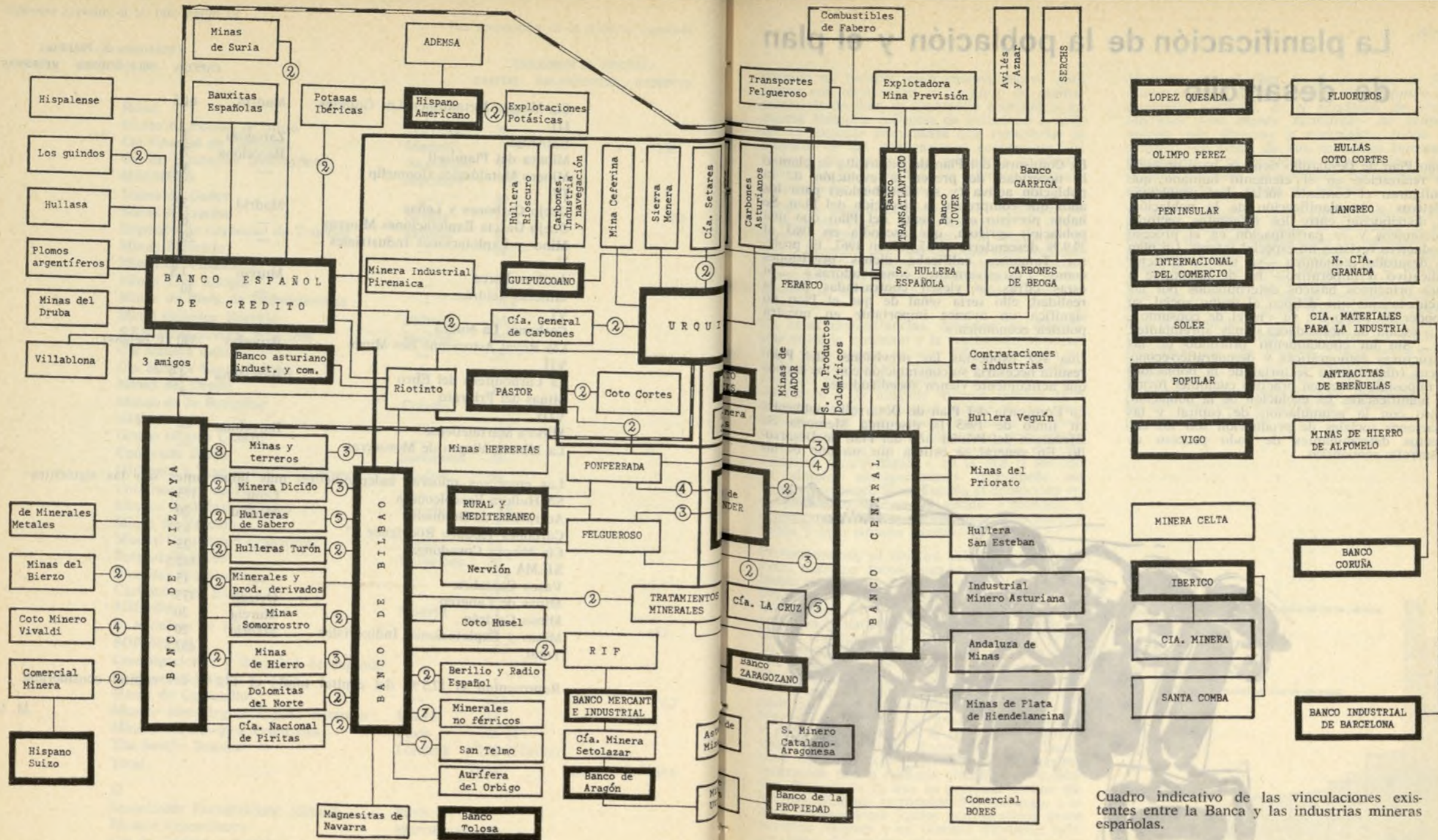
		CAPITAL	OBLIGACIONES	RESERVAS
Rosal	—	4,9		
Minas de Potasa de Suria	Barcelona	30		
Cía General de Carbones	Madrid	7,5		150
Cía de Productos Dolomíticos	Santander	50		
MAGNESA	Madrid	7,5		
Minas de Gador	—	30		
Minas Herrerías	Sevilla	75		i,5
Depósito de Carbones de Tenerife	Madrid	30		
Minas Figaredo	—	74,2		
Minas de Villablona	—	5,2		
Minas Tres Amigos	—	30		
Minas de Plata de Hiendelaencina	—	0,3		
Metal Química Nervión	Bilbao	30,4		
EXPLOTACIONES Potásicas	Madrid	80		
Cía Minera Celta	—	20		
Cía Minera Santa Comba	—	20		
Minas del Druba	—	30		
Minas de la Barquina	Coruña	0,5		
EIMSA	—	7		
Grupo Minero Casayo	—	3		
Comercial Bores	Barcelona	18		
Carbones y Transportes Felgueroso	Madrid	30		
Combustibles de Fabero	—	40		
Minero Cantabro Bilbaina	Oviedo	3,8		
Minas de Escobio	—	3		
Minero Cantábrico Aragonesa	Teruel	10		
Potasas Ibéricas	Barcelona	30		
Bauxitas Españolas	—	1,5		
Carbones del Esla	—	3		
ADEMSA	Madrid	1		
S. Andaluza de Minas	—	40		152
SOPOWICH	—	4,5		
Investigaciones y Sociedad de explotaciones del Valle de Arán	—	1		
Minas de Centenillo	—	12,5		5,7
Minero Metalúrgica Zapata Portman	Murcia	13		
Minero Metalúrgica Peñarroya	París	108 (F)		
The Seville Sulphur	Londres	0,22 (Libras)		
Total		3 654,7	122,9	758,6
II				
Association Euroafricaine Minière	París			
Plomos Argentíferos	Marruecos	3		
Cía de Carbones Asturianos	Barcelona	50		

(MILLONES DE PESETAS)
CAPITAL OBLIGACIONES RESERVAS

Cía Minero Metalúrgica Los Guindos III	Madrid	61,5
EMARSA	Zaragoza	3
Minera del Flamisell	Barcelona	7
Minero Metalúrgica Goomelip IV	—	3,2
Ocejo Carbones y Leñas	Madrid	5,5
Ocejo García Explotaciones Mineras	—	6
Minas y Explotaciones Industriales V	—	20
Azufres Lorca	Murcia	1,5
Mineras Celdrán	—	30
VI		
Carbones La Nueva	—	—
Cie Royal Asturienne des Mines VII	Bruselas	340 (F belgas)
La Carbonífera del Ebro	Barcelona	4,9
Minas del Priorato	—	6
VIII		
Minera Martalellense	Barcelona	—
La Minera Virgen de Monserrat	—	—
Las empresas mineras independientes más importantes son las siguientes :		
SA Hullera Vascoleonesa	León	175
Antracitas de Breñuelas	Madrid	20
Carbones Isodoro Rodríguez	—	15
Cía Minera Covadonga	—	25
SILMA	—	182,5
Vasco Cantabra	—	15
Minas de Langreo	Oviedo	175
Minas Celdrán	Murcia	30
Minas y Explotaciones Industriales	Madrid	20
Total		657,5

Representan el 12,5 % del capital total; el 13,2 % del capital considerado.

M. G.



Cuadro indicativo de las vinculaciones existentes entre la Banca y las industrias mineras españolas.

La planificación de la población y el plan de desarrollo

Todo Plan de Desarrollo tiene su base práctica de realización en el elemento humano que configuran el contexto social. Los problemas relativos a la planificación de la población, su distribución entre los diferentes sectores económicos y su participación en el proceso productivo revisten un especial interés. Un plan de desarrollo económico —ya sea de carácter indicativo o imperativo— ha de adaptarse a unos principios básicos determinados por las circunstancias que definen al grupo social, su « poder de compra », su « nivel de consumo », su « escala de necesidades » más apremiantes, etc... Sin un conocimiento profundo de las estructuras demográficas y demográfico-económicas (distribución sectorial de la población) es imposible poner en práctica cualquier forma de planificación. La evolución de la población, junto con la acumulación de capital y las relaciones sociales de producción son los elementos determinantes de todo proceso de desarrollo económico.

La Comisaría del Plan de Desarrollo se planteó la necesidad de prever la evolución de la población activa (y su distribución) para los años que comprende la ejecución del Plan. Se había previsto en el texto del Plan que una población agrícola, que ascendía en 1963 al 39,9 % descendería al 35,1 % en 1967. El profesor Tamames calificaba dichas previsiones como « excesivamente conservadoras » ... Si estas cifras se viesen contrastadas por la realidad, ello sería señal de que el Plan no significa un avance importante en nuestra política económica. »

Una vez expuestas las previsiones del Plan, resulta necesaria su constatación con los hechos que actualmente vienen sucediéndose.

La Comisaría del Plan de Desarrollo publicaba en junio de 1965 la discutida Memoria de Ejecución del Primer año del Plan de Desarrollo. En general se estima que un año es un



periodo de tiempo relativamente escaso para juzgar con objetividad el conjunto de realizaciones de un plan de desarrollo económico. La misma Memoria renuncia de antemano a utilizar el lenguaje triunfalista que caracteriza la mayoría de las publicaciones económicas del régimen. No obstante, en relación a la planificación de la población los errores alcanzan proporciones alarmantes.

Según las anteriores previsiones —recogidas en el texto del Plan— *debían abandonar el sector agrario 69 000 trabajadores*. Sin embargo la citada Memoria del Plan de Desarrollo no duda en transcribir literalmente el siguiente texto: *« la disminución del nivel de empleo en el sector agrario se ha estimado en 257 000 puestos de trabajo. »*

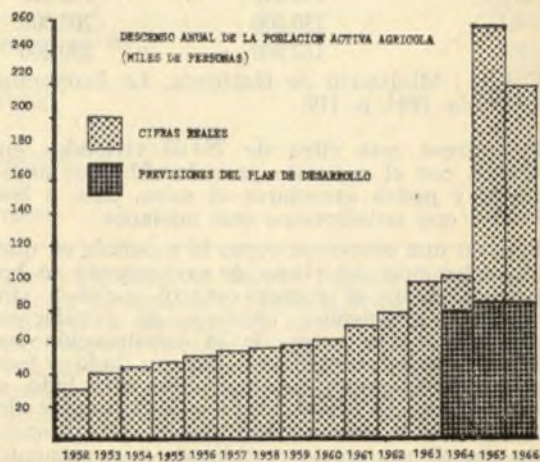
En estas circunstancias, cuando las diferencias entre la previsión y la realización alcanzan estas dimensiones, es muy difícil —cuando no ridículo— hablar de planificación. Previsión y realidad, plan y economía toman rumbos muy diferentes y de ninguna manera pueden relacionarse en la contextura teórica de un plan indicativo. Se afirma que el Plan es el resultado de una elaboración minuciosa, pero ciertamente no pasa de ser el resultado de una « grosera improvisación », en la que el método de simples extrapolaciones desempeña un importante papel. Si en España el demócrata es, en muchas ocasiones, un simple « aprendiz a demócrata », otro tanto ocurre con nuestra sólida y bien situada tecnocracia.

Probablemente, al fin del primer periodo del Plan, nuestros tecnócratas se sentirán gravemente ridículos de haber previsto un panorama tan diferente del que viene condicionando nuestra realidad. En 1965, el descenso de población activa en la agricultura ha alcanzado a más de 220 000 trabajadores y las previsiones del Plan no superaban las del año anterior. Por lo visto este proceso escapa a todas las previsiones. El Plan no pasa de ser el resultado de los intereses de un grupo político bien definido y determinado por su « espiritualidad secular », pero de ninguna manera por su grado de aprendizaje y perfeccionamiento de la técnica, que difícilmente han asimilado. Entre los « planificadores » del país existe una especie de máxima veneración por la llamada planificación indicativa francesa, a la que se pretende imitar sin los más mínimos escrúpulos. Sin embargo, a la hora de establecer juicios comparativos entre nuestros técnicos y un Giscard d'Estaing, existen tales diferencias que resultaría imposible cifrarlas en términos absolutos.

Mientras que el Plan es el resultado de los intereses de un grupo político bien definido, la economía nacional, es el resultado de otros intereses —no menos seculares— de grupos mucho más diversos y complejos, dónde el primero —a pesar de sus conocidos intereses financieros— se encuentra supeditado a los grandes intereses monopolistas que sobrepasan ampliamente su esfera de acción.

El cuadro siguiente revela con enorme claridad las « desviaciones » entre la previsión y los hechos. Si estas desviaciones se agudizan en los últimos años —al continuar la crisis agrícola— el Plan se habrá hundido en el terreno de la cienciaficción y su planteamiento no será más que el esqueleto de un programa político y económico de un grupo político, cuyos miembros no pasan de ser unos « mediocres tecnócratas » y su programa económico un camino rechazado por los propios « interesados » en su funcionamiento. La incapacidad de la previsión racional —a pesar de su marcado sentido profético— es la característica dominante de los que controlan, en teoría, la planificación de los recursos del país.

M. M.



La agravación del problema de la vivienda en España

El problema de la vivienda está más que nunca al orden del día. El paso masivo de población del campo a la ciudad y el extraordinario déficit de viviendas existente, tanto en número como en condiciones de habitabilidad, se han unido para agravar la situación.

Cuando en el Censo de Edificios y Viviendas de 1950 se estimaba en un millón el déficit de viviendas en España, entre 1939 y 1960 se construyeron tan sólo 595 802 viviendas. Además, según el mismo censo, 74 % de los edificios habían sido construidos antes de 1900: 66 % no disponía de agua corriente, 91 % no tenían baño o ducha y 21 % carecían de electricidad.

Habida cuenta de la situación y previéndose profundas transformaciones en la distribución geográfica de la población, entre el conjunto de medidas « racionalizaciones del sistema », se lanzó el Plan Nacional de la Vivienda, que debía construir 3 713 900 viviendas entre 1961 y 1976, para cubrir el déficit calculado y su incremento. Los 4 primeros años de dicho plan registraron un boom extraordinario de la construcción, superando incluso las previsiones del plan, si bien es cierto que la construcción turística tuvo buena parte en ese éxito:

ANOS	VIVIENDAS PROGRAMADAS	VIVIENDAS TERMINADAS
1961	125 000	135 000
1962	140 000	162 000
1963	150 000	207 000
1964	162 000	250 000

Fuente: Ministerio de Hacienda, *La Economía española. 1964*, p. 119.

Compárese esta cifra de 754 00 viviendas en 4 años con el expuesta para los 22 años anteriores y podrá apreciarse el salto, pese a los límites que señalaremos más adelante.

Pero en una economía como la española en que la aceleración del ritmo de crecimiento se ha producido sin el menor control social y sin apenas mecanismos técnicos de regulación económica, este auge de la construcción ha creado serios problemas. Por un lado « tensiones en la mano de obra ». Por otro lado, y sobre todo, ha dado lugar a una escasez de materiales de construcción que ha determinado un alza de sus precios y obligado a un aumento

de las importaciones. Así, pese a que la producción de cemento de 1964 aumentó en casi un 25 %, el consumo que se hizo del mismo ese año (9 500 tm) obligó a importar el 15 % del cemento. Dado que los stocks de los países occidentales estaban agotados, se recurrió a la importación a partir de los países socialistas con el consiguiente recargo en el gasto de transporte de un material tan pesado. En lo referente a ladrillos, material sanitario y fibrocemento, el problema ha sido aún mayor.

El gobierno, aconsejado por la OCDE, decidió tomar medidas argumentando el déficit de la balanza comercial debido al débil aumento de las exportaciones y al fortísimo incremento de las importaciones. En efecto, el déficit, que en 1961 era de 191,8 millones de dólares pasó en 1964 a 1 001,9 millones y en septiembre de 1965 a 1 182,9 originando en 1965 por primera vez desde el Plan de Estabilización un déficit en la balanza de pagos. Y, ¿cómo no!, se acudió a cortar el auge en el sector en que, dado el carácter especulativo de la inversión y mayor margen beneficiario existente, menos perjuicio se causa al capitalista: la construcción.

¿ En qué consistieron dichas medidas ?

Sabido es que la subvención estatal a la construcción, aparte de la labor de las constructoras benéficas, se venía realizando bien por subvenciones directas, bien sobre todo a través de los préstamos estipulados por la Ley de Renta Limitada del 15 de julio de 1954. Pues bien, las órdenes ministeriales de 17 de julio de 1964 y 20 de agosto del mismo año limitan el alcance y condiciones de los préstamos, y la del 4 de diciembre de 1964 cierra pura y simplemente la admisión de expedientes de viviendas de renta limitada. En fin, por órdenes de 26 de abril y 26 de mayo de 1965, se establecen cupos provinciales de construcción de viviendas. Así, mientras en 1964 se construyeron 57 668 viviendas de renta limitada, grupo I, y 142 982 viviendas subvencionadas, los cupos previstos eran respectivamente de 30 237 y 90 709 para 1965. Al mismo tiempo, se establece un control mucho más riguroso de los márgenes beneficiarios de las empresas constructoras y se toman medidas que facultan al Estado para la congelación de alquileres.

Los efectos de tales medidas no se hicieron esperar. Ya en el mismo mes de diciembre de

1964, inmediatamente tomada la medida aludida, hubo 11 000 viviendas menos construidas que en diciembre de 1963. Aunque es pronto para la apreciación de los resultados en 1965, la conclusión del artículo dedicado al tema en el número especial de *Información Comercial Española*, sobre la coyuntura, en junio de 1965, es que « las perspectivas de evolución próxima en la actividad constructora habrán de dar, casi con toda seguridad, una tónica de ulterior debilitamiento, dadas las medidas recientemente hechas públicas por el gobierno » (p. 65).

En el caso concreto de la aglomeración de Barcelona, la situación es realmente grave. El promedio de crecimiento demográfico anual de municipios periféricos tan importantes como Hospitalet y Badalona es del 8%. En julio de 1965 se estimaba que a fines de año el déficit real de viviendas en la provincia de Barcelona sería de 166 630 mientras que sin dichas restricciones hubiera quedado limitado a 136 906. En efecto, el balance de 1965 es negativo, y el de 1966 puede ser desastroso si nos atenemos a las declaraciones del señor Martorell, delegado provincial del Ministerio de la Vivienda de Barcelona, hechas a *La Vanguardia* el 1 de enero de 1966. Según dichas declaraciones, el

número de viviendas construidas en la provincia de Barcelona en 1965 es de 43 000. Ahora bien, dado el incremento de la inmigración, estima que el número de viviendas a poner en servicio anualmente para cubrir las necesidades debe ser de 48 000. ¿1966? Pues las previsiones optimistas del Señor Martorell dan 40 000 viviendas terminadas, contando con que, dice, hay aún un buen número de viviendas de renta limitada en construcción de las de antes de cerrar el cupo, contando también con que no haya un aumento imprevisto de la inmigración y con que se construyan « muchas viviendas sin protección oficial ninguna... »

Pero ahí es precisamente el quid del problema. El frenazo en el Plan Nacional de la Vivienda tiene dos caras. La primera es el cierre de la posibilidad de subvención estatal. Suprimida la admisión de expedientes de renta limitada, aún son posibles las llamadas « viviendas subvencionadas » pero limitadas al cupo fijado. Pero ¿quién puede construir en las condiciones existentes? En efecto, R. Romo, en un artículo publicado en *Mundo Social* de 15 de mayo de 1965, hace el interesante cálculo siguiente sobre el costo de una vivienda subvencionada y el dinero a percibir por vivienda*:

COSTO DE UNA VIVIENDA	PESETAS
Vivienda de 60 m ² por 2 000 pts m ²	120 000
10 % valor solar	12 000
15 % urbanización	18 000
Honorarios arquitecto y aparejador	6 279
<hr/>	
Costo total de una vivienda	156 279
<hr/>	
CANTIDADES A OBTENER PARA UNA VIVIENDA DE 60 m ²	
Subvención de	30 000
Préstamo de 600 pts por m ² construido	36 000
Aportación del usuario	18 780
Aportación aplazada en 5 años (mínimo)	54 780
<hr/>	
Cantidad a percibir por vivienda, total	139 560

* « Se observará a simple vista —dice el señor Romo— que después de gastarse 156 279 pesetas en construir una vivienda solamente se pueden recuperar 139 560 pesetas, resultando una pérdida de 16 719 pesetas... Díganme qué entidad puede financiar así una vivienda, perder 16 719 pesetas, los intereses del capital invertido y los gastos generales de la sociedad y no hablemos si esto lo tiene que resolver una entidad no benéfica » (p. 13). Se trata, pues, de una obra de pura caridad, con todas las limitaciones cuantitativas y cualitativas que ello supone y ha supuesto en los últimos años.

Por otro lado, el sector privado ha perdido interés en construir. Según el análisis del señor Cuadra de Echaide, en el número especial de *Información comercial española* sobre la industria de la construcción (agosto de 1965), « el inversor tradicional es dudoso que se anime a colaborar ahora en la nueva política de viviendas que la Administración parece que quiere poner en línea... La solidez, la seguridad, que

constituyeron el gran aliciente de este sector de capitalización, han perdido fuerza ante la posibilidad de que el Estado eche mano una vez más a la congelación de las rentas para una contención artificiosa de los precios... El propietario prefiere esperar y derribar: es su única posible revancha » (p. 97). No se trata pues de una « liberalización económica » de la inversión en la construcción, « símbolo de vitalidad del sector privado » como quiere hacer creer el gobierno. Se trata de un frenazo en el programa de la vivienda originado por el imperativo de preservar a toda costa el equilibrio económico amenazado por la inflación y el déficit comercial.

Y aquí es donde se pone de manifiesto cuáles son los objetivos primordiales del desarrollo español actual y cuál el sistema de valores que domina todo el proceso.

Por un lado, aún si admitiéramos la prioridad de las medidas económicas anti-inflacionistas, se podría objetar: 1) gran parte del auge de la construcción se debe a la inversión inmobiliaria destinada al turismo, y no ya sólo en hoteles, lo cual representa la creación de un equipo turístico, sino sobre todo en apartamentos al lado del mar vendidos a extranjeros, lo cual como política turística supone exactamente matar la gallina de los huevos de oro, y que por otra parte, es una importante fuente de inflación; 2) muchas de las viviendas de renta limitada son objeto de especulación por parte de un propietario que no las solicita para

su uso. Así, dividiendo el número de viviendas de las memorias anuales del INV por el número de expedientes aprobados, el promedio de viviendas por expediente es de 10, lo cual muestra que sus beneficiarios, en su mayoría, son agrupaciones financieras que construyen para revender; 3) antes de dar este frenazo, hubiera sido mucho más eficaz actuar sobre otras causas de la subida de precios y de escasez del material, empezando por la práctica generalizada de la estafa entre los contratistas de obra, siguiendo por una reforma de la Ley del Suelo que corte la principal fuente de especulación (los solares), y terminando por remediar la escasa productividad de la industria de la construcción, que prevista en 40 m² de obra por hombre y año, en el Plan de Desarrollo, para 1964, de hecho no ha llegado a 22 m² en ese mismo año, debido sobre todo al escaso desarrollo de la prefabricación.

Pero sobre todo se trata de un aspecto concreto del carácter clasista del actual crecimiento económico español. Al igual que en otros países industrializados capitalistas, la vivienda no es en España una prioridad esencial, cuando aparece evidente la posición privilegiada que debería ocupar en una economía en que la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas fueran el objetivo primero del funcionamiento del sistema. Una vez más: crecimiento sí, pero para qué, para quién y hacia dónde.

J. B.

Los problemas del coste de la vida

¿Por qué existen tantas divergencias en la interpretación del aumento de los precios en 1965? ¿Cuál es la razón de una divergencia tan acusada? ¿Por qué ha habido esas cortinas de humo y esos retrasos en las publicaciones de los índices? Existen dos respuestas a estas preguntas: una puramente técnica que responde a la elaboración de índices de distinta significación, la otra respuesta es política y explica el resto de las cuestiones.

Empezaremos por las cuestiones técnicas. El Índice del Coste de Vida en España está compuesto de cinco índices parciales y de dos categorías, una nacional que incluye todo el país y otra que incluye sólo el conjunto de las capi-

tales. Los índices parciales son: Alimentación, Vestido, Vivienda, Gastos de Casa y Gastos diversos. Su importancia en la confección del Índice General es muy diversa siendo el de Alimentación el más influyente (más del 50 %).

Cada uno de los grupos se compone a su vez de una cierta cantidad de artículos que componen lo que se llama la « cesta de compra ». Estos artículos han sido los consumidos en un año, que se llama base, y que es en España el de 1955. Sin embargo, la « cesta de compra » sigue siendo representativa sobre todo para las rentas medias y bajas. Esta aclaración es importante porque, como consecuencia de las

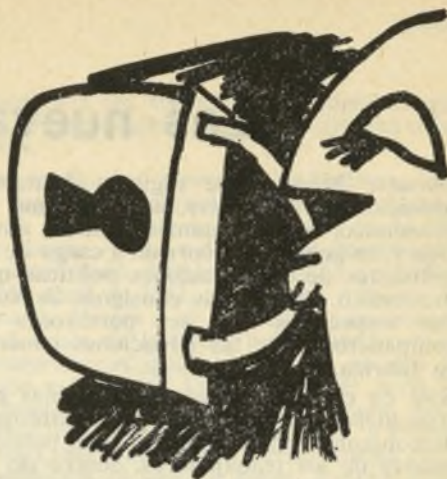
rebajas arancelarias, productos como el whisky, el caviar y el arenque ahumado han bajado de precio y es posible que el índice de coste de vida de las familias de rentas altas haya subido menos que el de las de rentas bajas. En todo caso, el índice de coste de vida actual es utilizable para discutir la pérdida de poder de compra de los salarios.

Hay, por otra parte, la distinción entre el índice para el conjunto nacional y el índice para el conjunto de las capitales. Debido al crecimiento de estos últimos y a la insuficiencia de los circuitos de comercialización, éste último crece generalmente de forma más rápida que el índice general.

Así, pues, hay una causa de indeterminación en esta duplicidad. Pero no es la única. En efecto, los índices se calculan mensualmente y para obtener el incremento del coste de la vida anualmente existen dos procedimientos: uno, calcular el incremento del índice de diciembre, y otro, calcular el incremento de una media anual respecto de la otra. Según haya sido la evolución de la subida del índice, puede existir una diferencia acusada o no entre las dos formas de medir el incremento. La comparación de los años 1964 y 1965 es un ejemplo claro de estas diferencias e indeterminaciones. El crecimiento porcentual del coste de vida de diciembre a diciembre del conjunto nacional ha sido del 9,5 % aproximadamente, pero si consideramos el conjunto de las capitales el crecimiento ha sido del 12,8 %. Por otra parte si consideramos el incremento porcentual de la media del año 1965 con respecto a la de 1964 para el conjunto nacional, este ha sido del 13,4 % y para el conjunto de las capitales, más del 14 %.

Las diferencias son, como puede apreciarse, bastante acusadas. Naturalmente según sean los intereses del utilizador así será el índice elegido. El Comisario del Plan de Desarrollo ha elegido el del conjunto nacional de diciembre a diciembre; entre otras razones porque es el más bajo de todos. Esto es comprensible como también la Orden de la Presidencia del gobierno del 24 de enero, por la cual se especifica que el índice que debe tomarse para la revisión de los convenios colectivos es precisamente el anunciado por el Comisario. Naturalmente, los sindicatos han protestado aduciendo que es ilegal la Orden por ir en contra de la Ley que regula los convenios colectivos en la cual se concede la facultad a las partes contratantes de elegir el índice de revisión que más les convenga.

Prescindiendo de los problemas legales, el hecho



es que la inmensa mayoría de los obreros industriales a los cuales afectan los convenios viven en los núcleos urbanos y su poder de compra se ha visto disminuido durante el año pasado, no por el incremento de los precios del conjunto nacional, sino por el crecimiento del coste de la vida en dichos núcleos urbanos. Más aún, por la variación en cada capital. Además han debido vivir durante todo el año y no en los meses de diciembre solamente.

En conclusión, parece ser que el índice que corresponde mejor a la pérdida de poder de compra de la mayoría de los obreros industriales afectados por los convenios colectivos es el que mide la variación del coste de la vida de la media del 1964 a la media de 1965.

Las maniobras del gobierno para que no se sepan otros aumentos de precios que el del conjunto nacional han sido tales, que han provocado la dimisión del Director General de Estadística, para el cual, ya llovía sobre mojado.

Por otra parte, según nuestras noticias, ha sido preparado un proyecto de decreto según el cual todo aumento de salarios superior al 8 % que se acuerde en un convenio colectivo invalidará automáticamente éste. No creemos que el decreto prospere como tal, pero indica sin duda una posición del gobierno que intentará llevar a cabo su propósito por todas las medias.

Mientras tanto el índice del coste de vida sigue su tendencia alcista. Es verdad que en enero de 1966 ha bajado un 0,19 %, pero en enero siempre baja el coste de la vida con respecto a diciembre y la media de éste descenso en los últimos años ha sido del 0,80 %. Las causas del crecimiento del coste de la vida siguen, pues, sin remediarse.

Las nuevas relaciones laborales

Durante 20 años de régimen franquista, la oposición obrera activa, en el terreno laboral-económico, ha sido numéricamente muy reducida y, en general, ha corrido a cargo de obreros militantes de organizaciones políticas que más pretendían cumplir las consignas de sus partidos respectivos que ser portavoces de sus compañeros o de las situaciones concretas de su fábrica.

Sólo en contadas ocasiones, surgidas por una coincidencia de factores que extremaban el descontento, pudo lograrse una participación masiva de los trabajadores, dentro del ámbito local, en huelgas o manifestaciones. Pero, en general, estas protestas no arrastraban a la masa obrera, no ya a nivel local sino tampoco a la más reducida escala de fábrica. Eran, valga la expresión, guerras de guerrillas laborales intentando siempre alcanzar la fase siguiente de la lucha. Existía la esperanza de que una acción masiva podría consolidar el movimiento en el escalón superior o de que, por medio de consignas políticas de huelga general, se pudiese llegar a él; pero unas y otras se produjeron sin alcanzar el resultado deseado (huelgas 1955-1956, llamamientos a jornadas y huelgas generales en 1959).

DE LAS REGLAMENTACIONES A LOS CONVENIOS

Llevando años de acatamiento a la forma concreta de un sistema laboral determinado, resultaba muy difícil conseguir modificarlo sustancialmente por la parte más débil cuando a la fuerte (los patronos) no le interesaba alterarlo. Luchar por un sindicato obrero, el derecho de huelga y hasta por aumentos salariales bajo esas condiciones exigía, si se deseaban unas posibilidades mínimas de victoria, niveles de organización inexistentes entonces. Hoy no se han avanzado grandes pasos en el sentido organizativo pero, en cambio, la forma del sistema laboral se ha modificado profundamente; y esta modificación ha influido de modo decisivo en el actual paso de la « guerra de guerrillas laboral » de que hablábamos antes, a la participación masiva de obreros, a niveles de fábricas y de ramas industriales, en las huelgas y manifestaciones de estos últimos años.

El sistema laboral anterior venía establecido en las Reglamentaciones Laborales, cuyas principales características consistían en que, primero,

los salarios para los diferentes sectores industriales venían fijados por el gobierno, siendo los aumentos salariales exclusiva competencia del Ministerio de Trabajo; y, segundo, la empresa no podía despedir libremente a ningún trabajador sin permiso del Ministerio de Trabajo. Es decir, las relaciones laborales eran de una total inflexibilidad correspondiendo, en la producción, a una economía cerrada con dominio absoluto de la oferta sobre la demanda.

En 1959, el desarrollo capitalista rompía este equilibrio de los años precedentes imponiendo nuevos criterios más acordes con la evolución económica del momento. El anterior sistema laboral se va modificando poco a poco: « el mercado laboral debe tener un razonable grado de flexibilidad »¹ dicen los técnicos en el primer estudio global que se hizo de la economía española. Con esta intención, los convenios colectivos sustituyen a las reglamentaciones haciendo a la vez al obrero más rentable al no aparecer ya ligado a un sueldo marcado por el Estado, sino a la productividad de su empresa.

Las relaciones laborales pasan a ser flexibles en el campo salarial y, al enfrentarse las empresas con el problema de la renovación del utillaje, los técnicos vuelven a aconsejar la misma ductilidad en el despido: « la sustitución de equipo viejo e ineficiente puede verse obstaculizada, en la medida en que los beneficios procedentes del empleo de nueva maquinaria se disipen por la necesidad de retener mano de obra, superflua a causa de dicha sustitución »². Como se ve, a partir de 1959, las dos notas más características en las relaciones laborales del período anterior —inflexibilidad salarial y prohibición del despido— se transforman en su contrario por exigencias del neocapitalismo. Esta rápida modificación, y las consecuencias que trajo consigo, fueron la causa motor de todos los conflictos laborales desde 1962, como a continuación explicaremos.

DE LA PROHIBICION A LA LIBERTAD DE DESPIDO

La nueva etapa económica, orientada hacia el mercado europeo, implicaba la expansión y modernización de la empresa como medios para conseguir la propia supervivencia y los beneficios; la productividad era la tabla de salva-

1 y 2. Informe del Banco Mundial, 1962.

ción. Los convenios colectivos se establecen con esta intención, pero no bastan; tan imprescindible como éstos era, para el neocapitalismo la libertad de despido. No podían existir niveles óptimos de productividad mientras no se echara de la fábrica a los obreros sobrantes. Este era el «razonable grado de flexibilidad» que los técnicos americanos del Banco Mundial aconsejaron a los empresarios y al gobierno español.

Pero a causa de la situación laboral precedente, tan prohibitiva en materia de despidos, se hacía difícil una modificación radical de la noche a la mañana. Por otro lado, los empresarios eran conscientes de que no podrían conseguir la libertad de despido si, al mismo tiempo, no se concedía a los obreros el derecho de huelga, al menos en su apariencia legal. La libertad de despido ha sido para los patronos un proceso lento, más de hecho que legal, a cuya finalidad estaban encaminadas medidas en apariencia tan diferentes como las siguientes: 1. Seguro de paro (modificación año 1961); 2. Los (falsos) «expedientes de crisis» de las empresas; 3. El truco de la firma de contratos de trabajo temporales; 4. Facilidades para la emigración masiva a Europa; 5. Utilización de los conflictos laborales para dar cartas de baja a los obreros; 6. Legalización parcial del derecho de huelga.

Como vemos, el camino para justificar y llegar al despido ha sido tortuoso, debido a las presiones de sectores ultras —todavía influyentes en el régimen— y al miedo constante del gobierno a los cambios bruscos. Creo que con la aprobación (controlada y discrecional) de la huelga en diciembre último por las Cortes, estarán al caer nuevas normas otorgando mayor «flexibilidad» en materia de despidos. Habrá que esperar a la renovación de los próximos convenios colectivos para calibrar su alcance.

UN CAMBIO ESTRATEGICO: EL NEOCAPITALISMO

Para los trabajadores, la alteración más profunda en las nuevas relaciones laborales, que sirvió para romper el equilibrio y *status* obreros-empresarios existente en 1938-1959, apareció con los convenios colectivos. El auge del desarrollo económico trajo consigo no la adopción de una nueva táctica económica-política más, sino un verdadero cambio estratégico: el del neocapitalismo español; que, lógicamente, tenía que empezar afectando las formas de las relaciones capital-trabajo. Hasta entonces, toda la evolución económica se había desarrollado siempre dentro del mismo marco jurídico-labo-

ral impuesto a los trabajadores, mientras que a partir de aquí nuevas normas sustituyen a las anteriores.

De este modo, los convenios colectivos, que inician las negociaciones obreros-empresarios dentro de la empresa, se convierten en la válvula de escape «legal» de todo el descontento obrero acumulado durante los años precedentes. Desde abril de 1962, cuando los mineros de «Fábrica de Mieres», al ir a cobrar su primer salario después de la firma del convenio colectivo, comprobaron que el aumento no era lo prometido e iniciaron lo que después sería la mayor huelga bajo el franquismo, hasta hace unos días en que los obreros de «Frenos Iruña, SA», de Pamplona, hicieron huelga total de tres cuartos de hora y luego, durante días, de trabajo lento porque la firma del nuevo convenio provincial del metal les absorbía las 20 pesetas de incentivo, bajándoles con ello la prima, todos los conflictos laborales desde 1962 han sido motivados, directa o indirectamente por los convenios colectivos.

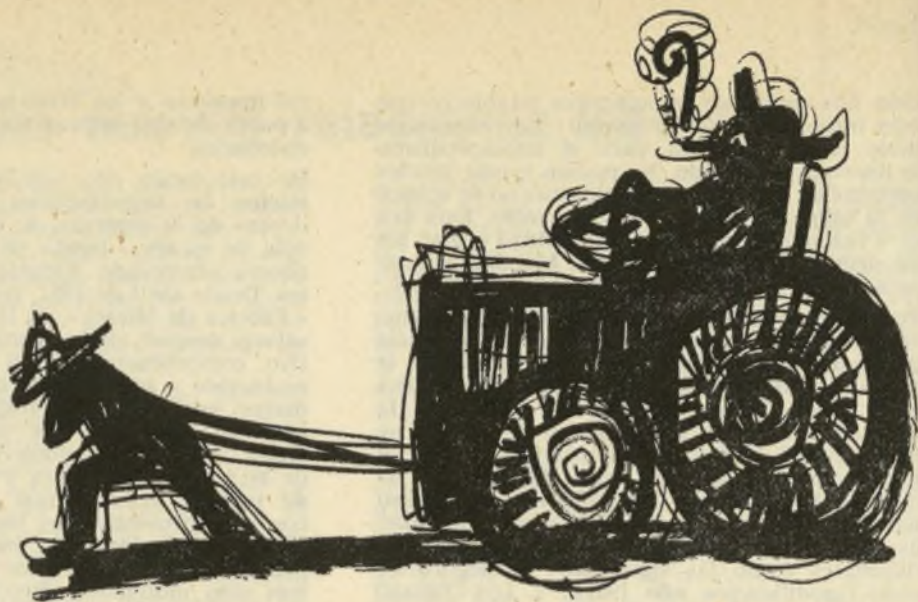
LA PRODUCTIVIDAD Y LOS SALARIOS

Los aumentos salariales conseguidos gracias a los convenios han sido importantes (una media aproximada de un 15%), pero siempre fueron concedidos por las empresas a cambio de una mayor productividad. Esta relación entre productividad y aumentos de salarios ha sido la preocupación de nuestros economistas durante estos años. La opinión más generalizada entre ellos, es que la productividad no ha alcanzado el ritmo óptimo buscado con los convenios. Para unos, el error está en la «generalización y profusión» con que han sido aplicados, lo cual: *...ha permitido se extienda (el sistema de convenios) a sectores que por circunstancias estructurales no han logrado aumentos adecuados en su productividad, originándose desequilibrios que tienden a agravar la situación crítica que ya padecían, a la vez que originan un efecto de traslación a través de los costes a la generalidad del sistema³.*

Mientras que para otros, la solución del problema consiste en despedir obreros:

Las esperanzas puestas en el sistema de convenios colectivos, en el sentido de que su aplicación extensiva conduciría a importantes aumentos de productividad han quedado completamente defraudadas por la realidad. Sin posibilidad de imponer un verdadero clima de sana disciplina laboral por falta del derecho de

3. Estudio Económico, 1964, Banco Central.



despido, a los aumentos de los salarios pactados en los convenios no han correspondido generalmente aumentos proporcionales en la productividad por obrero. La clave del problema reside en la actual inexistencia del derecho de despido que tiene una influencia decisiva en el rendimiento.

Parece demasiado simple reducir así el problema y hacer depender la productividad exclusivamente de la mano de obra con olvido de otros factores. Así, una mayor agilidad en la rotación del capital invertido, de las materias primas, stock, etc., habrían compensado en gran parte estos aumentos salariales. Por otro lado, el hecho cierto es que la producción ha subido sus índices (sin bajar los precios) en todas las ramas industriales y que los dividendos siguen superando siempre al año precedente.

LA NECESIDAD DE UN SINDICATO OBRERO

Cerca de millón y medio de empresas y de seis millones de trabajadores —el 65% de la población laboral— están afectados hoy por los convenios colectivos. Para todos estos obreros, el sindicato ha cobrado una capital importancia al convertirse en protagonista de la regulación de las condiciones laborales⁵, antes competencia exclusiva de la administración

4. Estructura Económica de España, Ramón Tamames.

pública. Y los trabajadores echan de menos, en la defensa de sus intereses económicos, un sindicato obrero que negocie y les defienda en la contratación colectiva. Las huelgas y manifestaciones han expresado y popularizado esta necesidad apremiante para la que ya no es soportable un sindicato (el oficial) meramente asistencial.

La lucha por la libertad sindical, la formación de comisiones obreras, la OSO, las ASO, los intentos de los sindicatos Verticales por adaptarse en horizontales con la creación, hace meses, de Consejos separados de trabajadores y empresarios⁶, la modificación del artículo 222 del Código Penal, etc., no son más que consecuencias y constataciones de este profundo cambio en las relaciones laborales, que tan poca atención y tan escasos análisis y explicaciones ha merecido por parte de las organizaciones políticas del país.

E. G.

5. Por medio de los convenios, los sindicatos han negociado en las siguientes materias: retribuciones, normas sobre productividad, clasificación profesional, valoración de puestos de trabajo, incentivos a la producción, regulación de pluses especiales, horarios de trabajo, vacaciones, accidentes, enfermedad, jubilaciones... Los patronos se han negado a discutir los anteproyectos obreros que incluían participación en beneficios y reducción de la jornada de trabajo.

6. Que para Solís no son síntomas de regreso al horizontalismo, «sino la adecuación de la estructura representativa a la fisonomía socioeconómica de nuestra sociedad» (Solís, Discurso en el pleno de las Cortes, 20 de diciembre de 1965).

From "Time" to "Time"...

From time to time: de vez en cuando. O lo que va de ayer a hoy. Es decir —es un decir— de un *Time* a otro.

22 de junio de 1962: en cubierta del semanario norteamericano de esa fecha y título un retrato de Don Juan de Borbón luciendo un extrañísimo uniforme (el de la Orden de la Maestría y de Ronda, según nos ilustra el editorialista) y cruzado en la esquina superior derecha por una banda negra con esta inquieta leyenda: «ESPAÑA: Todo el mundo espera».

21 de enero de 1966: esta vez aparece en la portada el general Franco, de paisano, con los rasgos envejecidos (¿ennoblecidos?) por el retratista, quien ha añadido a su obra un fondo simbólico cargado de «intención»: un viejo tronco de olivo, al que le han brotado ¡oh milagro español! numerosas ramas verdes y lozanas. Y en la banda de la esquina, ahora sobre fondo blanco, la frase tranquilizadora: «España mira hacia el futuro».

Entre ambos números de *Time* han transcurrido tres años y medio. En ese lapso de tiempo han pasado muchas cosas. En España, en los Estados Unidos y en el mundo. Y, naturalmente, algo «le ha pasado» también a la influyente revista de la derecha norteamericana para que de uno a otro número haya cambiado tanto. ¿Tanto? Veámoslo a través de sus mismas páginas.

A mediados de 1962 los republicanos norteamericanos, representados por los Luce, es decir, por *Time*, parecen preocupados por el futuro español y dispuestos a apuntarse a lo que venga... «El fin de la era de Franco en España está cercano... existen una fermentación y una inquietud que indican próximos cambios.» Así comenzaba el artículo de fondo consagrado a España; o, mejor dicho, a Don Juan de Borbón «el hombre con las mejores posibilidades» de cara al porvenir. (Además del retrato de la portada, dos fotos de Don Juan, de marino simpático, en el interior.) Por tres veces es calificado Franco de «dictador» (foto de Franco, de uniforme militar, pronunciando un discurso «con su habitual voz atiplada» ante una concentración de «veteranos de la guerra civil»).

Durante la primavera de 1962 han estallado huelgas en Asturias, Bilbao y Barcelona. «En total, 100 000 españoles de otras regiones aban-

donaron el trabajo por simpatía hacia los 60 000 huelguistas asturianos»; «muchos de ellos escuchan a través de Radio España Independiente... las arengas de la Pasionaria, «la leyendaria amazona roja de la guerra civil»; mientras los Sindicatos (oficiales) constituyen «esa indigesta reliquia del fascismo», la HOAC «representa la reserva de la Iglesia ante la posible caída de Franco» (foto del cardinal Pla y Deniel con este pie: «Ni en contra, ni a favor»).

A primeros de junio se ha celebrado la reunión de Munich (foto Gil Robles, pie: «No la revolución, sino la evolución») cuyas conclusiones —«inocuas para cualquier otro país occidental»— fueron «en España dinamita: establecimiento de instituciones democráticas basadas en el consentimiento de los ciudadanos españoles, derecho de huelga de los trabajadores y libre organización de partidos políticos».

En fin, a pesar de la ayuda americana (503 millones de dólares en diez años) y el turismo (foto bañistas en Mallorca con bikinis), España todavía es un país atrasado (foto niños del suburbio de Madrid, semidesnudos, pero sin bikinis); «los automóviles son para los ricos», mientras las «ruidosas hordas de *scooters* que circulan por las calles constituyen el mejor índice del progreso general de la nueva clase media que se forma lentamente en España.»

Y como conclusión —puesta en boca de «intelectuales liberales o democristianos no monárquicos», pero que hay que suponer que constituyen la conclusión de *Time*-1962— la única solución «como fuente de estabilidad» consiste en «la restauración de la monarquía». (Pido perdón al lector por esta larga y desconsolada reseña. Y por la que sigue. Pero no veo otro modo de presentar objetivamente el «ambiente» de unos artículos que reflejan la actitud y las opciones de un grupo de presión ideológica, política y económicamente tan importante como el que se manifiesta a través de las páginas de esa revista.)

En enero de 1966 todo ha cambiado. Pero no precisamente en el sentido previsto —¿de-seado?— por *Time* en 1962. «España, un país que despierta». «Hemos pasado de la noche a la mañana de ir con zapatos a los embotellamientos de tráfico, dice un banquero conserva-

dor de Barcelona ». « Todo está cambiando en España, afirma el industrial Eduardo Barreiros, en una conmoción de arriba abajo y de los pies a la cabeza ». En 1962 *Time* reproducía estas palabras —no asustarse— del « brillante filósofo Salvador de Madariaga, el famoso ministro y diplomático republicano español » pronunciadas en la reunión de Munich: « España quiere pertenecer a Europa, pero antes los españoles deben poseer su propio país »... Ahora *Time* recoge y hace suyas las opiniones de un banquero conservador (¿ cómo no iba a serlo, el pobre ?) catalán o del industrial señor Barreiros, el afortunado *self-made man* del Régimen, que ha pasado brillantemente de la protección nacionalista del Pardo a la internacional de la Chrysler...

El equipo redaccional de *Time*, con toda la eficacia periodística de que es capaz, nos ofrece en su reportaje el *new-look* de España: las viejas estampas de bailarinas y toreros, de borricos y molinos de viento son reemplazadas por el desfile vertiginoso de los nuevos tópicos del desarrollo, aplicados al país « que el año pasado rebasó el fatídico límite de los 500 dólares de renta *per capita* que separa a las naciones ricas de las pobres »: el 40 % de las familias españolas poseen televisión, la producción en cadena de 170 000 automóviles en siete fábricas será doblada el año próximo, Madrid cuenta con el mayor supermercado de Europa y posee tres garages subterráneos, uno de ellos con cuatro niveles bajo tierra y, colmo de los colmos, « la siesta está desapareciendo porque... el español no tiene tiempo para ella ». De todo este cambio « el más sorprendente es el propio Franco », « el rechoncho general gallego (5 pies y 3 pulgadas de altura) que desde hace 30 años es Caudillo —literalmente comandante o jefe— de España por la Gracia de Dios ». Franco no es ahora el *dictador* que era en 1962, sino « un ávido deportista... con una notable vitalidad... que todavía puede trepar peñas arriba tras las cabras montesas, matar 300 perdices en un día y pescar durante horas con agua hasta las caderas en los helados ríos de las montañas de Asturias ». De igual modo Solís no es ya « el jactancioso *boss* (patrón) de los Sindicatos » de 1962, sino « el político más listo (¿ vivo ?) del país, orador infatigable que adora besar a los niños ». Pero el cambio de tratamiento más notable y significativo es el que se aplica al Opus. En 1962, a pesar de llevar ya cinco años en el poder, al Opus Dei, « una orden laica semisecreta cuyos miembros hacen votos de obediencia, pobreza y castidad », lo despachaba *Time* en poco más de una docena



de líneas; en 1966 ocupa con todos los honores nada menos que columna y media, en la que se ofrece a los siete millones de lectores de la revista la versión habitual que los miembros del Instituto suelen oponer a los detractores del mismo. Con la no menos habitual confusión: « No está probado realmente que el Opus Dei tenga fines políticos. Si algunos de sus miembros ocupan puestos en el gobierno de Franco, otros, como el demócrata cristiano Florentino Pérez Embid y el monárquico liberal Rafael Calvo Serer son destacados oponentes del régimen... Precisamente por esta razón el Opus Dei se ha convertido en un factor tan importante para la política española. Sus miembros figuran en todos los movimientos políticos importantes, excepto en los de la extrema izquierda. Y es de suponer que ocuparán posiciones de autoridad en cualquier gobierno que eventualmente suceda a Franco ». ¿ Está claro ? Tanto, que esas frases encierran a nuestro juicio, la *clave* del artículo. En 1962 *Time* jugaba la carta *liberal* de Don Juan.

Y se equivocó. Hoy juega claramente la carta del Opus y sólo el tiempo nos dirá si esta vez acierta. Pero la cosa es para nosotros los españoles mucho más importante que una simple apuesta. Sería ingenuo creer que *Time* es una revista independiente. Habrá que preguntarse, por lo tanto, por la significación de

este número de enero de 1966. Por lo que esconde o, mejor dicho, por lo que revela.

Según *Arriba* (25 de enero de 1966) « los periodistas norteamericanos establecidos en Madrid calculaban que el reportaje había costado unos doce millones de pesetas ». Ni los servicios del señor Fraga ni siquiera el *Opus* pueden permitirse destinar una suma semejante a « patrocinar » ese alarde propagandístico. (*Time* anuncia que realiza en ese número un nuevo esfuerzo editorial consagrando un cuadernillo de ocho páginas de espléndidas fotos en color a distintos aspectos de la España moderna.) Por otra parte están lejos los tiempos en que Lequerica se dedicaba a comprar pintorescos senadores norteamericanos como Pat McCarran para formar el *lobby* español del Congreso. La cuestión se plantea, pues, en un contexto estrictamente norteamericano. Bastará para comprobarlo recorrer las demás páginas de los mismos números que comentamos. En 1962 el artículo dedicado a la política interior estaba consagrado al discurso que pronunció el presidente Kennedy en la Universidad de Yale. El artículo criticaba la « mitología » de la Nueva Frontera e ironizaba sobre los intelectuales del *brain-trust* presidencial, los Galbraith, Sorensen y Schlesinger. Decididamente los hombres de negocios americanos estaban contra la política fiscal de la Administración. Y *Time*, sensible a esa corriente poderosa, estaba también contra Kennedy. Pero al mismo tiempo, en la política exterior el kennedysmo marcaba el inicio de una nueva orientación inspirada por aquel grupo de intelectuales y, reflejando en eso la tradicional dicotomía entre la política interior y la exterior de los Estados Unidos, *Time* apoyaba en España una política liberal, que esperaba que podría salir de Munich y ser protagonizada por Don Juan...

En su número de enero de 1966 *Time* comenta favorablemente el mensaje de Johnson sobre el estado de la Unión, sin permitirse la menor ironía sobre el nuevo mito de la Gran Sociedad. Estamos en plena guerra del Vietnam. Y *Time* aprueba sin rechistar los nuevos impuestos para sostener aquella guerra y defiende calurosamente la política militar de McNamara y el nuevo presupuesto de defensa presentado por éste, que asciende a 58 000 millones de dólares... Porque la guerra ofrece excelentes perspectivas para los hombres de negocios americanos y *Time*, sensible, etc., etc., está hoy patrióticamente detrás de Johnson. Y apoya en España la política tecnocrático-autoritaria del *Opus Dei*, porque « el supremo interés patriótico » ha suavizado aquella dicotomía. *Tout se tient.*

Una vez puesta de manifiesto la *inspiración* de ese importante artículo que comentamos, se calibra mejor la gravedad del asunto. Se trata de una opción importante. Los españoles debemos saber a qué atenernos respecto de la política americana. O, por lo menos, del sector hoy mayoritario que refleja *Time*. Convendrá por ello meditar detenidamente esas palabras que, a modo de conclusión, cierran el reportaje de *Time*:

« La verdadera democracia en el sentido occidental acaso no se vislumbre aún en el horizonte, porque Franco cree —y muchos de sus enemigos coinciden con él— que los españoles son tan fuertes de carácter que necesitan una *mano firme* que los mantenga en la línea. El temor está en que Franco desaparezca antes de haber puesto su casa en orden... (Pero) si Franco vive lo suficiente y actúa con rapidez y si la economía sigue poniendo sus huevos de oro, el futuro de España será, de verdad, brillante. Por eso es tan importante que el actual « boom » continúe. Unos cuantos años más de creciente prosperidad podrían inculcar fácilmente el sentimiento de un bienestar general sobre el que, al fin, la anarquista España podría basar su madurez política ». (Los subrayados son nuestros y del lector avisado.) No puede resumirse mejor, ni en menos palabras, el desideratum del neocapitalismo español y el de su más poderoso aliado... bueno, no seamos hipócritas, digamos, sencillamente, de su amo. Que a veces se considera también amo de España. O de una parte de su territorio. Por ejemplo, de Palomares. Pero esa es otra historia.

F. F.



Machado : el mejor homenaje

Para el día 20 de febrero estaba anunciado, en el pueblo de Baeza, un homenaje nacional a Antonio Machado. Para ese día estaba anunciado, y autorizado, un programa de discursos, alcalde local incluido, de descubrimiento de lápidas y de recital poético a cargo de Fernando Fernán-Gómez, Francisco Rabal y Fernando Rey, ante el monumento a inaugurar: la cabeza en bronce del poeta, original de Pablo Serrano.

Para el día 20 estaban convocados en Baeza escritores, artistas, profesores y todos los admiradores del poeta muerto en el exilio en el Sur de Francia que quisieran agregarse y hacerse solidarios con sus palabras, sus silencios y sus actos, su magisterio y su ejemplo. Y estaban convocados por los nombres de Vicente Aleixandre, Dionisio Ridruejo, Alfonso Sastre, Antonio Buero Vallejo, Jesús López Pacheco, José Antonio Maravall, Joan Fuster, José L. Aranguren, Salvador Espriu, José M. Castellet, Dámaso Alonso...

La víspera, una nota de origen incierto anunciaba en algunos periódicos la suspensión del acto, pero la mayor parte de quienes habían decidido su asistencia al homenaje se encontraban ya en camino. Se iba desde Madrid, desde Barcelona, desde Valencia, desde La Coruña, desde Bilbao, desde Sevilla...

Quince kilómetros antes de Baeza, la guardia civil —que una vez más « tiene, por eso no llora, de plomo las calaveras »— armada con metralletas corta las carreteras y detiene a los autocares; en los primeros momentos permite el paso a los turismos, aunque tomándoles la matrícula. Todas las carreteras que conducen a Baeza están cortadas; el pueblo, como en estado de sitio. El peligro es grave, se va a recitar a Antonio Machado, se va a evocar a Antonio Machado. Y con Antonio Machado, en la presencia de sus versos y de su recuerdo, se va a pasear por la Baeza en cuyo instituto enseñó francés.

Los automóviles pasan, los viajeros de los autocares emprenden una marcha a pie, la larga y simbólica marcha de la cultura española, y se establece un servicio de turismos que van y vienen transportando caminantes; dos mil quinientas personas en total, quizá tres mil, que el día 20 de febrero se han presentado de todas formas en Baeza. Buen homenaje.

Pero hay muchos más que no han conseguido atravesar el círculo policiaco, la pesada cuaren-

tena que rodea la ciudad contagiada de Machado, infectada de Machado, podrida de Machado casi podría decirse. Todavía el diario *Jaen* anuncia el mismo día 20: « Hoy, Baeza rendirá un homenaje a Machado ». Y tiene razón pese a las apariencias.

En el pueblo se organiza un largo desfile silencioso hacia el lugar donde se ha emplazado el monumento. Antes de llegar a él, un cordón de Policía Armada impide el acceso. Varios participantes avanzan hasta los agentes para pedir una explicación, que la policía les niega. Se presenta el teniente que manda la fuerza. Se le pide a él la explicación de lo que sucede. Y el teniente a su vez pide refuerzos. Lo que también es una respuesta.

Los responsables del homenaje insisten. El teniente dice que el acto está suspendido y que tiene órdenes de que nadie pase de allí. Se ruega ahora que haga llegar a alguna autoridad el deseo unánime de que acuda a aclarar lo que sucede a tanta gente como se ha desplazado hasta allí, que necesita algo más que la oposición de un guardia para continuar con los actos anunciados. El teniente se sigue negando. El teniente no lo dice pero se adivina que aun juzga excesivo que sea él y no un furriel quien responda a los intelectuales. El teniente amenaza con dar una carga. Los asistentes aprietan filas y manifiestan su decisión de esperar allí la llegada de alguna autoridad que dé una explicación conveniente. Convocatorias, publicidad, viajes, personalidades desplazadas, miles de personas movilizadas para el acto merecen, le responden, algo más serio que la negativa de un guardia de la porra.

El teniente da un paso atrás y toca un silbato. Los policías se alinean y se preparan para cargar. El teniente recita un párrafo referente a una « contravención de la ley de orden público » y anuncia que al tercer toque de silbato la policía cargará. Los asistentes se cogen estrechamente de los brazos dispuestos a mantener su decisión de esperar allí una explicación civil de la suspensión.

Tres toques de silbato. La policía se digna usar de la cabeza y por lo tanto embiste, como ya profetizó el poeta. Comienza la carga. Hay al principio una ligera vacilación pero el teniente saca la pistola y grita: « ¡ Carguen, carguen ! » Un policía de la Brigada Político-social también esgrime su pistola y también grita, fuera de sí,

descompuesto de rabia : « ¡ Carguen, carguen ! »
Lo demás es violencia solamente. Una violencia física consecuencia lógica de la brutalidad intelectual que se ejercía. Los policías cargan sin ninguna vacilación ahora. La multitud les llama asesinos ; hay mujeres y niños, algunos lloran. Hay quien trata de escapar, pocos, del círculo cerrado sobre el que se golpea como intentando hacer saltar la coraza de solidaridad que les defiende. Los que corren son perseguidos individualmente ; los que se mantienen, golpeados con brutalidad, en una orgía de violencia sin contrapartida pues sólo algunos hacen frente.

La gente, en masa, tras un recorrido de dos kilómetros, desemboca en la Plaza Mayor en un ambiente de cólera, exasperación y terror. Algunos se refugian en bares y cafés de donde la policía los expulsa violentamente a la calle donde son recibidos con nuevos golpes en un círculo cerrado del que parece imposible escapar. Se efectúan muchas detenciones y luego comienza el rastreo para expulsar del pueblo, o detener, a todos los asistentes al homenaje.

El pueblo asiste atónito a los golpes, a las persecuciones y a los insultos que acompañan la persecución. La policía armada va empujando hacia los coches y forzando la marcha de cuantos pueden. Los que no disponen de automóvil son cazados en cualquier lugar donde se encuentren, vapulados, insultos nuevamente, alejados del pueblo como sea. Por las carreteras de acceso huye una caravana de vehículos y los que llegan al pueblo próximo de Ubeda ven que en el cuartel de la Guardia Civil los oficiales esperan la orden para acudir con refuerzos. Y así se desarrolló el homenaje a Antonio Machado en Baeza, Jaen, el 20 de febrero de 1966.

Así fueron detenidas veintisiete personas, entre las cuales José María Moreno Galván, Pedro



Caba, el editor Manuel Aguilar, los pintores Cortijo, Ripollés, Urculo..., el poeta Carlos Alvarez, Alfredo Flores, abogado, Pedro Dicenta, maestro, Ramos Herranz, ingeniero, Roberto Puig, arquitecto, etc.
Así lo vieron testigos presenciales.

Después... la prensa española no ha hecho comentarios, buen ensayo general de libertad de prensa. Las agencias extranjeras han dado poca información y la mayoría a través de la nota oficial del Ministerio. Más una agencia norteamericana que presentaba los hechos como una pelea entre dos grupos, lo que había obligado a la policía a intervenir para restablecer el orden.

Machado ha tenido un buen homenaje. Con todos los elementos rituales de la España que tuvo que dejar por el exilio. El homenaje de la inteligencia y la buena voluntad por una parte ; el de la España cerril que él conocía, por la otra. Machado ha tenido la segura confirmación de que no se equivocó, de que ni su exilio, ni su muerte, ni su permanente lección anterior, fueron errores. Machado tenía razón y la sigue teniendo. Y a lo que Machado se enfrentó hoy seguiría enfrentado. Las cosas no han cambiado tanto, está a la vista.

CORRESPONSAL

Luciano Rincón : «Mañana», crónica anticipada

En su libro : *Mañana - Crónica anticipada**, Luciano F. Rincón intentó una empresa dificultosa y osada. Sa ha propuesto, y ha ejecutado, una combinación a la vez de cienciaficción y de análisis político parcialmente anticipatorio, de estructura novelesca y de técnica periodística. Esta audacia implica, como es fácil ima-

ginar, a la vez, riesgos ciertos, la posibilidad de fracasos, desniveles y certeros aciertos. Puede adelantarse ya, sin embargo, que, desde mi punto de vista, algo de todo eso ocurre en el libro de Rincón, pero también que el saldo de

* Ediciones Ruedo ibérico, París, 1965. 280 p. 16,50 F.

la experiencia es netamente positivo, y habla mucho y bien de lo que el autor puede hacer en lo sucesivo.

Ante todo, algo sobre el contenido concreto de la obra. La autocalificación del título: « crónica anticipada », dice ya bastante, y el autor lo aclara más aún en un breve prólogo. Como la antigua astrología, como las profecías de los hombres iluminados — como, agrego, las Utopías del Renacimiento —, la cienciaficción y los relatos de anticipación son una forma de respuesta variablemente crítica ante el mundo y el tiempo propios; responden siempre al anhelo eterno del hombre por percibir y comprender el desarrollo posible y probable de la realidad, a partir de la estructura y la dinámica del universo en que se vive. La diferencia específica, en la obra que nos ocupa, es que la « crónica de cienciaficción » es concebida como « novela de personajes reales y crónica de hechos que quizás sucedan, que si nos empeñamos sucederán »; a la vez, testimonio, diagnóstico y advertencia, teñido todo de una angustia que sólo la deliberada frialdad aparente del estilo disimula apenas.

Se inicia el libro con la entrada en España, en fecha futura pero próxima — con una masa de inmigrantes peninsulares como especie de sombrío coro —, de Roy Ballard, periodista norteamericano. Llega éste enviado por la revista *Life*, y patrocinado por la Casa Blanca de Washington, en misión muy específica: buscar en España las razones concretas de la necesaria victoria final sobre el comunismo. Impactado por su visión particular de una España que desde 1936 ha demostrado cómo se combate y triunfa, de un mundo anticomunista claro y contundente, Ballard « descubre » un principio redentor: es imposible y peligroso tratar de vencer el comunismo por el diálogo y persuasión, porque no es realmente un enemigo racional ni científico, ni es en el fondo una ideología susceptible de confrontación y destrucción por la fuerza de una ideología opuesta y superior. No es una filosofía ni una mística, sino un simple reflejo emocional del resentimiento y la no adaptación.

Este hallazgo es lanzado en escala planetaria, por la super-máquina de los medios publicitarios de masa, y es punto de partida de una Cruzada, a cuya cabeza se colocan prontamente los líderes y grupos del neofascismo norteamericano, con la tolerancia impotente o la complacencia disimulada de muchos honrados y prominentes liberales. Se proclama la nece-

sidad del uso de la fuerza desnuda y total, como arma suprema para erradicar al enemigo del mundo entero. Pero también se recurre a medio millar de especialistas en filosofía, teología, ciencias sociales, que tras estudiar y tratar de determinar en equipo qué es realmente el comunismo, terminan por inhibirse de un pronunciamiento concreto. Se encarga entonces a un destacado profesor inglés, Olivier Mansfield, para que, con medios ilimitados dirija una investigación más profunda y concreta, con miras sobre todo a la obtención de resultados operativos.

Mientras el nuevo equipo científico comienza sus tareas, una ola de violencia reaccionaria va cubriendo a Estados Unidos, empezando por la despiadada persecución de los negros, hasta culminar con el triunfo electoral de los reaccionarios que encaraman a Nixon y Goldwater a la suprema magistratura del país. El triunfo es celebrado por una primera masacre sureña de la gente de color, incluso el asesinato de Martin Luther King, la designación del general Walker (John Birch Society) como secretario del Interior, y un solemne *Te Deum* del Cardenal Spellman. No tarda en pasarse a la creación de campos de concentración para toda la población negra de Estados Unidos, considerada culpable de ser un reservorio colectivo de resentimiento, de no aceptar su destino, de abrigar un potencial revolucionario amenazador; en breve, ser negro equivale automática y fatalmente a ser comunista. Los grupos de seguridad paraestatales de la John Birch Society se vuelven omnipotentes para la represión indiscriminada contra negros, comunistas, liberales o inconformistas de todo tipo. El mismo Nixon, desbordado y atemorizado por la ola reaccionaria, no osa resistir a las presiones extremistas encabezadas por el general Walker, que lo amenaza veladamente con invitarlo a un homenaje en la memorabilia ciudad de Dallas. La ola de reacción y violencia trasciende a Estados Unidos, y se extiende a los países del Tercer Mundo y a las nacionales capitalistas avanzadas, incluso el Vaticano; y los regímenes militaristas y fascizantes se imponen rápidamente en todas partes.

La tercera guerra mundial como cruzada anticomunista de exterminio total parece inevitable e inminente, cuando el profesor Mansfield logra un descubrimiento sensacional, que cierra el ciclo abierto por el periodista Ballard: el comunismo no es una ideología, ni una simple maquinaria de odio y subversión, sino una enfermedad de origen bacilar, que produce un pequeño tumor cerebral, y es combatible por

medios estrictamente medicinales. Se inventa la vacuna contra el «bacillus marxis», se encarga su fabricación en gran escala a un supermonopolio norteamericano (vinculado a la John Birch Society), y se la aplica de modo masivo y compulsivo en Estados Unidos y en el mundo entero. La operación es un éxito: el comunismo desaparece rápidamente del planeta, incluso del bloque soviético y de China. El capitalismo se impone definitivamente en un mundo pacificado y adaptado a su suerte. Hasta España pone en libertad a todos sus presos políticos, recuperados para la civilización occidental y cristiana.

Súbitamente, sin embargo, los problemas reaparecen. La producción militar, elemento motriz y válvula de escape del sistema, se paraliza por falta de objetivos, y amenaza con desencadenar la crisis generalizada. Se multiplican los conflictos que crea la falta de un enemigo para una civilización que se agota, que necesita para su supervivencia del excitante y de la coartada de un enemigo ahora ausente. Los obreros y los sumergidos recuperan su capacidad de reivindicación y de subversión eventual. La arbitrariedad policiaca y militar se mantiene por doquier, pese a su aparente falta de necesidad.

Será preciso retroceder, rever las medidas, reinocular el comunismo, para estimular la producción de armamentos, justificar la represión persecutoria de todo intento renovador, y elevar las cotizaciones bursátiles. El proceso recomienza, con un gran interrogante que planea sin respuesta en las páginas finales:

¿Y mañana, qué?

Los aciertos de la obra son múltiples: planteo de interrogantes desgarradoramente actuales; esbozo de un futuro que puede ser el nuestro; lúcido reflejo de los problemas y opciones que ya son de hoy; permanente dialéctica de lo individual y lo colectivo; hábil utilización o vivida recreación de diálogos, textos periodísticos y gubernamentales, opiniones de personalidades representativas; el alerta angustiado y clarividente que permea cada línea.

Las fallas son inherentes a una tentativa de este tipo. El proceso que se despliega parece ser a veces una extrapolación mecanicista de algunas de las fuerzas reaccionarias que ya operan, sin que los opositores y víctimas de aquéllas parezcan tener la misma entidad ni una mínima capacidad de reacción y contraataque. Algunas caracterizaciones de fuerzas colectivas y de individuos parecen algo caricaturales. Las líneas y planos del relato no siempre han sido seleccionadas con rigor y equilibrio suficientes; y hay páginas visiblemente prescindibles.

De todos modos, repito, el saldo es positivo. Un acto de lucidez e incitación, de rebeldía realista y de denuncia sobria pero vigorosa, vale siempre más que el conformismo cómplice o el optimismo fácil. Pese al silencio deliberado, a la indiferencia inconsciente, a la falta momentánea de eco, Luciano Rincón haría muy mal en desalentarse y en no persistir en el buen camino iniciado.

M. K.

La redacción de las notas precedentes ha estado a cargo de: Jordi Blanc, Corresponsal, Lorenzo de los Ríos, Francisco Farreras, Enrique García, M. García, Marcos Kaplán y M. Martínez.

Cuadernos de Ruedo ibérico presentan hoy a los lectores de lengua española algunos de los más interesantes textos publicados en los últimos años sobre el problema de la estrategia socialista en el capitalismo desarrollado.

Los ensayos de Herbert Marcuse y Serge Mallet recogen la intervención de ambos autores en el debate celebrado en Korcula (Yugoslavia), en el verano de 1964, sobre el tema de « las transformaciones del carácter y el papel de la clase obrera », en el que participaron destacados pensadores marxistas de Europa, Estados Unidos de América y países socialistas.

El artículo de Lelio Basso ha sido publicado, junto con los de Marcuse y Mallet en el número 8 de la Revue Internationale du Socialisme (Roma, marzo-abril 1965). Las traducciones han sido realizadas a partir del texto francés de dicha revista.

Herbert Marcuse, sociólogo y filósofo, profesor de la Universidad de Brandeis (Massachussets), ha publicado entre otros libros Reason and Revolution, One-dimensional Man y Soviet Marxism. Marcuse es una de la más destacadas figuras del grupo de pensadores sociales de inspiración culturalista, emigrados a Estados Unidos a raíz de la dominación nazi en Europa, e influenciados a un tiempo por el marxismo y la psicoanálisis. Menos psicólogo que From y menos sociólogo que Adorno, Marcuse es, sin embargo, quien más profundamente se ha planteado de todos ellos los problemas de ideología de estrategia marxista hasta el punto de haber aportado, en textos sucesivos, una concepción coherente de la sociedad industrial avanzada que queda resumida perfectamente en el artículo que publicamos.

Serge Mallet, sociólogo y político francés, autor de La nouvelle classe ouvrière, Les paysans contre le passé, et Le gaullisme et la gauche, dirigente del Parti Socialiste Unifié, es uno de los teóricos marxistas que más, y en forma más brillante, han intentado reelaborar en Francia la estrategia socialista partiendo de las transformaciones del capitalismo moderno.

Nos parece inútil presentar a Lelio Basso, gran figura del socialismo italiano, inspirador teórico tantos años de la izquierda del PSI, en particular desde la revista Problemi del socialismo, hoy dirigente y líder teórico del PSIUP, e incluso de la nueva izquierda socialista europea.

Publicar estos textos no implica, ni mucho menos, un acuerdo de la redacción de Cuadernos de Ruedo ibérico con las tesis en ellos contenidas, tesis por lo demás contradictorias entre sí. Ni siquiera prejuzgamos sobre la posibilidad de poder incluir en la realidad social de que se habla en ellos la actual sociedad española. Al decir que no prejuzgamos queremos indicar que tampoco podemos afirmar que se trata de una realidad esencialmente distinta. Ello es una cuestión empírica, es decir que sólo puede ser resuelta al nivel del análisis, mediante estudios concretos económicos y sociológicos de la España actual. Precisamente, esa es una de las preguntas, quizá de las más importantes, a las que nuestra revista intenta responder paulatina y reflexivamente.

El interés fundamental que a nuestro juicio presentan los análisis que publicamos reside, sobre todo, en el método y en la actitud con se enfocan los problemas de la estrategia del movimiento obrero. En primer lugar, se intenta partir de un conocimiento lo más científico posible de la realidad, rehuendo la reificación política de unos esquemas inadaptados a una nueva problemática. Pero este intento se realiza a partir de los métodos marxistas de análisis y desde dentro de la actual realidad histórica del movimiento obrero. Esta reelaboración intelectual ante una realidad diferente desde una postura militante y de cara a una práctica política, nos parece ser la lección esencial, aunque no la única, que un lector español puede extraer de las páginas reproducidas.

El socialismo en las sociedades industrializadas

HERBERT MARCUSE

**Las perspectivas del socialismo
en las sociedades
de alto desarrollo industrial**

SERGE MALLET

Dos tácticas

LELIO BASSO

Por un análisis dialéctico

Las perspectivas del socialismo en las sociedades de alto desarrollo industrial ¹

Una observación preliminar nos llevará a abordar inmediatamente uno de los puntos fundamentales de mi intervención.

De la breve discusión a la que he tenido la ocasión de asistir aquí, he sacado la impresión, dicho con toda franqueza, que tenía bastante de abstracto, es decir que no ha habido referencias al espacio concreto que hoy determina y delimita los problemas del socialismo: la coexistencia del capitalismo y del comunismo. A mi juicio tanto la deformación sufrida por el socialismo respecto a su idea originaria, como la transformación fundamental que ha experimentado el capitalismo son explicables, en gran parte, precisamente por esa coexistencia. Y también es la coexistencia lo que determina hoy las posibilidades históricas del socialismo. Creo que no hay ningún problema, ya sea relativo a la base material, o ideológico, que no se vea influenciado del modo más profundo, y quizá incluso definido, por esta coexistencia de los dos sistemas. No sólo es una dimensión de política extranjera la que juega este papel de factor determinante, sino que más bien se trata del hecho que esta coexistencia es un factor que determina la estructura del mismo capitalismo.

La coexistencia es, por ejemplo, un resorte que empuja a una productividad creciente, favorece la estabilización del capitalismo, y con ello la integración social en el interior de la sociedad capitalista: lo cual significa la suspensión de los contrastes y de las contradicciones en el ámbito de esta sociedad. He dicho «suspensión», pero también podría decir «mala unidad de los contrarios», refiriéndome a la que se viene realizando en la sociedad capitalista altamente desarrollada —fenómeno sobre el que esta intervención mía intentará hacer luz más adelante.

Me parece que la sociedad capitalista se funda precisamente en su capacidad de absorber el potencial revolucionario, de liquidar la negación absoluta, y de sofocar la necesidad de un cambio cualitativo del sistema existente. Naturalmente, con esto no se eliminan las contra-

dicciones del capitalismo, que continúan subsistiendo en su forma clásica, y que quizá nunca han sido tan fuertes como hoy. La contradicción entre la riqueza social y lo que se hace con esta riqueza en los países capitalistas, es más grave que nunca, y precisamente por esto todas las fuerzas son movilizadas para ocultar ese contraste.

Todo esto, a mi parecer, ha sido ampliamente conseguido por el sistema capitalista en los centros de alto desarrollo de la sociedad industrial. Ha conseguido reducir los contrastes de una forma manipulable, basándose en una productividad prepotente y en el progreso técnico. Sobre esta base, que no es sólo ideológica sino también material, las clases que fueron la negación absoluta del sistema capitalista han sido integradas en gran parte en el sistema. El progreso técnico, la misma tecnología se han transformado en un nuevo sistema de dominio y de explotación —un sistema nuevo porque modifica de manera decisiva las relaciones entre las clases. Lo que tenemos en los países de alto desarrollo industrial es una sociedad clasista: no hay duda que todo el cacareo sobre el capitalismo popular y sobre la nivelación de las clases es puramente ideológico; estamos ante una sociedad clasista pero en la cual la clase obrera ya no representa la negación de lo que existe. Esta decisiva evolución ha venido a modificar radicalmente conceptos marxistas como los de la libre, plena realización de cada uno, de la eliminación de la alienación; más adelante intentaremos mostrar hasta qué punto.

Mi reflexión se limita a los centros altamente desarrollados de la sociedad industrial, y a las tendencias que hoy empiezan a dibujarse en este ámbito. Incluso en los Estados Unidos, por ahora no se trata más que de tendencias, pero creo que se extenderán con relativa rapidez incluso a los países industriales menos desarrollados del mundo capitalista, actuando, por

1. Texto de la intervención de Herbert Marcuse en el seminario de estudios marxistas que tuvo lugar durante el verano de 1964 en Korcula (Yugoeslavia).

decirlo así, por contagio, y proporcionando los modelos de la ulterior industrialización incluso a los países más atrasados. Pero, ¿qué debemos entender por sociedad de altísimo desarrollo industrial?

Yo entiendo que se trata de una sociedad en la cual la mecanización de la gran industria ya ha alcanzado el grado de automatización progresiva, una sociedad en la cual, sobre la base del progreso técnico, se puede alcanzar un nivel de vida cada vez más alto, incluso para la clase obrera: una sociedad en la que lo que fue una libre economía de mercado se ha transformado en una economía de beneficio pilotada, de carácter monopolista privado o dirigista estatal, en un capitalismo organizado. Se trata de una sociedad en la cual la concentración del poder económico, político y cultural ha llegado al vértice. Una sociedad cuyo buen funcionamiento depende en gran medida de la política y sólo es posible gracias a la constante intervención, directa o indirecta, del Estado en los sectores decisivos de la economía.

Esta sociedad, que incluso en los países de más alto desarrollo apenas empieza a concretarse, se presenta hoy como una sociedad «totalitaria» en una nueva acepción de la palabra. Totalitaria porque en ella se ha completado la asimilación de vida privada y de vida pública, de exigencias individuales y de exigencias sociales. La diferencia esencial entre existencia privada y existencia pública ha sido anulada; el individuo, en cualquier parte o momento de su existencia, se ha transformado en presa de la opinión pública controlada, de la propaganda y de la administración.

Esta sociedad tiende a la dimensión totalitaria incluso por el hecho de que toda oposición real está a punto de desaparecer. Entendámonos: desde luego que hay oposición, e incluso discusión, y que ésta puede llegar a ser libre, pero todo aparece como immanente al sistema. Contra lo existente, como totalidad, no hay oposición efectiva, real. Los movimientos radicales, los movimientos de vanguardia, sean políticos o culturales, son absorbidos fácilmente, incorporados a las estructuras existentes, y sirven inmediatamente para conferir nuevos valores al sistema, a su apoteosis.

El resultado de esta evolución es una sociedad estática (pese a toda su dinámica) que crece continuamente con el incremento de la productividad y que experimenta nuevas extensiones, pero que no hace más que producir cada vez en mayor cantidad las mismas cosas, sin ningun-

na diferencia cualitativa, sin revelar ninguna tendencia al cambio cualitativo.

Este tipo de sociedad, lo repito, con su riqueza y con la concentración del poder político, militar y cultural, ha llegado a conseguir que la misma negación sea afirmativa, y en ella la necesidad de negación parece desprovista de medios. Y todo esto, en la sociedad industrial altamente desarrollada, sucede sin necesidad de terror, en el ámbito de la democracia, bajo la forma de un pluralismo democrático. Como denominador común de esta sociedad quisiera subrayar el hecho de que se trata de una sociedad en movilización permanente, movilización permanente de todas las fuerzas políticas, económicas, técnicas y culturales: movilización en primer lugar contra el enemigo exterior, contra el comunismo, en segundo lugar contra las posibilidades peculiares del mismo sistema. El enemigo está situado dentro y fuera, el enemigo interno está constituido por las posibilidades autónomas del sistema, que obligan a que el mismo sistema sea reprimido.

La expresión más evidente de este contraste entre posibilidad y realidad reside en la automatización. El sistema tiende de hecho, al adoptar progresivamente la automatización, a eliminar casi completamente el trabajo social necesario, el trabajo alienado; el sistema, en otras palabras, tiende —no sólo de manera utópica, sino más realista que nunca— a configurar una sociedad en la cual el tiempo de trabajo sea tiempo marginal y el tiempo libre sea tiempo pleno, es decir una sociedad en la cual el hecho de no trabajar sería cosa normal y progresiva. Hoy por hoy esta posibilidad es irrealizable en el ámbito del sistema, porque es incompatible con las instituciones económicas, políticas y culturales que el sistema se ha dado a sí mismo; significaría, en efecto, la catástrofe del sistema capitalista: de ahí la movilización total, no sólo contra el enemigo exterior sino también contra esta posibilidad.

Dentro de esta sociedad en perpetua movilización encontramos lo que con tanta insistencia ha sido señalado como tendencia igualitaria, es decir como asimilación de las clases sociales en la esfera del consumo.

De hecho es cierto que hoy, en Estados Unidos, incluso el obrero y el empleado pueden frecuentar los mismos lugares de vacaciones que su patrón, que el obrero puede vestirse bien, que con su dinero puede comprar objetos de lujo y *gadgets* que antes sólo eran accesibles a algunos estratos de la clase dominante. También

es cierto que hay una mayor asimilación en esta esfera entre obreros y empleados, entre *White Collar* y *Blue Collar*, que en este sentido, en efecto, si bien los contrastes de clases no han sido eliminados, han sido ocultados. La distancia entre el que está arriba y el que está abajo, entre patrón y trabajador, entre dominio y servicio es hoy probablemente más fuerte que en otros periodos del pasado, y que las decisiones sobre la vida y la muerte, no sólo respecto al individuo sino respecto a la misma nación, se toman en lo alto y no se les puede oponer ninguna resistencia concreta. Estamos ante una sociedad caracterizada por una total dependencia de un aparato de producción y de distribución, el cual suscita y satisface a una escala cada vez más amplia las necesidades individuales, pero con ello sólo logra intensificar la lucha por la existencia en lugar de avanzar en dirección de su posible abolición. Se trata de un aparato que determina y forma las necesidades, incluso —y este es el punto decisivo— las necesidades instintivas, las aspiraciones personales de los individuos, un aparato que anula la diferencia entre tiempo de trabajo y tiempo libre y sabe modelar los individuos de tal manera, y tan completa y perfectamente, que incluso conceptos como alienación y reducción a objeto acaban por convertirse en problemáticos. ¿Es que todavía tiene sentido reflexionar sobre la alienación o la reducción a objeto, si en una sociedad de este tipo los individuos se encuentran realmente a sí mismos en sus automóviles, en sus televisores, en sus *gadgets*, en los periódicos, en los hombres políticos, etc. ? Es el mundo de la identificación, ya no se trata de objetos inertes opuestos y extraños a los individuos. Es cierto que el trabajo en la fábrica semiautomatizada, en las oficinas y en los servicios, es hoy tan alienado e inhumano como no lo fue nunca; pero toda resistencia no puede dejar de sucumbir entre las espirales omnipresentes de la totalidad, que cada vez produce más bienes y una aspiración a un nivel de vida más alto.

Las masas tienen buenas razones para integrarse en esta sociedad, y con ello hacer superfluo el terror. Su colaboración y su aceptación del sistema existente aparece como algo racional que las empuja a completar su integración. Cuando sus necesidades y aspiraciones han sido conformadas a las exigencias del aparato, los individuos así preformados determinan periódicamente, como electores, la política. Democráticamente, cada dos o cuatro años, pueden elegir entre los candidatos que se les proponen al que a su juicio mejor defenderá sus intereses, los

cuales son idénticos a los intereses expresados por la opinión pública y por la opinión prefabricada. Esta democrática libertad de elección también la disfrutan en cuanto a su poder de compra en la esfera del consumo y en el reino de la alta cultura. Lo cual significa que la integración y el encuadramiento de las masas se realizan en el marco de un pluralismo democrático. Al exterior, o mejor dicho, por debajo de esta democracia, viven amplios estratos de personas no alineadas o que probablemente no es posible integrar: minorías raciales y nacionales, parados y pobres permanentes, gentes que de hecho representan la negación viviente del sistema. Pero ni la evolución de su conciencia ni su organización han alcanzado el nivel que permita a estos grupos presentarse como sujetos de tendencias socialistas.

Antes de intentar explicar esta integración y estabilización, quisiera aún una vez más resumir las características del capitalismo organizado. Se trata de una sociedad en la cual bienes y servicios son producidos y consumidos en medida creciente por sus miembros integrados, en la cual, para capas sociales más extensas, el trabajo se ha hecho físicamente más ligero y la vida se ha vuelto más confortable, en la cual está autorizado y se practica un pluralismo de organizaciones, opiniones, desviaciones y diferenciaciones; y en la cual tiene lugar una cierta asimilación de las clases sociales en la esfera del consumo. Pero se trata de una sociedad que paga el nivel alcanzado con un derroche demencial de fuerzas productivas, con una obsolescencia planificada, con la destrucción de bienes y alimentos, y esto frente a la pobreza y a la indigencia que dominan al exterior de sus fronteras y en el mismo seno de la *affluent society*. Es una sociedad que intensifica la lucha por la existencia, precisamente cuando sería posible suprimirla, y conserva un innecesario trabajo alienado; una sociedad de movilización permanente y total de los hombres y de las fuerzas productivas para la eventualidad de la guerra de aniquilación total. Esta movilización, como en la actual situación internacional es susceptible de aparecer como extremadamente racional, está obligada al mismo tiempo a reproducir el enemigo, el peligro y la misma movilización. El enemigo aparece incorporado a la economía y a la política y actúa así como potente factor de progreso técnico, de productividad y de integración creciente. Y esta movilización es total en la medida en que engloba todas las esferas de la existencia humana y todos los ámbitos

de la sociedad. La cultura material y la intelectual, las esferas privadas y públicas, los sentimientos y la razón, la lengua y el pensamiento son adaptados a las exigencias del aparato y, en tanto que exigencias del aparato, se transforman en necesidades, modos de comportamiento y de expresión, aspiraciones de los individuos. De esta forma la contradicción, el contraste, la negación son absorbidos, transformados en afirmación o rechazados, y este proceso de mala unificación y neutralización de los contrarios tiene lugar en todos los campos de la vida social: en el mundo del trabajo, en la cultura y en la moral social¹.

Aquí no me es posible desarrollar más que muy brevemente una sola de estas dimensiones: el proceso citado de la mala unificación de los contrarios, de la integración practicada en el mundo del trabajo. Elijo esta esfera porque, como es obvio, se trata del problema crucial para nosotros: ¿Hemos de ver en esta tendencia del último capitalismo una transformación estructural del mismo capitalismo, o nos encontramos ante modificaciones internas de la estructura bien conocida del sistema, que continúa desarrollándose sobre la misma base?

Mi hipótesis es que las tendencias estabilizadoras e integradoras proceden del fundamento mismo del sistema y que, por lo tanto, no constituyen únicamente fenómenos ideológicos o marginales.

Si nos detenemos un instante en considerar la posición de la teoría marxista ante esta decisiva transformación, la primera cosa que debemos admitir es que las explicaciones tradicionales han dejado de ser suficientes para explicar todo lo que está sucediendo en la sociedad industrial altamente desarrollada. La teoría de la aristocracia obrera, por citar un ejemplo, tal como fue clásicamente desarrollada por Lenin, ya no basta para explicar las condiciones en las que es integrada no sólo una parte relativamente pequeña, una minoría de la clase obrera, sino, como por ejemplo ya se puede decir hoy de los Estados Unidos, la gran mayoría de los obreros organizados. Ya no se trata sólo del contraste entre los bonzos, la burocracia y la base (pese a que esa diferencia aún subsista como en el pasado). Lo que sucede más bien es que el creciente nivel de vida y los cambios que han tenido lugar en el proceso de trabajo han transformado a la mayor parte de los obreros organizados en lo que Lenin todavía podía llamar una minoría, la aristocracia obrera.

Deseo citar un ejemplo que se refiere a hechos muy recientes: en la sociología burguesa norteamericana (no en la marxista) se habla de una nueva solidaridad de la clase obrera, la solidaridad entre los obreros organizados que tienen un empleo y una relativa seguridad oponiéndolos a los que no tienen empleo, ni siquiera probabilidad de encontrar uno en un plazo de tiempo previsible. Se diría que se trata de una división en el seno de la clase obrera que transforma la casi totalidad de los obreros organizados en aristocracia obrera. Entre estos obreros se está produciendo una nueva diferenciación. Según estadísticas recientes, el desempleo entre los que tienen un diploma o un título de calificación va en disminución constante: el crecimiento del paro se produce entre aquellos que no poseen una instrucción de grado superior. Así pues parece que la teoría de la aristocracia obrera, admitiendo que siga siendo válida, requiere ser formulada de nuevo por lo que se refiere al último capitalismo.

La teoría marxista del capitalismo monopolista o del capitalismo monopolista de Estado describe con mucha mayor precisión la realidad de las cosas. Se trata de una teoría que va más allá que la de la aristocracia obrera, en cuanto admite que la competencia monopolista organizada hace posible una extracción privilegiada de la plusvalía y de los beneficios, la cual permite a su vez que la gran industria organizada en sentido monopolista sea capaz

1. No he negado que existan conflictos en la sociedad capitalista, y sé muy bien que en Francia son más agudos que en los Estados Unidos. Existe ciertamente un conflicto entre el sector estatal y el sector privado, como ya ha sucedido antes en la historia del capitalismo. Pero no creo que se trate de un conflicto explosivo capaz de llevar a la liquidación del capitalismo.

En cambio he señalado como contradicción central del actual capitalismo la que se deriva de las tendencias hacia la automatización. Es decir que el sistema tiende por una parte hacia la automatización, y por otra no puede permitirse una plena realización de la automatización porque ello significaría la destrucción de las instituciones existentes. Esta es la contradicción decisiva, la contradicción que indica la posibilidad de una revolución en la sociedad capitalista. Como ha sido dicho, no se trata de algo que pueda ponerse al orden del día para hoy o para mañana; se trata de un proceso largo que a su vez depende en gran parte del desarrollo de la coexistencia entre capitalismo y socialismo, por ejemplo de si el socialismo o el comunismo permitirán al capitalismo que continúe procediendo por etapas a la automatización, es decir manteniéndola dentro de los límites tolerables para el sistema, o bien si el desarrollo económico y cultural de los países comunistas será hasta tal punto progresivo que obligue al capitalismo a proceder también a una automatización cada vez más intensiva y extensiva, para no quedarse atrás en esta competencia global.

(Esta nota y las siguientes proceden de la respuesta que Marcuse aportó en el curso de la discusión que se abrió después de su intervención.)

de pagar salarios reales más elevados, y no sólo durante periodos cortos sino también durante largos periodos. Pero esta teoría del capitalismo monopolista aparece generalmente confundida con la del imperialismo clásico, según la cual los monopolios, más pronto o más tarde, pese a los vínculos establecidos entre ellos y a su complicidad internacional, se ven empujados a abiertas contradicciones de tipo imperialista, y que sus conflictos periódicos, e incluso guerras entre potencias imperialistas, terminan por aniquilar la prosperidad de los periodos intermedios. Me parece que hay que objetar a esta teoría que la forma clásica del imperialismo ha dejado de existir. No se trata de que ya no exista imperialismo. Su forma más fuerte parece ser el neocolonialismo, gracias al cual, sin conflictos militares entre las potencias imperialistas, tiene lugar un nuevo reparto del mundo. Es evidente que existen muchas contradicciones entre las potencias imperialistas (me parece innecesario explicar esto en detalle), pero no es previsible que estas contradicciones lleven en el futuro a motivar guerras entre los países capitalistas. Este es uno de los puntos en los que la coexistencia revela hasta qué punto es decisiva su importancia para la estabilización del capitalismo. Hasta cierto punto se puede decir, sin ningún cinismo, que el comunismo se ha convertido en realidad (aún falta por determinar en qué sentido) en el médico a la cabecera del capitalismo. Sin el comunismo no se podría explicar la unificación económica y política del mundo capitalista, una unificación en la cual parece más o menos tomar cuerpo el viejo espectro marxista del cártel general. Hay que añadir que esta integración del mundo capitalista no es algo superficial sino que se apoya sobre una base económica extraordinariamente real.

Los efectos de esta disminución del potencial revolucionario en el mundo capitalista son evidentes. En los Estados Unidos la oposición realmente de izquierda se encuentra restringida a grupos demacrados e impotentes. La política de los grandes sindicatos es la de la cooperación política y no es raro encontrar sociólogos marxistas que discurren sobre la «colusión» entre capital y trabajo. El *Centre for the Study of Democratic Institutions* publica excelentes estudios sobre estos problemas. En un estudio sobre la industria automovilística se comprueba que el sindicato se está convirtiendo, ante sus propios ojos, en algo que ya no se puede distinguir de la empresa. Así por ejemplo ya se ha convertido en cosa normal que una

delegación del sindicato y una de la dirección de la empresa hagan juntas el viaje a Washington a fin de ejercer presiones unitarias para que las viejas fábricas de armas prosigan su actividad o para que sean construidas otras análogas en las cercanías... Y no se crea que este tipo de *lobbying* constituye una excepción.

No queremos ocultar que existe una oposición sindical; es cierto que existe, pero es débil y la amplia mayoría que se encuentra en el poder hace precisamente la política que acabamos de describir. Para hacerse una idea de hasta qué punto la situación es grave, bastará recordar que recientemente los obreros portugueses de la costa atlántica se han negado a cargar para Cuba el grano que el Departamento de Estado había concedido a la isla.

Quisiera ahora explicar brevemente de qué forma esta estabilización de los contrarios, esta integración, se extiende y desarrolla en la esfera de la producción misma. En realidad la observación de sus móviles y factores en esta esfera es lo que hace posible afirmar que se trata de algo más que una modificación superficial, que de lo que se trata es de un cambio de la misma estructura. La integración en el mundo del trabajo se realiza en primer lugar a través de la creciente transformación de la capacidad física en habilidad técnica y psicofísica. Esta transformación de la energía física en energía psíquica está hoy organizada por el sistema de aceleración de las cadencias, a causa de lo cual resulta quizá más inhumana que el duro y pesado trabajo físico de otros tiempos. Pero en la medida en que progresa la automatización, estos restos del sistema menos reciente pueden ser eliminados, y en todo caso puede ser liquidado el carácter extremadamente inhumano de este trabajo tecnificado. El sistema represivo que reina en el trabajo semiautomatizado aísla al obrero y a los equipos de trabajo entre sí. La mecanización creciente supone un aislamiento progresivo entre los obreros de la fábrica, lo cual facilita su integración en el sistema, su despolitización. Evolución que no impide en absoluto que al mismo tiempo se desarrolle una solidaridad creciente en el interior de cada uno de los equipos de trabajo.

El cambio que se está realizando en las formas de trabajo, que se orienta cada vez más en el sentido de la automatización, hace que el obrero actual sea más pasivo que antes, que sea cada vez más reactivo que activo. Ahí tocamos, a mi juicio, uno de los factores decisivos de la

evolución en relación con el concepto marxiano de medios de producción. La máquina en la industria semiautomatizada, y aún más en la automatizada, ha dejado de ser un medio de producción en el viejo sentido de la palabra, es decir que ha dejado de ser un medio de producción en las manos del obrero o del grupo de obreros. La máquina se ha convertido en el elemento de todo un sistema organizativo que determina los modos de comportamiento de los obreros no sólo en el interior de la fábrica, sino también fuera de ella, en todos los ámbitos de la existencia. La movilización de la energía técnico-psíquica, más que la de la simplemente física, está asimilando el trabajo en el proceso productivo material al trabajo de los empleados de oficina, de banca, de la industria publicitaria. El obrero pierde su autonomía profesional, su posición peculiar; junto con las otras clases sociales al servicio del aparato, resulta insertado al aparato, subordinado al mismo, y —en tanto que tal— participa simultáneamente como objeto y como sujeto en la función general administrativa y represiva. Esta asimilación de obreros y empleados resulta evidente ante las estadísticas, según las cuales, en los Estados Unidos, por primera vez, el número de trabajadores que no participan en la producción es mayor que el de los que están ocupados en la misma, y la tendencia evoluciona constantemente en esta dirección. La consecuencia es el debilitamiento de los sindicatos, la despolitización de los obreros. (Los empleados, los *White Collars Workers*, no se interesan generalmente por una organización efectiva, pese a las excepciones.)

En el interior de este aparato determinado por las máquinas, pero ya no como medio de producción sino como sistema integral, el obrero vive actualmente en la rutina de una globalidad mecanizada que parece funcionar por sí misma y que lo arrastra e incorpora a este funcionamiento. Las máquinas y los comportamientos impuestos por las máquinas mueven, en el sentido literal de la palabra, al obrero, le transmiten su ritmo², y ésto no sólo en lo referente a su comportamiento durante el trabajo, sino también durante el tiempo libre, en los días de fiesta, en la calle. Lo cual significa que en este nuevo ritmo procedente del trabajo mecanizado y automatizado, se moviliza incluso la mente, el psiquismo del obrero. Los sociólogos que han realizado encuestas en las fábricas se refieren a un sentimiento de instintiva satisfacción: *to be in the swing of things*. El obrero se encuentra directa y simplemente dominado por el ritmo de las formas de trabajo, inducido

a experimentar una satisfacción que puede influir positivamente en su rendimiento productivo. Es cierto que aún no se trata de fenómenos de carácter general sino de tendencias, pero creo que estas tendencias, con los progresos de la automación, se van a ir intensificando en lugar de disminuir.

Me he referido a estas tendencias lo más brevemente que me ha sido posible, puesto que Serge Mallet, que intervendrá después, además de conocer estas cuestiones mejor que yo, las expondrá más extensamente. Todos estos fenómenos indican que la integración de la oposición, la absorción del potencial revolucionario, no es sólo un fenómeno superficial, sino que encuentra su fundamento material en el mismo proceso productivo, en el propio cambio del modo de producción.

Respecto al problema de en qué medida estas tendencias a la integración hayan podido transmitirse ya a los países europeos, me limitaré a alguna breve indicación por vía de hipótesis. Creo que está en marcha un debilitamiento tendencial de la oposición política, de la oposición obrera, incluso en los países industriales menos desarrollados. La misma política de los mayores partidos comunistas europeos, tanto en Francia como en Italia, es hoy, si se la compara con lo que fue en otros periodos, tendencialmente socialdemócrata. Parece que en estos países los partidos comunistas, dado el gran cambio de las condiciones del capitalismo, se ven obligados a asumir la posición histórica de la socialdemocracia, con la no desdeñable diferencia de que a su izquierda hoy no aparece ninguna fuerza real. A lo cual hay que añadir el evidente embotamiento del arma de la huelga y la despolitización del movimiento en esos países.

Todo lo expuesto hasta ahora induce a plantear una pregunta insidiosa: ¿hasta qué punto las tendencias que he intentado resumir se encuentran no sólo en el capitalismo desarrollado, sino también en los países socialistas? En otras palabras: si es cierto que estas tenden-

2. No he dicho que la técnica sea el factor principal que determina la situación. He hablado de la técnica como sistema de dominio; lo cual significa que el progreso técnico y la tecnología están organizados de una manera específica y que percisamente este modo de organización de la técnica garantiza en gran parte la cohesión del sistema existente. Soy el último en negar que la técnica pueda ser utilizada sobre otra base organizativa, al contrario, precisamente yo creo que esto va a ser tarea decisiva del socialismo. El socialismo no se limita a aprovechar la tecnología capitalista sino que crea su propia tecnología en el sentido más concreto.

cias proceden de la transformación técnica que ha tenido lugar en el proceso productivo, no podemos rehuir la consideración de que la *técnica* de la industrialización capitalista, la tecnología, ha sido apropiada por el socialismo. Se trata de saber si con la asunción de la base tecnológica han sido incorporadas otras cosas que no se deseaba ni mucho menos incorporar. Este problema es una de las cuestiones más cruciales: la cuestión de una asimilación gradual de los dos sistemas. Muchas ideas que encontramos en Marx se refieren —y precisamente por ser marxistas esto debemos decirlo sin ninguna reticencia— a un momento de la productividad históricamente superado. Marx no se imaginó la sociedad tecnológica evolucionada. No podía imaginar todo lo que el capitalismo es capaz de hacer sobre esta plataforma tecnológica y en la situación de la coexistencia, aunque no fuese más que como valorización del proceso técnico. Estrechamente ligado con esto está toda la problemática de la concepción marxista de la relación entre libertad y necesidad. Es bien conocida la concepción según la cual el mundo del trabajo no puede dejar de ser el reino de la necesidad, incluso en el socialismo, mientras el reino de la libertad puede desarrollarse únicamente fuera y por encima del reino de la necesidad. Creo que deberíamos discutir si en la sociedad industrial de alto desarrollo esta concepción posee todavía un valor general. Probablemente este es el punto más crucial de toda la cuestión: todos estimamos los conceptos de plena realización de cada uno, de libre desarrollo de las capacidades individuales, todos estamos interesados en la eliminación de la alienación, pero hoy debemos preguntarnos: *¿Qué sentido tiene esto actualmente?* ¿Qué sentido tiene, si en la sociedad tecnológica de masa el tiempo de trabajo, el tiempo de trabajo socialmente necesario se reduce al mínimo y el tiempo libre casi llega a alcanzar las proporciones de tiempo pleno? ¿Qué hacer entonces? Si seguimos aceptando expresiones venerandas como «trabajo creador» y «desarrollo creador» no llegaremos a ninguna parte. ¿Qué sentido tiene hoy este viejo planteamiento? ¿Significa que todo el mundo se dedicará a la pesca o a la caza, que todos escribirán poesías, se dedicarán a la pintura, etc.? Sé muy bien que es facilísimo ridiculizar estas cosas y si en este momento me expreso de una forma provocadora es precisamente porque para mí se trata de uno de los problemas más serios del marxismo y del socialismo, y creo que no sólo de ellos. Pienso que debemos lograr concreción sobre este punto y no limitarnos a seguir discurriendo

sobre autodesarrollo del individuo y sobre trabajo no alienado, debemos plantearnos la pregunta: *¿Qué sentido tiene esto actualmente?* Porque sucede que la progresiva reducción del trabajo necesario no es ninguna utopía sino una posibilidad muy real.

La segunda cuestión, con la que quisiera terminar, es quizá aún más delicada. *¿Cuál es hoy el sujeto de la revolución?* Si se ha producido el proceso al que me he referido antes, es decir: si la tendencia a la integración de la clase obrera en los países de elevadísima industrialización es una realidad y seguirá progresando en el futuro, ¿hasta qué punto en los países de capitalismo desarrollado podemos seguir considerando a la clase obrera como sujeto histórico de la revolución? A este propósito debemos volver a uno de los conceptos marxianos que ha sido subestimado por la interpretación humanística de Marx. Según Marx la clase obrera se convierte en único sujeto histórico de la revolución precisamente porque representa la negación absoluta de lo existente, y si deja de serlo, la diferencia cualitativa entre esta clase y las otras y con ello su capacidad y calificación para dar vida a una sociedad cualitativamente diferente también dejan de existir. Si continúa el proceso de estabilización, incluso desaparece la *necesidad* de un cambio cualitativo. Debemos preguntarnos si es posible reinterpretar o en general eliminar directamente el concepto marxiano de pauperización. Ya sé que Marx y también Engels y todo el marxismo posterior han repetido que la pauperización no es la condición necesaria del desarrollo revolucionario, que quizá los sectores más evolucionados de la clase obrera, que son también los materialmente privilegiados, pueden ser el sujeto de la revolución. Hoy es necesario reexaminar esta interpretación³. Lo cual significa que debemos

3. Creo, sin embargo, que hoy en los países industrialmente avanzados casi la totalidad de la población se ha convertido en objeto, y que hay la posibilidad de que este objeto se convierta en sujeto de la revolución. En este caso se trataría de la revolución total, llevada a cabo ya no por una sola clase, sino por toda la sociedad de los administrados y de los oprimidos, con la excepción de una capa dominante cada vez más reducida. Pero también en este caso hay que evitar hacer un uso ideológico de estos conceptos. Evidentemente la explotación no disminuye por el hecho de que los trabajadores estén en una situación mejor, pero no puedo aceptar que sea *indiferente* el que el obrero tenga o no una casa, un automóvil y un televisor. Si se llega a este punto, se acaba verdaderamente por liquidar la base del materialismo y no sólo la de la dialéctica. Si yo dijese a un obrero sindicato norteamericano: «Eres terriblemente explotado, no menos que antes; el que tengas una casa y un automóvil, que puedas

plantearnos el problema de si es posible una revolución en donde la necesidad vital de una revolución ha dejado de existir. En realidad, la necesidad vital de la revolución es algo muy diferente de las necesidades vitales de mejoramientos en las condiciones de trabajo, de disponer de mayor cantidad de bienes, de tiempo libre, de libertad y de satisfacción dentro de las estructuras existentes. ¿Por qué la transformación de lo existente tiene que ser una necesidad vital para los que dentro de lo existente tienen o pueden llegar a tener casa propia, automóvil, televisor, y vestido y comida en cantidad suficiente?

Creo que no será necesario que me excuse por haber presentado un análisis tan pesimista⁴. Pienso que precisamente por encontrarnos en esta situación y para todo el que tome en serio

permitirte hacer un viaje a Europa, y todo lo demás, no hace cambiar en nada la cuestión de la apropiación y del reparto privado de la plusvalía», quizá me escucharía con interés pero no sacaría ninguna consecuencia. Como máximo preguntaría: «Entonces, a causa de este concepto de la explotación, ¿debería destruir un sistema que me da el automóvil y la casa?» También en este caso debemos evitar que los conceptos marxianos se esclerosen en ideología, debemos confrontarlos con la realidad.

4. Nunca he dicho «no hay nada que hacer»; y además, desgraciadamente, no podía en esta intervención profundizar en el problema del ¿Qué hacer? Hay grupos con los cuales los marxistas pueden y deben trabajar. Estos grupos no se encuentran exclusivamente y menos aún preponderantemente entre los trabajadores. Por ejemplo, en los Estados

el socialismo, es necesario aceptar un imperativo: el marxista no debe engañarse con ninguna ilusión ni mixtificación. No sería la primera vez en la historia que no existen condiciones para identificar el sujeto, el sujeto concreto de la revolución. Ya se han dado otras situaciones en las cuales este sujeto se encontraba en estado latente. Lo cual no contradice al marxismo. Los conceptos que Marx elaboró no deben ser abandonados, deben ser desarrollados, y por otra parte esta elaboración ulterior es lo que exigen los mismos conceptos fundamentales. Por eso podemos y debemos ser pesimistas cuando no es posible otra cosa. Porque sólo sobre esta base seremos capaces de realizar un análisis liberado de toda mixtificación y que no transforme al marxismo de teoría crítica en ideología.

Unidos existen grupos que podrían llamarse humanistas, formados por intelectuales que no se limitan a sentarse en su mesa de trabajo o en sus cátedras, sino que ahora mismo sacrifican su vida en los Estados del Sur, luchan por la extensión de los derechos burgueses a los negros, por la concesión de los más elementales derechos civiles a los mismos. No hay que subestimar hoy de ninguna manera el papel que juegan los intelectuales, y este humanismo combativo también existe en otras capas. Trabajar con estos grupos, reforzar y ampliar su conciencia, es algo que verdaderamente va más allá de la teoría y refuerza al mismo tiempo el ámbito de la praxis. También es conocido el papel ya hoy revolucionario que juegan los estudiantes en países como Corea del Sur, Vietnam y otros: no se puede seguir ignorando tan fácilmente el papel de los intelectuales como ha hecho el marxismo en el pasado.

SERGE MALLET

Dos tácticas¹

Herbert Marcuse ha hecho en este coloquio un análisis de la situación del movimiento obrero en los países occidentales avanzados que se acerca por toda una serie de constataciones a lo que yo acabo de decir, pero que se diferencia de una manera fundamental por su interpretación y por sus conclusiones. Creo que no será necesario subrayar la importancia de esta intervención. Todos hemos comprendido que Herbert Marcuse desarrollaba ante nosotros las tesis teóricas más serias que hasta ahora hayan sido planteadas por los marxistas que, ante el conflicto teórico entre chinos y rusos, se inclinan hacia las tesis de Mao Tse Tung. Creo que

ha sido muy útil que esta exposición se haya hecho aquí con la honestidad política y científica que caracteriza a Herbert Marcuse y desembarazada de toda la logomaquia partidista, y a veces hipócrita, en que tanto abundan los textos chinos.

En este mismo coloquio, Lucien Goldmann y Henri Lefebvre han indicado que no consideraban fundada la interpretación de Marcuse en lo que respecta a los países europeos; pero

1. Parte final de la intervención de S. Mallet, pronunciada en el mismo seminario de estudios de Korcula (Yugoeslavia).

han dejado entender que este análisis podía expresar de forma válida la realidad social norteamericana. Por otra parte, Herbert Marcuse apoya su demostración en el hecho que, siendo los Estados Unidos un país más adelantado económicamente que los Estados capitalistas europeos, no puede tardar mucho la generalización en Europa Occidental de los fenómenos que ha denunciado. Me voy a permitir discrepar doblemente de este punto de vista de Marcuse desde el ángulo estrictamente metodológico, ya que me confieso incapaz de criticarlo desde el ángulo del conocimiento de la sociedad norteamericana.

En primer lugar, Herbert Marcuse me permitirá que discuta el papel precursor que atribuye a los Estados Unidos, apoyándome en las conferencias que él mismo dió hace dos años en la *Ecole des Hautes Etudes* de París. Analizando la naturaleza del régimen gaullista en Francia, Marcuse comprobaba entonces que pese a que el aparato de producción norteamericano se encuentra infinitamente más desarrollado que el de los países de Europa occidental, sin embargo es en estos países, y particularmente en Francia, donde lo que él denomina con una fórmula feliz «el capitalismo de la organización», ha adquirido el máximo nivel de institucionalización y ha manifestado sus características más avanzadas. Marcuse coincidía aquí con la célebre observación de Engels sobre Francia, «ese país donde las luchas de clases definen siempre sus contornos de la forma más acabada y donde dan lugar a las estructuras políticas más claras».

El hecho es que el observador francés no puede por menos que mostrarse sorprendido por la timidez con la que los teóricos «liberales» de tipo Gailbraith, formulan tesis que hoy son aceptadas en Francia incluso por los elementos más retrógrados del capitalismo. Las tendencias fascizantes que se desarrollan actualmente en los Estados Unidos en torno al fenómeno Goldwater y que parecen ser el resultado de la coincidencia de los elementos racistas del sur, que se sienten amenazados en sus privilegios por los progresos de la integración racial, y de los elementos más arcaicos del capitalismo norteamericano, que temen el reforzamiento del capitalismo de Estado, no me parecen, en relación con la Europa occidental, un fenómeno de vanguardia, sino más bien una reedición a una escala diez veces más amplia de los conflictos que hemos conocido en Francia con la guerra de Argelia y con el movimiento poujadista, es decir la reacción desesperada de los

elementos arcaicos de la sociedad francesa contra la implantación del capitalismo de la organización. No intentaré investigar aquí las causas de este retraso de la conciencia norteamericana en relación con la base económica, pero todo confirma la impresión de que, desde el punto de vista de la implantación de las estructuras del capitalismo de la organización, los Estados Unidos sólo han ingresado desde hace unos años en el camino que Europa occidental viene siguiendo desde 1945. Si esta hipótesis es acertada, y Marcuse parece aceptarla, nosotros estaríamos mejor colocados que él para analizar las contradicciones del capitalismo de la organización.

En segundo lugar no puedo dejar de sorprenderme por el hecho de que Marcuse base sus conclusiones sobre el nivel de integración voluntaria de la clase obrera norteamericana en el capitalismo de la organización, en los trabajos de esa sociología empírica y positivista norteamericana a propósito de la cual tanto él como yo hemos denunciado sus insuficiencias. Por ejemplo, en Francia la experiencia sobre el terreno nos ha demostrado en repetidas ocasiones que una cierta técnica de encuesta, fundada sobre la acumulación de cuestionarios y de entrevistas individuales, conducía, a través de una interpretación grosera, a resultados que después han sido desmentidos por un análisis más depurado que ha utilizado las técnicas de grupo y el no directivismo. En efecto, los entrevistados a los que se somete un cuestionario tienen tendencia a responder en el mismo sentido en que les ha sido hecha la pregunta o en el sentido que les es sugerido por el condicionamiento social exterior. La mayoría de las respuestas va en el sentido de la aceptación de los temas ideológicos dominantes, y en cambio, muchas veces poco tiempo después de realizada la encuesta, se produce la explosión de un movimiento social que prueba que ese conformismo aparente no correspondía en absoluto a las motivaciones reales de los entrevistados. En las condiciones en que opera la sociología del trabajo norteamericana, es poco probable que pueda proporcionarnos informaciones satisfactorias sobre el nivel de aceptación o de no aceptación del capitalismo de la organización por parte de la clase obrera. El panorama de la sociología norteamericana hace aparecer, aún más que en Francia, la ausencia de una sociología marxista aplicada al estudio concreto de la sociedad norteamericana. Entre los sociólogos empíricos integrados al sistema, y que de buena o mala gana, participan a la fabricación de la ideología del capitalismo de

la organización y los sociólogos que lo rechazan, confinados en sus ghettos universitarios e in-comunicados de las realidades de la producción norteamericana, no queda gran cosa. De ahí nuestras dificultades para llegar a saber algo sobre la realidad social norteamericana.

Igualmente, creo que Marcuse utiliza de una forma acrítica conceptos elaborados por economistas burgueses, y que estos conceptos no corresponden a la realidad social de nuestro tiempo. Me refiero, por ejemplo, a la alusión que Marcuse ha hecho del reforzamiento del sector terciario frente al debilitamiento del sector secundario. Ya hemos visto, y en los Estados Unidos aún debe verse más claramente que en Francia, hasta que punto la terminología de Collins Clark resultaba arcaica en el marco de la industria automatizada. Por tanto, sin querer pronunciar un juicio definitivo sobre la evolución real de la sociedad norteamericana, no puedo menos que poner en duda las bases sobre las cuales Marcuse basa su interpretación pesimista. También quisiera referirme a uno de los temas principales de Marcuse: el de la definición de «la clase revolucionaria principal». Para Marcuse, que al parecer comparte este punto de vista con la mayoría de marxistas norteamericanos y con los marxistas chinos, la única clase revolucionaria virtual en los países capitalistas avanzados es el proletariado de origen emigrado o las minorías raciales. Es evidente que el problema no se plantea en los mismos términos para los Estados Unidos, donde las minorías poseen la ciudadanía norteamericana, que para la Europa occidental, donde se trata de elementos extranjeros al país donde trabajan. El punto de vista de Marcuse fue desarrollado en Francia en la época de la guerra de Argelia por el equipo agrupado en torno a J.-P. Sartre y a Francis Jeanson; según estos intelectuales la posibilidad de paso al socialismo en Francia pasaba por la agravación del conflicto argelino y por el hecho de que iba a trasladarse al territorio metropolitano, a causa de la presencia de una importante mano de obra argelina en Francia. El proletariado argelino armado era la fuerza material en la que iban a apoyarse los intelectuales de izquierda, «única capa nacional que escapa a la integración en el neocapitalismo».

Ya es sabido lo que ha resultado de ese sueño. Parece que es cierto que la evolución norteamericana deja subsistir una fracción importante de la población que vive fuera de la esfera de prosperidad de la *affluent society*.

Pero este «pueblo del abismo», para utilizar la imagen de Jack London en *Talón de hierro*, no representa más que una minoría dentro del país, incapaz como tal de promover una conmoción global de las estructuras sociales. Quizá en última instancia el problema negro se resolverá en los Estados Unidos mediante la creación de Estados negros independientes que se separarán del gobierno central, pero en ese caso no se trataría más que de una última fase de las revoluciones coloniales que se han desarrollado en el conjunto de los continentes africano y asiático.

En cuanto el papel de la mano de obra inmigrada en los países de Europa occidental, la situación se presenta actualmente de forma muy diferente, precisamente a causa del éxito obtenido por las luchas de liberación de los pueblos coloniales. En efecto, hasta estos últimos años, la entrada en los países europeos desarrollados de la mano de obra procedente de los países subdesarrollados de África, Asia y Europa meridional, tomaba el aspecto de una inmigración individual. Los trabajadores inmigrados, que se encontraban aislados al llegar al país, intentaban integrarse al movimiento obrero y sindical nacional, sobre todo en países como Francia o Inglaterra donde la mayoría de esos trabajadores, originarios de territorios coloniales, se encontraban asimilados al estatuto de ciudadano nacional.

Pero desde hace algunos años el capitalismo de la organización tiende a organizar de otra forma los transportes de la mano de obra que le es necesaria: los transportes de mano de obra se organizan ahora en el marco de acuerdos de Estado a Estado, como compensación por la ayuda técnica que los países desarrollados prestan a sus antiguas colonias que hoy son territorios independientes. Los trabajadores así transferidos, continúan dependiendo, pese a encontrarse en territorio europeo, de su propio gobierno y se organizan en movimientos controlados por ese gobierno. La necesidad de ayuda técnica y económica origina como contrapartida en los gobiernos que acaban de lograr la independencia la preocupación por prohibir a su mano de obra emigrada la menor colusión con la oposición obrera del país en el cual trabajan. Es cierto que esta situación ya se produjo antes con países excoloniales mantenidos en una situación de neocolonialismo de hecho. La evolución de las relaciones franco-argelinas, los recientes acuerdos que acaban de ser firmados entre el gobierno francés y el gobierno de Ben Bella, prueban que esta

situación también puede producirse con un país de tendencias revolucionarias. Más aún, desde hace dos años una delegación del patronato francés está negociando con el gobierno chino la importación en Francia de mano de obra china, que llegaría encuadrada y controlada por sus propias organizaciones políticas y cuya sensatez sería la garantía del desarrollo de las relaciones económicas que tan necesarias le son a China para romper el bloqueo que sufre.

Así resulta que la mano de obra inmigrada, en lugar de constituir una fuerza revolucionaria potencial en los países capitalistas avanzados, representa un medio de presión económica y político sobre la clase obrera del propio país.

El propio desarrollo de la inmigración aparece desde hace algunos años como la solución que el capitalismo intenta aportar a las contradicciones que le plantea el desarrollo de las fuerzas productivas. La penuria de mano de obra es lo que ha obligado al capitalismo, tanto en Europa como en los Estados Unidos, a favorecer la introducción de la automatización. Y en los países occidentales la automatización se aplica, en lo esencial, sólo en el sector público. La posibilidad de aprovecharse de las dificultades económicas de los países que acaban de conseguir la independencia para procurarse una mano de obra barata, económicamente utilizable y políticamente inofensiva, abre al capitalismo nuevas posibilidades para frenar el desarrollo técnico de las fuerzas productivas y las consecuencias que trae consigo, tanto desde el punto de vista de la reducción de la tasa del beneficio como desde el del debilitamiento de las estructuras autónomas del capitalismo. Sin incurrir en exageración puede decirse que la importación masiva de mano de obra inmigrada, encuadrada y organizada en el marco de acuerdos entre Estados, es hoy la causa principal del debilitamiento del movimiento obrero en los países avanzados del mundo occidental. Mientras el capitalismo disponga de esta reserva de mano de obra, no habrá generalización de la automatización, ni reducción del tiempo de trabajo, ni desarrollo de las reivindicaciones de gestión que están ligadas al crecimiento de las fuerzas productivas. Así pues, en el momento actual, hay una contradicción entre los intereses de la clase obrera avanzada y las perspectivas de paso al socialismo en los países occidentales avanzados y los intereses a corto plazo de los países que acaban de acceder a la independencia. Esta contradicción sólo podrá resolverse a un nivel superior, a partir del momento en que el movimiento obrero

ejerza una presión suficientemente fuerte para elevar el nivel de la ayuda técnica que tienda a desarrollar rápidamente el potencial económico en estos países y a permitir al mismo tiempo que puedan utilizar plenamente su mano de obra excedente. En cambio, la política actual de los gobiernos de estos países que utilizan su excedente de mano de obra como incentivo para obtener medios de tesorería, va contra los intereses del movimiento socialista de los países de Europa occidental. En estas condiciones, es una ilusión que los hechos han desmentido en múltiples ocasiones seguir creyendo que la clase obrera inmigrada es la fuerza de vanguardia sobre la que podría apoyarse la negación del orden establecido.

El debate que hemos iniciado con este coloquio no tiene evidentemente nada de un debate académico. Probablemente es la primera vez que de forma teórica y no de forma polémica vulgar han sido trazadas las dos líneas estratégicas que en el momento actual tienden a reestructurar el pensamiento socialista internacional: la que partiendo del análisis de las condiciones del capitalismo de la organización, intenta deducir las perspectivas de una estrategia ofensiva basada en la conquista progresiva de los centros de decisión económica y la profundización desde ahora mismo —es decir, en el mismo marco del capitalismo de la organización— de las reivindicaciones de gestión que tienden a destruir su estructura burocrática y tecnocrática y, por otra parte, la línea que, considerando que es un hecho irreversible « la integración voluntaria de la mayoría de la clase obrera de los países capitalistas avanzados en el capitalismo de la organización », pone sus esperanzas en los países subdesarrollados del tercer mundo y en las minorías de trabajadores de estos países en los países más avanzados.

Las perspectivas de paso al socialismo en los países económicamente desarrollados no pueden esquivar los problemas que han sido evocados aquí por Henri Lefebvre, el de las contradicciones entre el sector tecnocrático de Estado y los *managers* de la industria privada dentro del capitalismo de la organización y el de las relaciones entre esta tecnocracia de Estado y el movimiento socialista, no sólo en la fase de preminencia del capitalismo de la organización, sino también en la primera fase de la construcción del socialismo. El interés de las intervenciones que han presentado aquí los teóricos yugoeslavos, especialmente las de Vranitzki, Militch y Soupek, consiste precisamente en que nos han permitido ver cómo en la primera fase del socialismo, la existencia de

fenómenos tecnocráticos y burocráticos era inevitable y necesaria, y también cómo el movimiento obrero debía construir paralelamente organismos de autogestión directa como contrapeso de las tendencias tecnocráticas, y por qué a fin de cuentas depende de estos organismos de autogestión la desaparición de estas estructuras burocráticas que están ligadas a la existencia del Estado. En los países capitalistas avanzados, la tecnocracia de Estado y el capitalismo privado colaboran y se combaten. En la práctica, la tecnocracia de Estado se encuentra colocada en una posición ambigua, entre el capitalismo privado y las fuerzas socializadas. Su suerte está ligada a la del desarrollo de las fuerzas productivas y no a la propiedad de los medios de producción, por eso entra en conflicto con el capitalismo privado, cada vez que éste muestra su tendencia a frenar el desarrollo de las fuerzas productivas. Y, al revés, tiende a aproximarse al mismo cada vez que el movimiento obrero amenaza con destruir la estructura jerárquica de las empresas y de la economía, en la que se basan los privilegios y el poder de la burocracia. La salida al conflicto entre capitalismo y socialismo en los países económicamente desarrollados depende en gran parte de la posibilidad de concertar una alianza duradera entre la tecnocracia de Estado y el movimiento obrero. Sin embargo, en esta fase, la tecnocracia tenderá a subordinarse el movimiento obrero, y por esta razón éste no puede esperar a haber conquistado la totalidad del poder político y económico para poner en marcha los organismos de autogestión que, en la fase ulterior, le permitirán contrabalanzar y eliminar finalmente la influencia de la tecnocracia.

Por lo tanto, en vez de disolver las contradicciones, como decía Marcuse, la fase del capitalismo de la organización asiste al nacimiento de nuevas contradicciones, contradicciones cuyo carácter específico consiste en que son válidas tanto para la última fase del sistema capitalista como para la primera del socialismo, naturalmente con formas diferentes. Partiendo de este análisis, el movimiento obrero se ve en la situación de rechazar la antigua noción de programa mínimo y de programa máximo. La realidad es que el capitalismo de la organización representa para sí mismo, ya actualmente, una fase de compromiso en la que le es posible al movimiento obrero apoderarse de una parte de las fuerzas económicas, y en

este sentido estoy completamente de acuerdo con la comparación que hacía Lucien Goldmann al recordar que cuando la burguesía francesa tomó políticamente el poder en 1789, ya se había apoderado antes de lo esencial del poder económico.

La fase del capitalismo de la organización asiste no sólo a la exacerbación de las contradicciones internas características del sistema capitalista, sino que también se produce una agravación de las contradicciones interimperialistas. Cuando el capital financiero dominaba como dueño absoluto la economía de varios grandes países capitalistas, las contradicciones tenían tendencia a borrarse a causa de la interpenetración de capitales. En cambio, el desarrollo en el seno del capitalismo de la organización de un sector capitalista de Estado refuerza las tendencias antagonistas y la competencia entre las diversas potencias imperialistas. Por ejemplo, probablemente a causa de que Francia es, entre todos los países en los que se ha desarrollado el capitalismo de la organización, el que ha alcanzado el punto más avanzado, este país es el que hoy aparece en el mundo occidental en primera línea de la resistencia a los proyectos de hegemonía del capitalismo norteamericano. En efecto, los capitalistas alemanes o italianos, pese a que sus intereses son igualmente antagónicos respecto al capitalismo norteamericano, siguen mostrándose mucho más sumisos respecto a él, a causa del menor papel que en estos países juega el sector público y la tecnocracia de Estado. El desarrollo de las contradicciones interimperialistas crea las condiciones para nuevos desarrollos de la resistencia de los países que hasta hoy han estado sometidos a la hegemonía del capitalismo mundial más potente, especialmente en América latina. Así, tanto desde el punto de vista internacional como en el interior de cada país tomado aisladamente, el capitalismo de la organización sólo ha podido superar algunas contradicciones del capitalismo clásico a costa de crear otras nuevas.

La importancia de la elaboración de una nueva estrategia para resolver los problemas del paso al socialismo en los países económicamente avanzados es tanto mayor si se tiene en cuenta que las contradicciones del capitalismo de la organización hacen aún mayores estas posibilidades.

LELIO BASSO

Por un análisis dialéctico¹

Las dos intervenciones presentadas por Herbert Marcuse y Serge Mallet en el seminario de estudios de Korcula, llegan a conclusiones diferentes pese a tener un punto de partida análogo. Marcuse manifiesta una absoluta falta de confianza en las posibilidades revolucionarias de las clases obreras de los países capitalistas, que actualmente, se encuentran fuertemente integradas; Mallet, en cambio, piensa que « la nueva clase obrera » puede ser objetivamente la vanguardia del movimiento revolucionario y socialista, en la medida en que es portadora de exigencias de gestión, y por tanto de poder, y con ello se opone a la estructura burocrática y tecnocrática de la sociedad neocapitalista.

En varias ocasiones he escrito que, en lo que se refiere al pensamiento marxista, el texto fundamental para la formulación de una teoría revolucionaria sigue siendo el Prefacio a la *Crítica de la Economía Política*, y en particular el pasaje siguiente, tan conocido :

« En un cierto estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en el interior de las cuales se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas para estas fuerzas. Entonces se abre una época de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica modifica más o menos lentamente o rápidamente toda la colosal superestructura. Cuando se consideran estas modificaciones hay que distinguir siempre entre la modificación material de las condiciones de producción económicas —que deben comprobarse fielmente mediante las ciencias físicas y naturales— y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, es decir las formas ideológicas a través de las cuales los hombres llegan a ser conscientes de este conflicto y lo conducen a su fin. Igual como no se juzga a un individuo sobre la base de la idea que se hace de sí mismo, tampoco se puede juzgar una época de tales modificaciones sobre la base de su conciencia de sí; al contrario, hay que explicar esta conciencia por las contradicciones de la

vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Una sociedad nunca desaparece antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que es capaz de contener, y nunca se substituyen a ella nuevas y superiores relaciones de producción antes de que las condiciones materiales de existencia de estas relaciones hayan madurado en el seno mismo de la vieja sociedad. Por esta razón, la humanidad nunca se plantea otros problemas que los que es capaz de resolver, porque, si se considera con mayor atención, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando existen las condiciones materiales para resolverlo o por lo menos cuando éstas están en camino de llegar a existir ».

De ello se desprende claramente que para Marx, la revolución no era un hecho instantáneo sino un proceso histórico (en este pasaje se habla de una « época », y pocos años antes Marx se refería a varias decenas de años) y que lo que constituía el momento decisivo no era a toma del poder (« las formas jurídicas y políticas ») sino la modificación de las estructuras, respecto a la cual la toma del poder es una consecuencia. Esto correspondía al análisis de la revolución burguesa, que había sido una transformación lenta pero profunda de la antigua sociedad: en la antigua sociedad se habían formado las primeras instituciones burguesas, animadas por un espíritu, impulsadas por una lógica interna en conflicto con el orden general de la época, pero dentro de la cual, sin embargo, se habían creado un lugar; eran los primeros jalones de un largo camino que debía llevar a la burguesía a transformar radicalmente las estructuras del pasado y a asegurarse sólidamente el poder después de haber cimentado « las bases económicas ».

¿ Existen hoy las condiciones para una evolución análoga? Hay que admitir que el movimiento obrero, en la medida en que ha reflexionado sobre estos problemas, los ha planteado en general de una manera diferente. Fascinado

1. Reproducción parcial del artículo publicado en el número 8 (marzo-abril de 1965) en la *Revue Internationale du Socialisme*.

primero por la Revolución francesa, y después por la Revolución rusa, el movimiento obrero ha concentrado sobre todo su atención en la posibilidad de una conquista violenta del poder, y cuando esta posibilidad se ha alejado, por lo menos en apariencia, ha renunciado a la revolución y la ha aplazado para un futuro hipotético, o se ha dedicado de nuevo a la conquista de una mayoría parlamentaria; sin embargo, tal como lo han confirmado los casos de Inglaterra y de los países escandinavos, eso no es en modo alguno una conquista revolucionaria. Así es como poco a poco se ha acreditado la idea de que el movimiento obrero de los países capitalistas desarrollados no tiene una capacidad revolucionaria propia y autónoma; y ha empezado a esperarse el socialismo como una consecuencia de una conquista revolucionaria soviética, y después como una consecuencia de la revolución de los pueblos excoloniales.

Pero si volvemos a la concepción marxista de la revolución, es decir a una transformación de la base económica, seguida de la toma del poder, podremos descubrir quizá en las sociedades capitalistas avanzadas una evolución que está en curso y que Marx habría considerado como revolucionaria. Naturalmente, puesto que se trata de una transformación de la sociedad, hay que examinar la sociedad en su conjunto, con sus aspectos contradictorios, sin pretender expresar toda la realidad en un contraste de blanco y negro, de bien y mal. En otros términos, hay que evitar el error de ver por un lado a la clase capitalista y por otro a la clase obrera como a dos ejércitos netamente separados, alineados frente a frente en el campo de batalla, cuando en realidad son dos clases inextricablemente ligadas en las actividades de la vida cotidiana, pese a que esta proximidad no excluya un conflicto en el plano de los intereses fundamentales. Esta es la única manera de comprender por una parte el desarrollo del capitalismo y por otra la acción de clase obrera, no como la culminación de un plan de lógica abstracta, sino como los diferentes momentos de un proceso histórico concreto en el que todo está ligado, en el que cada episodio está estrechamente condicionado y relacionado con los otros, en el que cada acto, cada mutación, cada transformación se repercute indefinidamente en una cadena de otros actos, de otras transformaciones, de otras mutaciones.

Por lo tanto no podemos concebir el proceso revolucionario como la acción consciente de una clase obrera, toda ella revolucionaria, cuyo

objetivo único sería golpear a la sociedad capitalista en sus raíces. Sabemos que una gran parte de la clase obrera de los países capitalistas desarrollados se deja integrar en la sociedad capitalista, y se convierte, a través de sus organizaciones políticas y sindicales, en uno de sus pilares fundamentales. Este proceso de integración ya ha sido descrito tantas veces que es innecesario insistir en él. Hace más de ciento veinte años que Marx escribió en los *Manuscritos económico-filosóficos* que « el aumento del salario suscita en el obrero el deseo de enriquecerse, que es la característica del capitalista » y no hay duda ninguna de que la sociedad capitalista moderna ha conseguido enrolar a la gran mayoría de sus miembros en la carrera de los mayores beneficios, condición necesaria para un aumento continuo del consumo. Cada vez es más difícil encontrar militantes de la clase obrera para los cuales la opción socialista sea ante todo la elección de un modo de vida diferente del de la sociedad burguesa y opuesto al mismo.

Sin embargo, este fenómeno de integración no es más que la otra cara de un fenómeno contrario, que es la creciente proletarianización; expresión que hay que entender en el sentido de paso a la condición de trabajador asalariado. Se trata de la desaparición gradual de la situación de trabajador independiente (artesanos, pequeños empresarios, profesiones liberales, etc.) y la concentración de la inmensa mayoría de la población en la categoría de « trabajador asalariado », que obliga a la clase capitalista a encontrar su base de apoyo en esta mayoría, y a poner en práctica los mecanismos de integración, abandonando la posición de lucha abierta y de represión violenta que caracterizaron al siglo pasado. Asistimos pues a un desarrollo que sigue una doble línea: proletarianización e integración, lo cual por una parte aumenta enormemente la masa de los que sufren directamente la explotación capitalista y, por consiguiente, son adversarios potenciales del capitalismo, y por otra parte tiende a transformar estos adversarios potenciales en puntales del régimen. Esquemáticamente mucho, se podría decir que la sociedad capitalista ha conseguido equilibrar el empuje objetivo que para la lucha de clases representan las relaciones de trabajo y de explotación, oponiéndole el empuje hacia la integración que proviene de la vida social, de la vida fuera de las relaciones de trabajo, donde se experimenta con mayor intensidad la atracción del consumo de masa y de los modos de vida burgueses, pese a que los factores de integración también

existen en el interior de las relaciones de trabajo, como por otra parte existen fuera de los mismos causas de conflictos y de luchas. En otras palabras, parece que hoy no puede considerarse a la clase obrera *solamente* como portadora histórica de exigencias revolucionarias, o *solamente* como clase integrada en la sociedad capitalista; es una y otra cosa simultáneamente. No hay clase obrera, por revolucionaria que sea, que no esté dispuesta, durante los periodos de prosperidad, a disminuir su tensión, que no acepte, por lo menos parcialmente, los modelos burgueses y la lógica de la sociedad capitalista, y que por consiguiente no se convierta objetivamente en un elemento de sostén de la sociedad capitalista. Y recíprocamente, no hay clase obrera, por integrada que esté, que no sea explotada en las relaciones de trabajo y alienada en el plano general de su existencia en la sociedad burguesa, y que por consiguiente no lleve en sí, más viva o más adormecida, la conciencia o por lo menos el instinto de clase; y que no esté dispuesta a batirse contra la explotación capitalista, más o menos radicalmente según las circunstancias. Y, dada la inestabilidad permanente del capitalismo, siempre pueden presentarse circunstancias agudas y dramáticas.

Esta ambivalencia de la clase obrera tiene su paralelo —e incluso su origen— en el carácter fundamentalmente contradictorio de la sociedad capitalista: la oposición entre el carácter social de la producción y la apropiación privada de los beneficios. El carácter social del proceso de producción, que cada vez se manifiesta más ampliamente, contiene de hecho el germen de desarrollo de tipo objetivamente socialista, que entra en conflicto con la lógica interna de la sociedad capitalista, la lógica del beneficio privado. El capitalismo, para asegurar su supervivencia y su desarrollo, debe preservar a cualquier precio el mecanismo de los beneficios, pero esto sólo puede hacerlo a condición de llegar a continuos compromisos para neutralizar los empujes hacia el socialismo que se originan en el interior del proceso de producción.

Así puede suceder que ciertas medidas reivindicadas durante mucho tiempo por la clase obrera como conquistas en el camino del socialismo, y ferozmente rechazadas por la clase patronal, en un determinado momento se conviertan en una necesidad para el capitalismo en su proceso de desarrollo, y terminen siendo utilizadas por él para sus propios fines. En otra ocasión he citado un ejemplo a este

respecto: las luchas por los salarios que durante decenios suscitaron una feroz oposición entre los capitalistas; el aumento de los salarios se ha convertido más tarde en un elemento positivo del desarrollo capitalista, ya que favorece el consumo de masa. Claro que hay capitalistas que, individualmente, siguen intentando hoy resistir a las reivindicaciones salariales, pero la actitud de la clase capitalista en su conjunto ha cambiado; ahora reconoce en el consumo de masa (y la masa hoy está representada casi exclusivamente por los trabajadores asalariados) una garantía indispensable del beneficio. Lo mismo puede decirse de la intervención del Estado en la economía, de las nacionalizaciones, de la misma planificación, que fueron objetivos específicos del movimiento obrero y que el capitalismo debe hacer suyos en cierta medida porque son necesidades impuestas por la socialización creciente del proceso de producción, el cual no lograría desarrollarse ni superar sus dificultades y contradicciones sin medidas de carácter social.

Se podría decir lo mismo, en un sector diferente, del sufragio universal, conquista arrancada por la clase obrera después de duras y violentas luchas, y que a continuación ha demostrado ser un precioso instrumento de conservación del orden capitalista, porque ha canalizado las reivindicaciones y las luchas de la clase obrera, llevándolas al terreno parlamentario y dándole la ilusión de la soberanía popular, y por consiguiente desviando los impulsos revolucionarios. La misma liberación de los pueblos coloniales, que durante mucho tiempo fue una reivindicación socialista contra el imperialismo de las clases dirigentes, ha sido reabsorbida por éstas y ha abierto la vía a la experiencia fructífera del neocolonialismo.

Sin embargo sería un error sacar como conclusión de esta coincidencia entre reivindicaciones obreras y exigencias objetivas del desarrollo capitalista, que se trata de reivindicaciones erróneas y de conquistas que no modifican la situación. En efecto se trata de conquistas que no tienen un valor de ruptura revolucionaria de la sociedad capitalista; de la misma manera que el parlamento no ha dado la soberanía a las masas y no ha significado el paso del poder político a la clase más numerosa, igualmente la planificación capitalista y las nacionalizaciones en régimen capitalista están muy lejos de realizar el socialismo. Mientras el capitalismo esté en condiciones de

reabsorber en su propio sistema las concesiones que, en su mayoría, le han sido arrancadas al precio de duras luchas, se puede decir que su carácter esencial no se ha modificado en nada. Sería puro reformismo carente de todo espíritu crítico pretender que estas conquistas demuestran que la sociedad capitalista puede ser transformada en una sociedad socialista, pero en cambio sería maximalismo estéril negar todo valor a estas conquistas y sostener que su único resultado es integrar a la clase obrera en la sociedad capitalista. En ambos casos se trata de posiciones unilaterales que no ven más que un aspecto de la realidad y no la realidad en su conjunto.

El movimiento obrero no puede ser indiferente a la naturaleza específica del régimen en el que vive y actúa: el capitalismo puede revestir, como ya lo ha hecho en el curso de su historia, diferentes aspectos económicos, sociales y políticos, conservando sus características generales. Pero en la medida en que asimila los aspectos que le son impuestos por la coincidencia entre las luchas obreras y las exigencias sociales del desarrollo, crea las bases para una futura sociedad socialista, incluso pese a que sean justamente estos aspectos los que le permiten superar provisionalmente sus contradicciones y entrar en una fase más evolucionada. Sin ninguna duda sería un error creer que si una medida determinada, o una reforma, beneficia en último análisis al capitalismo, debe ser rechazada y combatida por el movimiento obrero¹. E incluso, sólo en la medida en que hay coincidencia objetiva entre las justas reivindicaciones de la clase obrera y las transformaciones que se han hecho necesarias por la socialización del proceso de producción (por ejemplo, la intervención del sector público, la planificación, etc.), sólo entonces se puede decir que se han introducido en la sociedad capitalista mecanismos, instituciones, criterios de acción que corresponden a una lógica diferente a la lógica del beneficio², pese a que a fin de cuentas sirvan a su defensa; lo cual significa solamente que el capitalismo para salvaguardar el mecanismo del beneficio amenazado por sus contradicciones internas, está obligado a darle un nuevo marco que responda a una lógica diferente, la de la producción social.

Así tenemos un cuadro del desarrollo histórico y del proceso revolucionario que difiere bastante del que ordinariamente se presenta. No hay choque frontal entre capitalismo y clase obrera, sino un desarrollo dialéctico en el que

ambos adversarios están estrechamente unidos y se influyen recíprocamente. La clase obrera no está librando una continua batalla de asalto a la ciudadela capitalista, sino que es influenciada y se deja integrar hasta el extremo de convertirse, a través de la socialdemocracia, en uno de los pilares del conservadurismo, pero el capitalismo, para integrarla y para dar solución a las exigencias de la producción social, incorpora a su sistema mecanismos que también pueden ser utilizados fuera del sistema del beneficio. Si bien éste conserva la misma línea esencial, hay que reconocer que en su seno —como ya sucedió antes en el seno de la sociedad precapitalista— están naciendo elementos de una organización social potencialmente diferente. Es cierto que mientras dure el capitalismo, mientras dure el sistema del beneficio, estos elementos se pliegan a las exigencias del sistema, pero empieza a esbozarse una futura alternativa que podrá realizarse el día en que prevalega una voluntad política revolucionaria, es decir contraria al sistema del beneficio.

Considerado en abstracto, este proceso podría prolongarse hasta el infinito. No hay catástrofe final, no hay crisis irremediable, no hay hundimiento automático del capitalismo. Al contrario, el sistema ha dado pruebas de una tal elasticidad que podemos imaginar perfectamente que en el futuro continúe absorbiendo a una a las reivindicaciones y las conquistas

1. A este respecto hay que recordar el discurso de Marx sobre la cuestión del librecambio (Bruselas, 1848). Después de haber afirmado que el librecambio no era más que la libertad para el capital para mejor explotar a los trabajadores, y que por consiguiente el librecambio reforzaba el capitalismo, llegaba a la conclusión de que sin embargo liquidaba el espíritu conservador del régimen proteccionista y llevaba más lejos el antagonismo entre la burguesía y el proletariado y que, por tanto, él, Marx, votaba en favor del librecambio. Parece que Marcuse en su intervención ha olvidado este carácter dialéctico del marxismo, cuando ataca la coexistencia del capitalismo y del socialismo, que reforzaría el capitalismo al favorecer el crecimiento de la productividad, el desarrollo económico y la unificación económica y política del mundo capitalista. No hay duda de que el reto lanzado por el comunismo al capitalismo ha sido para éste una advertencia saludable: sin la coexistencia competitiva de los dos sistemas nunca habría habido tantas políticas de desarrollo ni se habrían resuelto tantos conflictos internos del imperialismo. Pero ver sólo este aspecto en la coexistencia, es no comprender el sentido global de la presencia del sistema socialista en el mundo y de su capacidad de progreso pacífico y de competición victoriosa en el marco de la coexistencia.

2. Se podría decir, con Marx, que se trata de «brechas» en la sociedad capitalista, en el sentido en que el propio Marx lo proponía a Ruge refiriéndose al Estado cristiano: «hay que hacer el máximo de brechas en el Estado cristiano e introducir fraudulentamente a través de ellas lo racional, en la medida en que podamos hacerlo» (carta del 13 de marzo de 1843).

del movimiento obrero, modificándose sólo lo indispensable para poder seguir absorbiendo otros elementos de un eventual « socialismo », otras condiciones objetivas, si se quiere, del socialismo, pero conservando el mecanismo del beneficio, adaptado y perfeccionado todo lo que haga falta, sin que nunca se llegue a un choque decisivo entre las exigencias de una producción cada vez más social y lo absurdo de la apropiación privada del beneficio y del poder. El choque decisivo sólo se produce cuando una voluntad política de signo opuesto, una voluntad política revolucionaria, se afirma en el seno de la sociedad capitalista y se apodera del poder. La conquista definitiva del poder para la clase obrera sigue siendo el punto de ruptura entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista, el momento culminante y decisivo del proceso revolucionario, pero esta conquista del poder —tal es la enseñanza de Marx, en particular tal como aparece en el pasaje que hemos citado más arriba— no puede ser considerada como suficiente en sí misma, sino sólo en estrecha relación con la lucha por la transformación de las bases económicas, de las estructuras sociales, y como coronamiento de esta lucha.

El examen de la conquista del poder exigiría un análisis de la naturaleza del Estado que no puedo abordar en este artículo que no es más que una introducción a un desarrollo ulterior. Me limitaré, pues, a un breve esquema, que habrá que profundizar, y pido perdón a los lectores por las inevitables imprecisiones que me impone la concisión de este artículo. En una sociedad más simple que la nuestra, el poder político puede disfrutar de una relativa autonomía respecto a las estructuras sociales, y puede aprovechar esta autonomía para modificar las estructuras, empleando si es necesario técnicas importadas, por ejemplo la industrialización forzada en un país en vías de desarrollo. Pero en una sociedad muy compleja y articulada como es la sociedad capitalista desarrollada, el poder está cada vez más condicionado por mecanismos sociales y en cierta medida se encuentra incorporado a éstos, de tal forma que es difícil emplear el poder contra el sistema, salvo en caso de ruptura revolucionaria total que supone precisamente la conquista del poder político por la clase revolucionaria. Por esto hoy es difícil reducir el papel del Estado a un simple poder coercitivo de clase (ejército, tribunales, policía, cárceles). A medida que se ha consolidado y que ha logrado integrar a la clase obrera en el sistema, la burguesía ha cargado cada vez menos el acento en el elemento coercitivo (que sigue siendo, sin embar-

go, una de las características del Estado y que pasa a primer plano en caso de necesidad), y lo ha cargado, en cambio, cada vez más en la organización preventiva de la adhesión (escuelas, prensa y otros medios de comunicación de masas, etc.), para llegar al fin a hacer del Estado el instrumento que garantice el equilibrio, que favorece el desarrollo económico y organiza la seguridad de la sociedad, garantizando así su cohesión interna. Más que un Estado-policía, hoy tenemos frente a nosotros el Estado-organizador, que se ha convertido en elemento indispensable para el buen funcionamiento de todos los mecanismos sociales, tanto al nivel de las estructuras como al nivel de la ideología, gracias a la cual el conjunto de la sociedad ofrece una coherencia particular, su más sólido cemento.

Precisamente por el hecho de que el Estado y el poder político deben garantizar la coherencia, el equilibrio y el buen funcionamiento del sistema, resulta imposible pedir a los gobiernos de coalición (como el italiano y el belga) o a gobiernos socialdemócratas (como el inglés) que sean otra cosa que leales gestores de la máquina capitalista. Si el Estado no cumpliera sus funciones, hoy íntimamente ligadas a las funciones sociales en todos los terrenos, los principales mecanismos de la sociedad, empezando por el mecanismo del beneficio, dejarían de funcionar y la sociedad entera entraría en una crisis extremadamente grave. Y esto sólo es posible si el poder político tiene una voluntad irreversible de ruptura con el viejo orden, y si ya tiene preparados otros mecanismos, diferentes de los del beneficio y del capitalismo en general, para hacer que el cuerpo social pueda seguir funcionando.

Precisamente en este punto el problema de la lucha por el poder confluye con el de las transformaciones estructurales en el sentido indicado por Marx. Sólo en la medida en que la base económica se ha modificado gradualmente, en la medida en que se han creado nuevos mecanismos o nuevos centros de poder, en la medida en que la clase trabajadora ha aumentado numéricamente y ha crecido en cuanto a peso social, puede madurar la conciencia de responsabilidades superiores para la clase obrera, la conciencia de la necesidad de una gestión directa del poder; una gestión que deje de hacerse en favor del beneficio para hacerse en favor del interés colectivo; y sólo en esta medida pueden modificarse de hecho las relaciones de fuerza entre las diferentes clases sociales.

Cuan
refie
juríd
pron
refie
de d
a su
impe
su v
sent
nant
auto
la c
dom
naci
basc
esta
cohe
del
nan
pue
repl
am
tod
soci
que
rati
neci
pre:

Per
sen
apr
niz
fue
cad
la r
Ina
sirr
añz
y la
to
enr
pre
inf
no
ros
sor
nu
me
tac
soc
im
co
to
pa
de
qu

Cuando hablo de « relaciones de poder » no me refiero naturalmente al « poder » en el sentido jurídico del término, es decir a la facultad de promulgar normas obligatorias; y tampoco me refiero al sentido estrictamente político: poder de disponer del aparato del Estado; me refiero a su pleno sentido social, como fuerza capaz de imponer al mismo Estado y a la colectividad su voluntad total o parcialmente. En este mismo sentido hablamos de poder de la clase dominante que logra imponer su voluntad a las autoridades constituidas y, a través de ellas, a la colectividad. Este poder pertenece a la clase dominante en virtud de su posición de dominación en las relaciones de producción de su base estructural. En la medida en que, sobre esta base se erige un sistema que tiene una coherencia interna propia, el funcionamiento del sistema confiere su fuerza a la clase dominante. Sobre esta base, la clase dominante puede construir una segunda esfera de defensa representada por la adhesión al sistema de amplias masas de ciudadanos, gracias sobre todo al apoyo de la Iglesia Católica o de la sociodemocracia, y finalmente una última esfera que es el aparato coercitivo del Estado —aparato que, pese a estar guardado en reserva, es necesario y puede ser utilizado cuando se presentan dificultades.

Pero la clase obrera también posee, en este sentido, una parte del poder. Desde que, hace aproximadamente un siglo, empezó a organizarse y a tomar conciencia de su propia fuerza, ha conseguido que su voluntad pese cada vez más en las decisiones colectivas. Y en la medida en que, como se dice en el Manifiesto Inaugural de la Primera Internacional, a la simple masa numérica de la clase obrera, se ha añadido la unidad organizada de los esfuerzos y la voluntad consciente de utilizarlos en el asalto al bastión adverso, el poder obrero se ha enriquecido con instrumentos nuevos que han probado su eficacia ampliando la capacidad de influencia de esta clase. Estos instrumentos no son sólo los sindicatos y los partidos obreros, las huelgas y demás medios de agitación; son y pueden ser todas las formas, viejas y nuevas, a través de las cuales la clase obrera manifiesta e impone su presencia y su voluntad. Por consiguiente, toda transformación de la sociedad que aumente la participación, la importancia y el peso de las fuerzas colectivas, constituye también un aumento de poder, y todo aumento de poder puede ser utilizado para posteriores transformaciones, a condición de que la clase obrera y sus partidos sepan lo que quieren, en qué dirección quieren trabajar,

qué reformas de estructuras quieren operar. Es un proceso dialéctico que determina un crecimiento progresivo del poder de la clase obrera en el interior de la sociedad capitalista, en estrecha relación con las modificaciones de estructuras que la sociedad misma sufre como resultado de las luchas obreras y de sus propios impulsos internos. Por esto hoy es difícil aislar el problema de la conquista del poder y convertirlo en una « cuestión previa » en relación con toda transformación de la sociedad; o replantear el problema de la conquista del poder en los términos tradicionales de un asalto contra las instancias materiales del poder adverso; poder y estructuras están hoy más íntimamente ligados que en el pasado, y hay que prever un proceso unitario.

Sin embargo, hay que añadir algunas consideraciones a este esquema que podría parecer simplista. No hay duda de que las transformaciones de estructuras impuestas por el carácter social de la producción prestan ayuda a este proceso obligando a la clase capitalista a admitir en el sistema, aunque sólo sea para asimilarlos sin alterar la base fundamental del beneficio, mecanismos que entran en conflicto con la lógica del beneficio privado, como por ejemplo la acumulación pública y los servicios sociales que podrían constituir los pilares de una organización social diferente. En un sentido más general, se puede decir que en la medida en que el neocapitalismo tiende a trasladar los mecanismos estabilizadores del sistema y la dinámica del desarrollo de « después » (ciclo) a « antes » (política anticíclica e intervenciones públicas), es decir de la espontaneidad a la previsión y al programa, del mercado al poder público, el neocapitalismo crea condiciones que podrían favorecer el crecimiento del poder colectivo, puesto que hacen de la colectividad —y ya no de los patronos tomados aisladamente— el verdadero protagonista de la vida económica de la nación y también de las diversas empresas.

Sin embargo este proceso choca con la violenta hostilidad de las fuerzas neocapitalistas que, precisamente para escapar a su lógica interna, tienden a concentrar cada vez más los poderes efectivos de decisión entre manos poco numerosas. Se trata de la natural tendencia antidemocrática del neocapitalismo que se ve obligado a defender el carácter privado de la apropiación del beneficio en una economía cuyas dimensiones son cada vez más vastas y cuyos fundamentos son cada vez más colectivos. La contradicción fundamental del capitalismo

tiende aquí netamente a despojar a la colectividad de todo poder de decisión con tanta mayor fuerza que la lógica de las cosas empuja en la dirección opuesta. Que este proceso antidemocrático se oriente hacia una verdadera dictadura de tipo fascista, o hacia una forma de poder personal de tipo gaullista, o hacia la formación de una reducida oligarquía de hombres de negocios, de una alta burocracia civil, militar o técnica, o de líderes políticos, no cambia el aspecto fundamental; la evolución en curso en los países occidentales va en todas partes más o menos en esta dirección. En una sociedad de masa, esta evolución es posible si se obtiene el apoyo, aunque sea pasivo, de las masas; y a esta finalidad colaboran la despolitización, la desideologización, la mixtificación de la conciencia de las masas, como aislamiento del hombre en relación con la vida colectiva dominada por el patrón de la fábrica, por el poder anónimo y lejano que es el poder político, por el objeto de consumo que le impone la vida social. Hoy día una lucha por el poder es ante todo una lucha contra estas tendencias, de las que la socialdemocracia tiende a hacerse cómplice, en su nuevo papel de piedra angular de la sociedad neocapitalista.

Este artículo que, como le dicho, no es más que una introducción a desarrollos más amplios y una invitación a la discusión y al debate, no nos permite hacer más que estas indicaciones generales. La primera indicación general es que una lucha de esta clase sólo es posible si existe una dirección política consciente, es decir un partido capaz de quererla y de iniciarla. Mientras los partidos obreros separen la lucha cotidiana de la conquista final del poder, o aislen la lucha por el poder de la lucha por las transformaciones estructurales que son la base del poder, o, lo que es peor, mientras los partidos obreros limiten su acción a las luchas reivindicativas y parlamentarias, o en fin, mientras dejen a la clase capitalista la iniciativa de las grandes batallas (por ejemplo la de la política de rentas), limitándose a una posición defensiva, se progresará muy poco en la vía hacia el socialismo. En una perspectiva de este tipo, se puede prever que la clase dominante conseguirá siempre controlar la dinámica evolutiva del sistema y que el neocapitalismo quizá seguirá siendo « neo » pero no por ello dejará de ser capitalismo, porque, repito, no existe evolución espontánea que pueda conducir directamente al socialismo.

Más aún, incluso si el movimiento obrero consigue con su acción modificar por poco

que sea el sistema, la conquista puede ser parcialmente anulada por el proceso de « reabsorción », es decir de adaptación del sistema capitalista a la nueva conquista, como ya ha sucedido con tantas conquistas hechas en el pasado. Se trata sobre todo de un problema de ritmo y de plazos; a largo plazo, la reabsorción siempre es posible, mientras que a corto plazo, la introducción de una reforma de estructuras produce desequilibrios de poder que deben ser explotados por el movimiento obrero. Esta es la razón por la cual el movimiento obrero debe rechazar lo que se llama el « realismo político » que consiste en proponer reformas sólo cuando han « madurado » desde el punto de vista de la sociedad capitalista; esta actitud revela una mentalidad subalterna. El ritmo de las conquistas sólo adquiere un valor verdaderamente revolucionario si se precipita, sin esperar a que se cumplan los largos plazos de la adaptación.

Pero este proceso de conquistas o de reformas de estructuras o, como nosotros lo hemos definido, de introducción de elementos de una organización diferente y de una lógica distinta en el marco de una sociedad capitalista, sólo adquiere su pleno valor si va acompañado de una ampliación del poder obrero. Lo cual es posible si el movimiento obrero considera como eje de su acción el principio según el cual al carácter social del proceso de producción debe corresponder un carácter social análogo del proceso de decisión; según el cual toda extensión del carácter social de la producción debe ser acompañada por una extensión paralela de la participación colectiva en las decisiones que afectan a la colectividad. Y esto no sólo para participar en una mejor gestión del sistema, sino para introducir en todas partes la alternativa, la solución de recambio, la línea de una gestión concebida sobre la base del interés colectivo y no sobre la de la lógica del beneficio privado. Se trata, por lo tanto, de impulsar tan lejos como sea posible el conflicto entre dos lógicas que, si se desarrollan, son antagónicas e incompatibles³, y que deben

3. En el Manifiesto Inaugural de la Primera Internacional, Marx había puesto en evidencia este proceso: « Esta lucha por la limitación legal de la jornada de trabajo se hizo aún más furiosa, porque —dejando a un lado la avaricia alarmada— de lo que se trataba era de decidir la gran disputa entre la dominación ciega ejercida por las leyes de la oferta y la demanda, contenido de la economía política burguesa, y la producción social controlada por la previsión social, contenido de la economía política de la clase obrera. Por eso, la ley de la jornada de diez horas no fue tan sólo un gran triunfo práctico, fue también el triunfo de un principio; por primera vez la economía política de la burguesía había sido derrotada en pleno día por la economía política de la clase obrera ».

desarrollarse en todas partes, mediante la acción de todas las fuerzas y de todo el poder de la clase obrera guiados por una voluntad programática de ruptura del sistema y de conquista del poder, fundada en las exigencias objetivas de la socialización en curso de la vida moderna.

La ruptura del sistema y la conquista del poder son el resultado de este proceso, el resultado de una lucha conducida desde dentro del sistema y sobre la base de sus contradicciones, pero con un programa claramente orientado fuera del sistema y que por consiguiente entrevé la solución de los diferentes problemas en las perspectivas mismas de la sociedad que quiere edificar. No hay ninguna duda que la ruptura del sistema y la conquista del poder no pueden reducirse totalmente a un proceso progresivo de este tipo; en un determinado momento se llegará a un umbral que habrá que franquear, a una correlación de fuerzas que habrá que romper, a una situación en que habrá que acabar la conquista del poder. Entonces se planteará el problema de la violencia revolucionaria, pero este momento no llegará nunca si los partidos de la clase obrera no lo han preparado de una manera constante mediante una acción cuyas líneas generales he

intentado bosquejar. Se trata de una acción que puede perfectamente ser pacífica y que es absolutamente democrática puesto que tiende a promover la iniciativa y la participación responsable de las grandes masas en los problemas de la vida colectiva.

La tarea que corresponde a los partidos obreros no es sólo hacer la revolución *mañana* en circunstancias que aún no podemos prever; sino llevar a cabo *hoy* la acción necesaria para acercar y para preparar el enfrentamiento final. Este momento será aplazado indefinidamente si los partidos obreros que quieren este enfrentamiento no llevan a cabo desde ahora una acción consciente y organizada. Probablemente será necesaria una transformación de las estructuras actuales de los partidos, pero este es otro problema.

Una última observación antes de terminar. En este artículo he hablado en términos de sociedad capitalista desarrollada. Pero que quede claro que la lucha por el socialismo es una lucha a escala mundial que necesita la colaboración de todos; en primer lugar de los países socialistas, pero también de los pueblos excolonizados que luchan por su emancipación, en estrecha alianza con el movimiento socialista de los países capitalistas.

Pedidos a Ediciones Ruedo ibérico 5, rue Aubriot, Paris 4 C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta: Cuaderno ordinario 7,— F

Condiciones de suscripción:

	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
España	360,— Pts	600,— Pts
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de las Ediciones Ruedo ibérico.

* Véase la página 66.

Ediciones Ruedo Ibérico

Colección España contemporánea

En esta colección Ruedo ibérico publica textos sobre problemas de tipo político, social y cultural de las épocas que constituyen el antecedente inmediato al momento actual español. La selección de las obras incluidas en esta colección obedece a un criterio amplio y no está determinada por ningún partidismo previo.

HUGH THOMAS

La guerra civil española

600 páginas

30 mapas

27 F

GERALD BRENAN

El laberinto español

Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange Historia del fascismo español

276 páginas

24 F

5 rue Aubriot Paris 4

Ayuntamiento de Madrid

del Franquismo a la República

JOSÉ MALDONADO

Ya no es arriesgado afirmar que la dictadura franquista ha llegado a la etapa final del ciclo que es común a regimenes de ese tipo. No será ocioso, sin embargo, registrar una serie de hechos significativos de disgregación que se están produciendo simultáneamente en nuestro país y que sirven para corroborar aquel aserto.

Aludo, por una parte, al público reconocimiento de pasados errores, a declaraciones de fe en los principios democráticos, hechas por quienes los combatieron con tesón como fórmulas superadas, de cuya práctica decían que era engendradora de serios peligros. Nadie desconoce tampoco, entre quienes siguen de cerca el desarrollo de la situación en España, cómo van distanciándose del régimen bastantes de los que fueron sus conspicuos colaboradores, y cómo otros pretenden tener la habilidad de seguir sirviéndole, sin dejar por ello de desaprovechar la ocasión —incluso forzándola, si es menester— de establecer contactos con personas u organizaciones de las que sospechan —y no con error— que representan posibilidades de futuro, futuro que discrepa fundamentalmente, por cierto, de lo que en los medios oficiales se llama aún el espíritu del 18 de julio. Finalmente —y el caso tiene aún más relieve si cabe— no pueden ignorarse los esfuerzos, más cautos, más discretos, menos visibles, de los grupos de presión económica, de los grandes beneficiarios del sistema, para que éste continúe en forma más o menos encubierta, para que siga produciéndose la injusticia de que el 13 % de los españoles, los que dirigen los grupos financieros, disfruten de un tercio del importe de la renta nacional, mientras cerca de tres millones de nuestros compatriotas (el 9 % de la población) tiene ingresos inferiores a la irrisoria suma de 1 800 pesetas mensuales.

Otro fenómeno nuevo es el de las repercusiones que tienen en múltiples aspectos de la vida española las orientaciones que sugiere la Iglesia de Roma después del Concilio y aunque sus efectos han de aparecer paliados por el anquilosamiento de algunos sectores influyentes del clero, es innegable, como lo prueban con reiteración recientes manifestaciones públicas, que contribuyen con eficacia a quebrantar las ya bien endeblés estructuras existentes.

El otro factor, que con el gran capital y con la Iglesia, contribuyó a la creación y al sostenimiento del franquismo, el ejército, no constituye ya el cuerpo unitario de los días de la « cruzada ». Lo que se ha llamado « la aceleración de la historia » sitúa rápidamente en remoto pretérito acontecimientos todavía recientes en el tiempo. El ejército, como colectividad, no sólo no se siente solidario del régimen, al que algunos de sus miembros combaten abiertamente en documentos de origen y orientación diferentes, que circulan con profusión en España. Tampoco se muestra adscrito a ninguna forma de gobierno determinada y quienes lo integran analizan el provenir con perspectivas divergentes.

Ante ese conjunto de actitudes que nos hemos limitado a esbozar, los hombres del régimen —presionados además desde el exterior por motivos de

orden ideológico y más aún por imperativos de carácter económico— en su anhelo de pervivir proyectan como fórmulas de adaptación a las corrientes a las que quieren incorporarse dos supuestos que son irrealizables: la pretendida « liberalización » y el proyecto de « institucionalización ». La primera no es viable porque, como demuestra el ejemplo más reciente, la Ley de Prensa, es parcial en la doble acepción del vocablo; parcial, con reprochable parcialidad, puesto que no les permite a todos iguales posibilidades de expresión; parcial por incompleta, porque las libertades se conceden con plenitud o se niegan, pero no se administran dosificándolas. Tampoco pueden llevarse a la práctica las reiteradas promesas de « institucionalización », tantas veces hechas como diferidas, porque no hay manera de conciliar lo que Franco llama « el espíritu de nuestras tradiciones » y « la continuidad de nuestra obra », es decir, los principios básicos de su dictadura, con ninguna de las instituciones en vigor en el área política en la que pretende desenvolverse.

El más superficial observador de lo que acaece en nuestro país llega, pues, sin esfuerzo, a la conclusión de que el Estado español está en crisis, crisis que es insoluble en el marco del artificio existente. A quienes no hemos dejado de combatir la dictadura franquista desde la época en que los que la propugnaban (los que la establecieron luego, los que la dirigen, los que disfrutaban de las dádivas que lleva anejas el poder en esa clase de regimenes) nos conforta lo que sucede, sentimiento que se mezcla en nuestro ánimo con la inquietud que nos produce el acierto o el desacierto con que puedan enfocarse en estas horas decisivas las soluciones de mañana.

Las presiones, interiores y exteriores han obligado al régimen a mínimas concesiones y cuando una dictadura abandona los métodos de fuerza pone de manifiesto su debilidad, comienza a deslizarse por la pendiente de las transigencias, inicia un proceso de descomposición que estimula y refuerza a las oposiciones, cuya misión consiste hoy en acelerar la caída del sistema.

La acción, para ser eficaz, ha de tener una orientación diferente en cada una de las etapas de la lucha. En la que hoy vivimos, lo aconsejable es aunar los esfuerzos de quienes frente a lo existente proclaman las libertades esenciales: las de pensamiento, prensa y tribuna, las de reunión y asociación, la sindical. Sumar el mayor número de voluntades constituyendo así un gran movimiento nacional, qui siga presionando al régimen mientras subsista, que pueda influir de manera decisiva en las situaciones transitorias que previsiblemente han de suceder a aquél, advirtiéndoles a quienes en ese momento asuman el poder los graves riesgos que habrían de correrse si se establecieran nuevas instituciones, sin previa y limpia consulta electoral.

Lo que importa, es establecer en España un sistema político estable, que permita la convivencia de los españoles, que haga posible la pacífica coexistencia de los diferentes pueblos que integran el Estado. Es necesario que se ponga definitivamente término a las situaciones de fuerza que dividen al país en vencedores y vencidos, que provocan y justifican las reacciones violentas de estos últimos; es preciso que las inevitables tensiones entre diferentes sectores sociales encuentren apropiado cauce para su solución en normas que emanen de órganos legislativos que sean a su vez reflejo del juego limpio, del ejercicio riguroso de los principios democráticos.

La pretendida legitimidad monárquica caducó al romperse en 1923 el « pacto » en que se basaba, en virtud de los preceptos de la Constitución

de 1876. Alfonso XIII, en su mensaje de despedida en 1931, suspendió el ejercicio del Poder real ante el resultado adverso de unas elecciones, « *mientras habla la nación* » según dijo, y se fue de España, « *reconociéndola como única señora de sus destinos* ». ¿ Seguirán los veleidosos descendientes del que fue último Rey de los españoles, siendo fieles a esos principios ?

Inequívocas y reiteradas expresiones de la voluntad nacional hicieron surgir después y mientras ello ha sido posible, otra legitimidad, la republicana; pero ésta, que nace del sufragio universal, se renueva sometiéndose siempre a él, aceptando sus decisiones soberanas.

En España se ha abierto, pues, un periodo constituyente y el único procedimiento para salir correctamente de él, estimamos que es el de la formación « *de un gobierno provisional que represente a todas las fuerzas vivas del país y asegure el orden, en tanto que el sufragio universal eche los cimientos de nuestra regeneración social y política* », como reza la proclama de los que destronaron a Isabel II, cuyo reinado se asemeja en tantos aspectos a lo que sucede en la España actual. Ese fue también el procedimiento que le permitió a Francia salir del régimen de Vichy y a Italia del que había establecido Mussolini, por no citar ejemplos más recientes de pueblos cuya cultura y tradiciones están más alejadas de las nuestras. Esa es la fórmula que con decoro podemos suscribir todos, las derechas y las izquierdas, los monárquicos y los republicanos.

La paz entre los españoles, el porvenir de España, aconsejan el recurso e esa consulta electoral, la convocatoria de una Asamblea constituyente, convocatoria que deberá hacerse por uno de los sistemas de la representación proporcional, que es el procedimiento que puede reflejar con fidelidad en el Parlamento los diferentes matices de la opinión.

No hay que descartar, naturalmente, la posibilidad de un golpe de Estado, que, interrumpiendo ese proceso normal, estableciera una forma de gobierno, al margen del sentir de los españoles. En ese supuesto, quienes propiciaran tal acto asumirían la grave responsabilidad a abrir en el país un nuevo y largo periodo de peligrosos conflictos. Si esta incidencia no se produce, entramos en otra fase del problema.

Así como frente a la monocracia existente es lógico que luchen en la misma dirección quienes quieran reemplazarla por un sistema pluralista, una vez que la vía democrática está abierta, es lógico, a su vez, que las diferentes corrientes de opinión aspiren, reclutando prosélitos, a que prevalezcan sus programas. Entonces, situadas en un plano de igualdad todas las fuerzas en pugna, las de la izquierda y las de la derecha, habrán de presentarse las opciones, habrá de establecerse el debate ante la opinión pública para informarla, que eso es la democracia.

Por lo que respecta a los que, como yo, son republicanos, luchamos y seguiremos luchando en ese periodo constituyente por la instauración de la República. Y no adoptamos esa posición por obstinación sino apoyándonos en razones que nos parecen concluyentes. No ignoramos que existen en el mundo monarquías en las que la democracia no es un mito, pero también estamos persuadidos de que, esa forma de gobierno, si se estableciera en España, tendría que apoyarse esencialmente en los elementos más conserva-

dores del país, cuya influencia sería un veto constante a los más tibios proyectos de transformación de carácter económico y social. No creo que pueda pensarse, por ejemplo, que nuestros grandes terratenientes lleguen a permitir que se emprenda de nuevo ningún plan de reforma de las estructuras del campo basado en la distribución de la tierra. No nos sorprendería tampoco que, una vez más, la Monarquía quisiera presentarse como dispuesta a aceptar la plena democratización y las rutas del progreso. Ya se simuló el propósito, cuando el Rey convenció a don Gumersindo de Azcárate de que « *se habían acabado los obstáculos tradicionales* »; pero pronto se descubrió el error de esa candorosa apreciación, al ver que era imposible modificar un artículo de la Constitución, para proclamar la libertad de conciencia y la de cultos, uno de los puntos cardinales del programa del partido reformista, cuyo « accidentalismo » —hoy de moda— le colocó, por cierto, en incómoda posición, tanto con la Monarquía como con la República. Por ese mismo tiempo, creó Ortega y Gasset, aceptando el marco monárquico, la « *Liga de Educación Política Española* » y pocos años más tarde tuvo que rectificar con nobleza, contribuyendo eficazmente al derrocamiento de la Monarquía, al crear con Marañón y con Pérez de Ayala, la « *Asociación al Servicio de la República*. »

Los treinta últimos años que ha vivido el mundo significaron en la mayoría de los países, con mayor o menor intensidad, hondas transformaciones. La vida de los españoles no sólo no se transformó con ese ritmo, sino que se produjo en algunos aspectos, con evidente retroceso. El esfuerzo preciso para recuperar ese retraso es enorme y exige, sin demagogias, una audaz política de progreso, una ingente tarea.

El republicanismo español, consecuente con su tradición más gloriosa, enfoca los problemas políticos y sociales de la segunda mitad del siglo xx a tono con las exigencias del momento, y no porque queramos adaptarnos a ellas sino porque responden a las orientaciones de los que, desde el pasado siglo, fueron nuestros maestros y a las que somos fieles. Propugnamos una política nacional, inspirada en los supremos intereses de España. No defendemos, por ello, las conveniencias de ninguna clase determinada, pero por espíritu de solidaridad, nos sentimos obligados a ponernos al servicio de los preteridos. Defendemos las libertades políticas, pero no ignoramos que éstas sólo logran su plenitud si van unidas a la independencia económica, sin la cual son meras declaraciones verbales. Creemos que la realización de esos designios es en España inseparable de la República, a la que no renunciamos sean cuales fueren las situaciones de hecho de signo adverso que pudieran establecerse en nuestro país.

Ni que decir tiene, que estaremos dispuestos, para la consecución de nuestras aspiraciones, a concertar el esfuerzo con quienes se adscriban de manera inequívoca a la acción democrática, pero no como fórmula ocasional o transitoria, sino en forma definitiva; a los que estén persuadidos, como nosotros, de que su libre desenvolvimiento, sin salir de sus cauces, es posible gracias a la realización progresiva de las máximas transformaciones de la vida social.

Las generaciones jóvenes, formadas o deformadas por el franquismo —salvo reducidas y meritorias minorías selectas— viven intoxicadas por la reiterada

propaganda de aquél, deliberadamente despolitizadas, como se dice ahora, y como constituyen el sector más numeroso de la población activa del país, es a ellas a las que habrán de dirigirse quienes aspiren a captarlas. Nuestra tarea, que es común a toda la izquierda española, consiste en transformarles de súbditos en ciudadanos, en hacer de ellos hombres, en el sentido pleno de la palabra. Hay que convencerles de que el porvenir de España no puede decidirse en los Consejos de Administración de las grandes empresas, ni en vetustos conciliábulos; de que el futuro régimen por el que habrá de regirse el país será el que decida, sin coacciones, la voluntad soberana del pueblo, en el que confiamos

Notas de la redacción

Los *Cuadernos de Ruedo ibérico* están abiertos a todas las colaboraciones —ensayos, crónicas, notas informativas o críticas, creación literaria o gráfica— que se sitúen dentro del cuadro, amplio, que fija nuestra Presentación (número 1, p. 3 y 4). Pero quizá ello sea insuficiente.

No dudamos que fuera de la corriente de pensamiento que nos anima surgen aportaciones valiosas para la comprensión de la realidad española y mundial. Esperamos también que nuestro trabajo dé lugar a reacciones polémicas. Para dar cabida a unas y otras, más allá del legítimo derecho de respuesta, *Cuadernos de Ruedo ibérico* ofrece su « Tribuna Libre ».

Pero las dimensiones de una « Tribuna Libre » —de 3 a 6 páginas— pudieran intimidar a algunos de nuestros lectores y ciertas opiniones significativas perderse en el silencio. Para evitarlo, nuestra sección « Correo de los lectores » publicará las cartas de interés que recibamos.

Ediciones Ruedo Ibérico

SALVADOR ESPRIU

La pell de bru

Texto bilingüe (Traducción de J. A. Goytisolo. Notas de María Aurelia Capmany.)

224 páginas

16,50 F

BLAS DE OTERO

Que trata de España

208 páginas, única edición completa

21,— F

ARMANDO LOPEZ SALINAS

Año tras año

312 páginas

15,— F

LUCIANO F. RINCON

Mañana Crónica anticipada

284 páginas

15,— F

MAX AUB

Campo francés

320 páginas, 106 ilustraciones

18,— F

5 rue Aubriot Paris 4

Correo del lector

En la sección de Tribuna libre

Acabo de leer el cuarto número de la revista, el cual me ha parecido mucho mejor que el anterior, no porque al tercer número le faltara calidad, sino porque en éste si se dedica espacio a temas sobre España. El ensayo sobre Asturias es a mi parecer muy bueno por lo objetivo y claro que está. Uno de los mejores ensayos que ha aparecido en su revista es el de Maurice Godelier... El otro ensayo que también me ha gustado es el de Fernández de Castro sobre el Frente Popular, que sienta un enfoque nuevo sobre tan apasionante tema, y a mí me ha parecido que tiene bastante razón en lo que expresa y debía ser estudiado y meditado por todos los grupos de izquierda existentes en España.

Ahora quiero hacer dos objeciones a la revista que a mi parecer se debían tomar en cuenta. La primera de ellas es con referencia al artículo de Jordi Blanc, el cual me parece que debía haberse incluido en la sección de Tribuna libre y no como ensayo de la revista, pues sienta principios que son a mi parecer de carácter reformista. La otra objeción es la falta de un editorial, que diga cuáles son las bases sobre las que se está desarrollando la revista, pues si no los lectores nos quedamos sin saber por donde se define la revista. Y se convertirá en una revista más que publique artículos de distinta posición ideológica sin haber nunca un punto de referencia sobre el cual partir.

ENRIQUE DEL VAL
México

Rectificando una cita

Sr. Director: He leído con atención cada uno de los números aparecidos de *Cuadernos de Ruedo ibérico* y quiero, en primer lugar, felicitarles por la tarea que se han impuesto —difícil y árdua—, cuyos frutos esperamos no tardarán en dejarse sentir.

En una revista como la suya, que pretende —y logra— agrupar nombres de distintas tendencias y diversas creencias, aunque unidos por un ideal común, es imposible estar de acuerdo con cada uno de los puntos de vista sostenidos por los distintos articulistas. Vaya por delante, sin embargo, que, sin compartíroslos, alabo uno por uno todos los artículos leídos, precisamente



porque veo una franqueza y honradez a la que tan poco acostumbrados estamos los españoles. Quisiera, no obstante, hacer un pequeño comentario al poema *Palomas* del maestro León Felipe, concretamente la parte dedicada « Al Concilio Vaticano II », en la que se refiere al himno de acción de gracias: *Te Deum*.

Es indudable que el himno ha sido prostituido muchas veces en su verdadero significado y que, con harta frecuencia, ha servido para dar gracias por victorias conseguidas, como si Dios estuviera de acuerdo con la guerra y se alegrara de las victorias. No se puede negar que, al menos por estas latitudes, el himno ha sido empleado « a tiempo y a destiempo » para « dar gracias a Dios » (?) por la victoria « nacional ». Pero el que se haya mixtificado su sentido, el que se le haya empleado mal, el que se le haya privado de su verdadero significado, no implica que el himno diga lo que León Felipe parece indicar: triunfalismo, victoria, y, en el fondo, odio por el vencido. El *Te Deum* no dice nada de eso. Las palabras que el poeta le aplica son, sencillamente, palabras de los salmos de David, ajenos totalmente al himno que está comentando.

Es muy posible que la intención del poeta haya sido precisamente la de resaltar el valor del himno, anotando lo que otros quieren que diga. Es muy posible que León Felipe, con su ironía característica, haya acotado unas palabras inexistentes, para dar a entender la traición que cometen los que quieren que el himno signifique eso cuando todo él rebosa alegría, amor, agradecimiento a Dios, por ser Padre de todo el Universo y por habernos dado a su Hijo. En este sentido, me adheriría completamente a esa intención poética.

Pero como es posible que el mal uso del himno haya creado también una visión falsa del mismo, me permito rectificar la cita, si ésta significa que tales palabras, o siquiera su sentido, están contenidas en el Te Deum.

ALFONSO C. VEGA

Barcelona

La difusión de la revista

«...les remito el primer número del *Boletín Informativo* de esta Facultad de Medicina. Creo que les interesará ver como viñeta, precisamente la cabeza «plumífera» que preside su sección de Notas en el número 2 de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, amén de otras cabecitas, que revelan la difusión de su revista en los medios estudiantiles...

R.

Valladolid

... El artículo de Jordi Blanc ha gustado mucho en los medios del Partido Socialista Obrero Español. Nada en los del Partido Comunista. Muy poco entre los «independientes». Como verás hay para todos los gustos. Muchos encuentran en el final de su trabajo las mismas tesis de Carrillo y preguntan: ¿Para acabar en eso ha habido necesidad de meter tanta sociología y tanta «amplitud» en el análisis de las clases, su «novedad», etc...? El trabajo sobre Asturias se llevó la palma. Extraordinario. Sobrio, útil, científico y riguroso. Se deben hacer cosas similares sobre «capas medias», estudiantes... Muy interesante el ensayo sobre el Frente Popular: valiente y útil.

A. P.

México

... Excelente el artículo de Jordi Blanc. He aquí una estupenda línea para la revista a la que yo me sumaría con entusiasmo. Somos muchos los que ya, de hecho, estamos en ella. Yo orientaría el contenido por ahí, sin mengua para la acogida de otras posiciones más a «droite».

L. del N.

Madrid

Rectificando una cita

En el artículo de Jordi Blanc sobre el himno de España se citan algunas palabras que no están en el himno. Me permito rectificar la cita, si ésta significa que tales palabras, o siquiera su sentido, están contenidas en el Te Deum.



Boletín de información bibliográfica

1 de mayo de 1966

nº 2

Sugerimos la lectura de :

C. Wright Mills

Los marxistas

Traducción de José Luis González, con la colaboración de Enrique González Pedrero
Ediciones Era SA, Méjico. 1964. 430 p. 27 F.

Desde el momento en que Karl Marx y Friedrich Engels formularon su concepción del mundo basada en el materialismo dialéctico y el materialismo histórico, el marxismo ha conocido un desarrollo continuo tanto en sus aspectos teóricos como prácticos. Filosofía y método de acción política al mismo tiempo, ha dejado la huella más profunda en el pensamiento y la actividad social de nuestro tiempo.

C. Wright Mills, el famoso sociólogo norteamericano recientemente fallecido, ofrece en este libro la primera visión de conjunto del desarrollo histórico del marxismo. Partiendo de la convicción de que ni el « liberalismo » ni la « ciencia social » son capaces de propiciar un examen comprensivo del marxismo ni de ofrecer soluciones válidas para los problemas del mundo contemporáneo, Mills propone sus propios criterios para cumplir tales tareas. Sirviéndose de ellos, sitúa el tema de su obra en su adecuado contexto histórico y procede a un examen crítico que, si bien no dejará de suscitar las más serias discusiones, es sin lugar a dudas uno de los más lúcidos y brillantes intentados hasta la fecha.

Seguidamente el autor pone al lector en contacto directo con los textos capitales del marxismo en sus aspectos más característicos y decisivos, desde los trabajos clásicos de los fundadores de la doctrina hasta la enunciación más reciente de su aplicación por uno de los portavoces ideológicos de la revolución cubana. Esta verdadera antología del pensamiento marxista incluye trabajos conocidos y poco conocidos —pero todos ellos de primerísima importancia para la recta comprensión de la evolución histórica del socialismo científico— de V. I. Lenin, Karl Kautsky, Eduard Bernstein, Rosa Luxemburgo, León Trotsky, J. Stalin, Nikita Jruschov, Palmiro Togliatti, Mao Tse-tung, Isaac Deutscher, Edvard Kardelj, G. D. H. Cole, Ernesto Guevara y otros.

En un conciso capítulo final, Mills hace el resumen crítico del panorama ofrecido, con su gran diversidad de matices y tendencias, y plantea las interrogantes que debe hacerse toda persona interesada en el marxismo como expresión fundamental de los problemas y aspiraciones de la humanidad contemporánea.

José Luis L. Aranguren

Moral y sociedad

Introducción a la moral social
española del siglo XIX

Editorial Cuadernos para el diálogo.

Madrid, 1965. 202 p. 9,— F

José Luis L. Aranguren —católico progresista; profesor de Ética y Sociología en la Universidad de Madrid; expulsado de su cátedra por sus valientes críticas al régimen español, y por el firme apoyo que siempre ha prestado a las reclamaciones justas, vengan de donde vinieren— nos ofrece en este libro una seria aportación al conocimiento de los problemas españoles actuales, persiguiéndolos en sus raíces decimonónicas. Lleva a cabo su trabajo con un método y un rigor dignos de uno de los pocos intelectuales españoles que, «sin ser revolucionario, no es contrarrevolucionario». Su ensayo de tipología de formas sociales de la moral del siglo XIX español desborda ese marco para constituir, más bien, un estudio desmitificador de las ideologías políticas más representativas de dicha época.

Libros recibidos

El Boletín de información bibliográfica inaugura una sección —*Libros recibidos*— en la que serán reseñados detalladamente los libros en lengua castellana que nos sean enviados con tal objeto por autores o editores. La reseña comprenderá el nombre del autor, el título de la obra, el nombre del editor, el lugar y la fecha de edición, el número de páginas y otras características tipográficas, y el precio de venta. Dos o tres líneas de texto harán alusión al contenido e interés del libro reseñado.

JUAN DAVID GARCIA BACCA. *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*. Fondo de Cultura Económica. México - Buenos Aires. 1965. 96 p.

JUAN DAVID GARCIA BACCA. *Los conceptos de naturaleza, técnica y ciencia en el Renacimiento y en nuestros días*. Separata de *Cultura Universitaria*, n° 1, julio-agosto de 1955. Editorial Sucre, Caracas. 15 p.

JUAN DAVID GARCIA BACCA. *De la grande importancia del filosofar - De la menor de la filosofía - De la mínima de los filósofos*. Separata del n° 7 de la revista *Ciencia y Cultura* de la Universidad Nacional del Zulia. Tipografía Cervantes. Maracaibo. Venezuela. 1957. 12 p.

JUAN DAVID GARCIA BACCA. *Comentarios a 'La esencia de la poesía' de Heidegger*. Separata de la *Revista Nacional de Cultura*, n° 115, marzo-abril de 1956. Imprenta del Ministerio de Educación. Caracas. Venezuela. 10 p.

— *Comentarios a 'La esencia de la poesía' de Heidegger*. Separata de la *Revista Nacional de Cultura*, n° 117-118, julio-octubre de 1956. Imprenta del Ministerio de Educación. Caracas. Venezuela. 11 p.

JUAN DAVID GARCIA BACCA. *Antropología filosófica contemporánea (diez conferencias)*. Instituto de Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela. Caracas. 1957. 196 p.

— *Comentarios a 'La esencia de la poesía de Heidegger*. Separata de la *Revista Nacional de Cultura*, n.º 112-113, septiembre-diciembre de 1955. Imprenta de la Dirección de cultura y bellas artes. Ministerio de Educación. Caracas Venezuela. 1956. 16 p.

JUAN DAVID GARCIA BACCA. *Fragmentos filosóficos de los presocráticos*. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas. 1964. 362 p.

JUAN DAVID GARCIA BACCA, Manuel Granell, Lorenzo Luzuriaga, Ernesto Maíz Vallenilla, Angel Rosenblat. *Homenaje a Ortega y Gasset*. Instituto de Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad central de Venezuela. Caracas. 1958. 136 p.

HUGO RODRIGUEZ URRUTY. *Dos cartas sobre Unamuno y un prólogo de intenciones*. Ediciones Alacour. Montevideo. 1965. 12 p.

ANTIDIO CABAL. *Esta España que decimos*. Ediciones Subterráneo. Caracas. 1965. 24 p.

Poema dramático. Ilustraciones.

MARIO ANGEL MARRODAN. *Raza de dioses*. Colección « Poemas ». Zaragoza. 1966. 64 p.

Poemas.

RAFAEL DE MONTEYS. *El mundo en venta*. Goyanarte. Buenos Aires. 1959. 224 p.

Novela. Pintura de una de las épocas más convulsionadas de la historia de Venezuela.

INAKI DE AZPIAZU. *7 meses y 7 días en la España*

ANTONIO VILANOVA. *La defensa del Alcazar de de Franco. El caso de los católicos vascos*. Ediciones Gudari. 1964. 94 p.

Testimonio impresionante sobre la guerra civil española escrito por un cura vasco.

Toledo. (Epopéya o mito.) Editores mexicanos unidos S.A. México. 1963. 328 p.

Valiosa aportación crítica a la controvertida historia del sitio del Alcázar de Toledo.

CARLOS M. RAMA. *Revolución social en el siglo veinte*. Editorial Palestra. Buenos Aires - Montevideo. 1962. 352 p.

Introducción histórica sobre la primera mitad del siglo XX; las revoluciones rusa, china, española, cubana, etc.; la contrarrevolución fascista.

RICARDO BASTID. *Puerta del Sol*. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires. 1959. 304 p.

Novela basada en situaciones perfectamente verosímiles de la España contemporánea.

ALEJO CARPENTIER. *El siglo de las luces*. Ediciones Revolución. La Habana. 1965. 432 p.

Una de las mejores novelas de Alejo Carpentier, rica en documentos, en rasgos pintorescos, en meditaciones.

CHE GUEVARA. *La guerra de guerrillas*. Impreso en los talleres tipográficos del INRA por el Departamento de Instrucción del MINFAR. La Habana, sin fecha. 216 p.

RUBÉN ROMERO. *La vida inútil de Pito Pérez*. Casa de las Américas. Cuba. 1964. 118 + XII p.

La vida de un pícaro mexicano del siglo XX.

RICARDO PALMA. *Tradiciones peruanas*. Casa de las Américas. Cuba. 1964. 324 + X p.

ANTONIO J. IRISARRI. *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*. Casa de las Américas. Cuba. 1964. 432 + XXI p.

BLAS ROCA Y LAZARO PENA. *Las funciones y el papel de los sindicatos ante la revolución*. Editorial Vanguardia Obrera. La Habana. Cuba. 1961. 96 p.

LUCIO V. MANSILLA. *Una excursión a los indios ranqueles*. Casa de las Américas. Cuba. 1963. 422 + XII p.

MARTIN LUIS GUZMAN. *El águila y la serpiente*. Casa de las Américas. Cuba. 1963. 588 + XIV p.

GUMERSINDO M. AMENGUAL. *Subdesarrollo y revolución en Latinoamérica*. Casa de las Américas. Cuba. 1963. 298 + X p.

Sartre visita a Cuba. Ideología y revolución. Una entrevista con los escritores cubanos. Huracán sobre el azúcar. Ediciones Revolución. Cuba. 1961. 264 + 32 páginas de ilustraciones fuera de texto.

JULIO CORTAZAR. *Cuentos*. Casa de las Américas. Cuba. 1964. 332 + XVI p.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENTRING. *Weyler en Cuba*. Editorial Páginas. La Habana. Cuba. Sin fecha. 216 p.

Historia documentada de uno de los últimos periodos de la colonización española en Cuba.

Catálogo de Ediciones Ruedo ibérico

En lengua española

H. Thomas	La guerra civil española	27,— F
G. Brenan	El laberinto español	24,— F
M. Koltsov	Diario de la guerra de España	33,— F
S. G. Payne	Falange. Historia del fascismo español	24,— F
I. Fernández de Castro	La demagogia de los hechos	9,— F
H. R. Southworth	El mito de la cruzada de Franco	16,50 F
Luis Ramírez	Nuestros primeros 25 años	15,— F
Luis Ramírez	Francisco Franco. Historia de un mesianismo	16,50 F
A. Míguez	El pensamiento político de Castelao (Antología bilingüe)	9,— F
Salvador Espriu	La pell de brau. Texto bilingüe (Traducción de J. A. Goytisolo. Notas de María Aurelia Capmany)	16,50 F
Blas de Otero	Que trata de España	21,— F
G. Celaya	Episodios nacionales	2,70 F
Antología	España canta a Cuba	7,50 F
A. González	Grado elemental	(agotado)
Antología	Versos para Antonio Machado	(agotado)
Carlos Alvarez	Noticias del más acá. Otras noticias	7,50 F
Freyer y Pinheiro	El Portugal de Salazar	18,— F
J. Alvarez del Vayo	¡ China vence !	18,— F
A. López Salinas	Año tras año	15,— F
Max Aub	Campo francés	18,— F
L. F. Rincón	Mañana. Crónica anticipada	15,— F
J. Martínez e		
I. Fernández de Castro	España hoy	36,— F
J. Maurín	Revolución y contrarrevolución en España	18,— F

En lengua francesa

G. Brenan	Le labyrinthe espagnol	21,— F
S. G. Payne	Phalange. Histoire du fascisme espagnol	21,— F
H. R. Southworth	Le mythe de la croisade de Franco	24,— F
Fryer y Pinheiro	Le Portugal de Salazar	15,— F

Libros disponibles de otras editoriales

Editorial Grijalbo S.A.

A. Foucher	Buda	27,— F
F. Vázquez Ocaña	García Lorca	33,— F
G. Walter	Lenin	33,— F

	R. Payne	Mao Tsé-tung	33,— F
	F. Mehring	Marx	33,— F
	D. F. Strauss	Voltaire	33,— F
	Academia de Ciencias de la URSS	Manual de economía política	33,— F
- F	Marx y Engels	Escritos económicos varios	33,— F
- F	Konstantinov	Materialismo histórico	27,— F
- F	Amaro del Rosal	Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX	33,— F
- F	Amaro del Rosal	Los congresos obreros internacionales en el siglo XX	27,— F
- F	Engels	Anti-Dühring	27,— F
0 F	Karataev y otros	Historia de las doctrinas económicas (2 vol.)	75,— F
- F	Y. K. A. Avdakov y otros	Historia económica de los países capitalistas	42,— F
) F	Rolf Hochhuth	El Vicario	27,— F
- F	Guenter Lewy	La Iglesia católica y la Alemania nazi	27,— F
) F	Fritz J. Raddatz	Summa injuria (Tormenta sobre El Vicario)	24,— F
	Efimov, Galkine y otros	Historia moderna (1642-1918)	24,— F
	I. Lenzman	Los orígenes del cristianismo	21,— F
	Georg Lukacs	Prolegómenos a una estética marxista	24,— F
- F	John Reed	Diez días que estremecieron al mundo	18,— F
) F	León Felipe	El ciervo	33,— F
) F	Constancia de la Mora	Doble esplendor	15,— F
lo)	A. Bulloch	Hitler (2 vol.)	69,— F
lo)	Spiridonova	Curso superior de economía política (2 vol.)	78,— F
- F	Konstantinov	Fundamentos de la filosofía marxista	42,— F
- F	Gorski	Pensamiento y lenguaje	27,— F
- F	Marx y Engels	La sagrada familia	24,— F
- F	Academia de Ciencias de la URSS	Manual del marxismo-leninismo	48,— F
- F	Academia de Ciencias de la URSS	Historia de la filosofía (7 vol.)	
- F		Volumenes I, II, III, IV	54,— F
- F		Volumen V	81,— F
- F		Volumenes VI y VII	(en prensa)
	T. Southern y		
	M. Hoffenberg	Candy	18,— F
	P. Weiss	Persecución y asesinato de Jean-Paul Marat	15,— F
	W. Pach	Renoir	78,— F
	y otros títulos de esta editorial (catálogo disponible)		

Ediciones Era S.A.

	René Dumont	Tierras vivas	21,— F
	C. Wright Mills	Los marxistas	27,— F
	F. Pappenheim	La enajenación del hombre moderno	15,— F
	P. G. Casanova	La democracia en México	21,— F
	N. Phillips	El racismo en Sudáfrica	15,— F
	E. N. Dzelepy	Franco, Hitler y los Estados Unidos	12,— F
	K. S. Karol	Kruschov y Occidente	15,— F
	T. H. Tetens	La nueva Alemania y los viejos nazis	15,— F
	P. Nenni	La guerra de España	15,— F

G. Burchett	La guerra de Vietnam	18,— F
Georg Lukacs	La significación actual del realismo crítico	15,— F
M. Lowry	Bajo el volcán	27,— F
D. Sueiro	Estos son tus hermanos	15,— F
S. S. Bundy	Lima la horrible	12,— F
S. M. Eisenstein	Que viva México	12,— F
Delna Boyer	200 días con Fellini	12,— F
G. Sadoul	El acorazado Potiomkin	12,— F
P. Garfias	Primavera en Eaton Hastings	12,— F
L. Rius	Canciones de amor y sombra	9,— F
I. Deutscher	Stalin, biografía política	36,— F
A. S. Vázquez	Las ideas estéticas de Marx	21,— F

y otros títulos de esta editorial (catálogo disponible)

Editorial Palestra

L. Huberman y P. M. Sweezy	Cuba, anatomía de una revolución	18,— F
-------------------------------	----------------------------------	--------

y otros títulos de esta editorial (catálogo disponible)

Editorial El Siglo Ilustrado

Pablo Neruda	Canción de gesta	9,— F
S. Liberovici y M. L. Straniero	Cantos de la nueva resistencia española	12,— F
A. Guillén	La segunda revolución española	9,— F

y otros títulos de esta editorial (catálogo disponible)

Ediciones Nuestro Tiempo

B. Russel, M. Weber, J.-P. Sartre, C. Wright Mills, etc.	Los intelectuales y la política	9,— F
C. M. Rama	Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea	9,— F
Max Beer	Historia general del socialismo y de las luchas sociales	15,— F

y otros títulos de esta editorial (catálogo disponible)

Editorial Alfa

José Peirats	Los anarquistas en la crisis política española	21,— F
--------------	--	--------

Colección complutense

J. Félix Huerta Defensa de España 18,— F

Librería Editorial Jorge Alvarez

Ramón Garriga Las relaciones secretas entre Franco y Hitler 27,— F

Editions Carymar

Hu Sheng El imperialismo y la vida política china 9,— F

Distribuidora y Editora Argentina

J. Hermanos Fin de la esperanza 6,— F

A. Guillén Veinticinco años de economía franquista 10,50 F

L. A. Quesada La saca 7,50 F

Mariño Ayerra Redín No me avergoncé del evangelio 15,— F

V. Rojo Culminación y crisis del imperialismo 12,— F

E. Azcoaga Panorama de la poesía moderna española 9,— F

R. Sender Requiem para un campesino español 7,50 F

y otros títulos de esta editorial (catálogo disponible)

Cuadernos americanos

Antología Hispanoamérica en lucha por su independencia 15,— F

J. Silva Herzog Trayectoria ideológica de la revolución mexicana 7,50 F

E. Romero La reforma agraria en México 7,50 F

F. Carmona El drama de la América Latina. El caso de México 15,— F

J. Silva Herzog Historia de la expropiación de las empresas petroleras 10,50 F

F. Guillén Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución 6,— F

A. Aguilar El panamericanismo de la doctrina Monroe a la doctrina Johnson 7,50 F

y otros títulos de esta editorial (catálogo disponible)

Editorial Cuadernos para el dialogo

J.L.L. Aranguren Moral y sociedad 9,— F

J. Anlló Problemas del campo español 10,50 F

Editorial andina

R. Rojas Estos mataron a Kennedy 24,— F

Editorial Sur SA

L. Durrell	Lo mejor de Henry Miller	15,— F
H. Miller	El mundo del sexo	15,— F
H. Miller	El tiempo de los asesinos	12,— F
F. Ayala	El escritor en la sociedad de masas	6,— F
F. Ayala	España a la fecha	9,— F
A. Barea	Unamuno	6,— F
E. Lieuwen	Armas y política en América Latina	12,— F
G. Orwell	Ensayos críticos	9,— F
Hoang Van Chi	Vietnam norte	15,— F
G. Bataille	El erotismo	15,— F

y otros títulos de esta editorial (catálogo disponible)

El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo Ibérico

Damos a continuación algunos de los títulos definitivos de trabajos destinados a este suplemento, así como los nombres de sus autores. Estos trabajos se hallan ya en la imprenta: Luis Ramírez: **Visión actual de la guerra civil española** (encuesta); Esteban Pinilla de las Heras: **España, una sociedad de diacronías**; Xavier Flores: **La propiedad rural en España**; Macrino Suárez: **Los problemas de la agricultura española**; Grupo de jóvenes economistas: **Las 100 familias**; Pedro Marcos Santibáñez: **La familia «F»**; Vicente Girbau: **La entrevista de Hendaya**; Felipe Miera: **La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América**; Enrique Puento: **La oposición antifranquista (1939-1955)**; Xavier Flores: **El exilio y España**; Jorge Semprún: **La oposición antifranquista (1955-1966)**; Ignacio Fernández de Castro: **La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias**; P.B.: **Significación religiosa, política y económica del Opus Dei**; Juan Claridad: **El monopolio de la información**; Joan Roig: **Veinticinco años de movimiento nacional catalán**; Martín Zugasti: **El problema nacional vasco**; Santiago Fernández: **El movimiento nacional en Galicia**; Antoliano Peña: **La Universidad: veinticinco años de luchas estudiantiles**; Jordi Blanc: **Las huelgas en el movimiento obrero español**; Antoliano Peña: **Las hermandades de labradores y su mundo**; Iñaki Goitia: **El orden laboral y las magistraturas del trabajo**; Jordi Blanc: **Una medida de integración ideológica de la clase obrera industrial en Madrid**; Francisco Farreras: **Veinticinco años de sindicalismo en España**; Ramón Bulnes: **Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración**; Antonio Linares: **Las ideologías y el sistema de enseñanza en España**; Blai Serratés: **Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español**; Angel Villanueva: **Causas y estructura de la emigración exterior española (1939-1966)**; Ramón Aboy: **Españoles en Alemania**; Raul Torras: **Problemas económicos de la entrada de España en el Mercado Común**; Jordi Blanc y José Martínez: **Efemérides 1939-1966**.

Para poder adquirir este copioso volumen al precio de 20 F es necesario estar suscrito a **Cuadernos de Ruedo Ibérico**. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería.

Cuadernos de Ruedo ibérico

números 1, 2, 3, 4 y 5

Sumario del número 1

Juan Triguero. La generación de Fraga y su destino
Manuel Martínez. Aspectos de la coyuntura económica española
Juan Claridad. Madrid: 25 notas sobre una agitada primavera
Francisco Fernández-Santos. Julián Marías y el «liberalismo»
Jordi Blanc. Asturias: minas, huelgas y comisiones obreras
Angel Olmo. Trabajadores españoles en el extranjero
Cur. Dibujos; Antonio Saura. Viñetas; José Angel Valente. Poemas.

Notas: Las ruinas de la muralla (Jorge Semprún); Sobre una reciente edición de Antonio Machado (Robert Marrast); Un nuevo filósofo marxista (Francisco Fernández-Santos); Franco, ese hombre (Rafael Lozano); ¿Quién mató al Comendador? (José Corrales Ejea); Realismo y formalismo (Joan Roig); Cemento (Iñaki Goitia)

Tribuna libre: Luis Ramírez ¿Dialogar? La anteúltima maniobra

Sumario del número 2

Jorge Semprún. Notas sobre izquierdismo y reformismo
Francisco Fernández-Santos. Marxismo como filosofía
J.A.M. García. La crisis de la agricultura española
Luciano F. Rincón. El fin del progresismo católico
Charles Bettelheim. La construcción del socialismo en China
Antonio Saura. Dibujos: León Felipe. Palomas (poema)
Juan Goytisolo. Café francés; Héctor Cattolica. Viñetas

Notas: Enseñanzas de la acción sindical estudiantil en Barcelona (Andreu Burriel); Los cambios ministeriales de julio (Carlos Envalira); Visión financiera de un cambio de gobierno (M. García); De nuevo hacia la inflación (Macrino Suárez); El Plan de desarrollo y la industria siderúrgica (Pedro Rodríguez); Morir en España (Rafael Lozano); Año compostelano (Luis Ramírez); La p con la a, pa (Iñaki Goitia); El extraño caso del escultor Alberto Sánchez (Joan Roig); Trotsky, nuestro contemporáneo (Francisco Fernández-Santos)

Tribuna libre: José Bergamín. Herrera, Cardenal de España

Sumario del número 3

Francisco Fernández-Santos. Marxismo como filosofía (conclusión)
Adolfo Sánchez Vázquez. El marxismo contemporáneo y el arte
Una encuesta: Ortega hoy: Pedro Altares, José Aumente, José María Castellet, Carlos Castilla del Pino, Francisco Fernández-Santos, Alfonso Sastre y Jorge Semprún
Juan Goytisolo. La herencia del Noventa y Ocho o la literatura como una promoción social
Fernando Claudín. «La tarea de Engels en el anti-Dühring» y nuestra tarea hoy
Daniel Artigues. Una anatomía del parlamentarismo español

7 dibujos de Manuel Millares; Max Aub. **El baile**; Viñetas de Vicente Rojo Jorge Semprún. **Conversación con Jean-Paul Sartre**

Eugenio Nieto. **Introducción al Opus Dei**

Notas: El movimiento obrero en Madrid: los metalúrgicos (Enrique García); ¿Una nueva mentalidad? Jóvenes patronos españoles (Juan Relayo); La libertad individual y el derecho a reventar (Luis Ramírez); Universidad «desarrollista» o Universidad democrática (Lázaro Rosso); La universidad con minúscula (Antonio Linares); El gato de papel (Iñaki Goitia); Destrucción de un orden (Máximo Arrieta); La «guerra de las naranjas» (Macrino Suárez); Banca y Opus Dei (Carlos Envalira); Consejeros a perpetuidad (M. García)

Tribuna libre: Josep Pallach. **Los problemas de la sucesión y las izquierdas**

Sumario del número 4

Jordi Blanc. **Clase obrera, sociedad industrial y evolución social española**

Maurice Godelier. **Teoría marginalista y teoría marxista del valor y de los precios: algunas hipótesis.**

Asturias: Ramón Bulnes. **Asturias frente a su reconversión industrial.** Miguel Cervera. **Actitudes políticas de obreros asturianos.** Macrino Suárez. **La situación agraria en Asturias.**

Libertad de crítica: Antonio Linares. **¿Cultura o condicionamiento?** Manuel Sáizar. **La mentalidad española y la democracia.** Juan Villa. **El movimiento obrero en España**

Una página de Alfonso Rodríguez Castela. **Municipalismo rural**
Ges. **Viñetas**

Notas: Enseñanza religiosa (Luis Ramírez); Un artículo de exportación: el proyecto de estatuto para los protestantes (Joan Misser); La modificación del artículo 222 y un gol imparables (Enrique García); ¿Desaparecerá la Universidad española? (Xavier Valls); «The brig» y «Scorpio rising», dos parábolas sobre la violencia (Rafael Lozano); El «factor R», los monopolios eléctricos y otras cosas (M. García); El capital americano en Europa (M. García); Por una historia rural: agitación campesina y coyuntura (Nicolás Sánchez-Albornoz).

Tribuna libre: Ignacio Fernández de Castro. **Frente popular**

Sumario del número 5

Iñaki Goitia: **España sin sol** (crónica)

Xavier Flores: **Salarios y nivel de vida en el campo español: 1964**

Lauro Olmo: **La noticia**

José Agustín Goytisolo: **7 poemas**

Carlos Barral: **1 poema**

Libertad de crítica: Fernando Claudín: **Economía política marxista y capitalismo contemporáneo;** Juan Goytisolo: **Cernuda y la crítica literaria española;** Ramon Aboy: **¿Cabe una crítica socialista de los países socialistas?**

Notas: El monopolio de la minería española (M. García); La planificación de la población y el Plan de desarrollo (M. Martínez); La agravación del problema de la vivienda en España (Jordi Blanc); Los problemas del coste de la vida (Lorenzo de los Ríos); Las nuevas relaciones laborales (Enrique García); From «Time» to «Time» (Francisco Ferreras); Machado, el mejor homenaje (Corresponsal); Luciano Rincón: «Mañana», crónica anticipada (Marcos Kaplán)

Socialismo y sociedad industrial: Herbert Marcuse: **Las perspectivas del socialismo en las sociedades de alto desarrollo industrial;** Serge Mallet: **Dos tácticas;** Lelio Basso: **Por un análisis dialéctico**

Tribuna libre: José Maldonado: **Del Franquismo a la República**

Novoa: **Viñetas**

Pedidos a Ediciones Ruedo ibérico 5, rue Aubriot, Paris 4 C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta : Cuaderno ordinario 7,— F

Condiciones de suscripción :	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
España	360,— Pts	600,— Pts
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

La suscripción a **Cuadernos de Ruedo ibérico** da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de las Ediciones Ruedo ibérico.

Los pedidos de las obras de nuestro catálogo pueden ser dirigidos a :

Pedidos directos :

Ediciones Ruedo ibérico
5, rue Aubriot
Paris 4

Depositarios :

Argentina :
Editorial Atlante Argentina
Perú, 84, 5°
Buenos Aires

Distribuidora y Editora Argentina
Marcelo T. de Alvear, 472
Buenos Aires

Colombia :
Editorial Grijaldo Colombiana
Carrera 6ª, 14-18
Bogotá

Francia :
Dépôt Régional d'Éditions
6, rue Saint-Joseph
Bordeaux (Gironde)

François Maspero éditeur
1, place Paul Painlevé
Paris 5

México :
Servicios Bibliográficos Palomar
Apartado 8336
México DF

Chile :
Sala y Grijalbo
Casilla 180-D
Santiago

Venezuela :
Edipaca
Apartado 11410 Chacao
Caracas

Suiza :
Librairie Rousseau
36, rue J.-J. Rousseau
Genève

Los nuevos episodios nacionales

novelas de la guerra y del exilio

V. Botella Pastor

Por qué callaron las campanas

(La guerra)

380 p.

11,— F

« El reportaje bélico es completo, excelente... » *Mañana* (La Habana)

« ...trama pasional conducida con arte y sutileza. » *El Universal* (Caracas)

« Una de las mejores novelas de la guerra española... » *El Tiempo* (Bogotá)

Así cayeron los dados

(La huida)

283 p.

9,— F

« ...más que una novela... extraordinario reportaje sobre la vida de cientos de miles refugiados españoles en los campos de los Pirineos orientales... » *Le Canard enchaîné* (París)

« El esquema de su trayectoria novelesca es verdaderamente interesante y muestra a un escritor español arraigado a su tierra y a la circunstancia emigrada... uno de los narradores más importantes de la emigración. » *La narrativa española fuera de España*, J. Marra-López.

Encrucijadas

(El exilio, Francia)

267 p.

9,— F

« ... larga serie de escenas realistas, trágicas o humoristas... llenas de interés... sentimos que el autor ha vivido esos terribles momentos de la encrucijada. » *La Dépêche du Midi* (Toulouse)

« Las novelas de B., por su valor documental, han suscitado un gran interés a través de los ejemplares llegados clandestinamente al interior. » *Ibérica* (Nueva York)

Tal vez mañana

(El destierro, México)

400 p.

13,— F

« ...estampa de la historia contemporánea de España... sostiene con firmeza la elevada posición del autor en la novela española actual... El lector coge esa novela y no la suelta de las manos. Busca, si no las conoce, las novelas anteriores de la serie, y acaba estas lecturas con la sencilla emoción de quien ha encontrado humanidad. » *El Tiempo* (Bogotá)

De venta en librería

Ayuntamiento de Madrid

Ediciones Ruedo Ibérico

SALVADOR ESPRIU

La pell de brau

Texto bilingüe (Traducción de J. A. Goytisolo. Notas de Maria Aurelia Capmany.)

224 páginas

16,50 F

BLAS DE OTERO

Que trata de España

208 páginas, única edición completa

21,— F

ARMANDO LOPEZ SALINAS

Año tras año

312 páginas

15,— F

LUCIANO F. RINCON

Mañana

Crónica anticipada

284 páginas

15,— F

MAX AUB

Campo francés

320 páginas, 106 ilustraciones

18,— F

5 rue Aubriot Paris 4

En el sumario :

Ramón Aboy

Carlos Barral

Lelio Basso

Jordi Blanc

Fernando Claudín

Lorenzo de los Ríos

Francisco Farreras

Xavier Flores

Enrique García

M. García

Iñaki Goitia

José Agustín Goytisolo

Juan Goytisolo

Marcos Kaplán

José Maldonado

Serge Mallet

Herbert Marcuse

M. Martínez

Novoa

Lauro Olmo

Prix : 7 F